

2ª CORINTIOS 3—6

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 25, N.º 7

2ª CORINTIOS 3—6

**Autor:
Duane Warden**

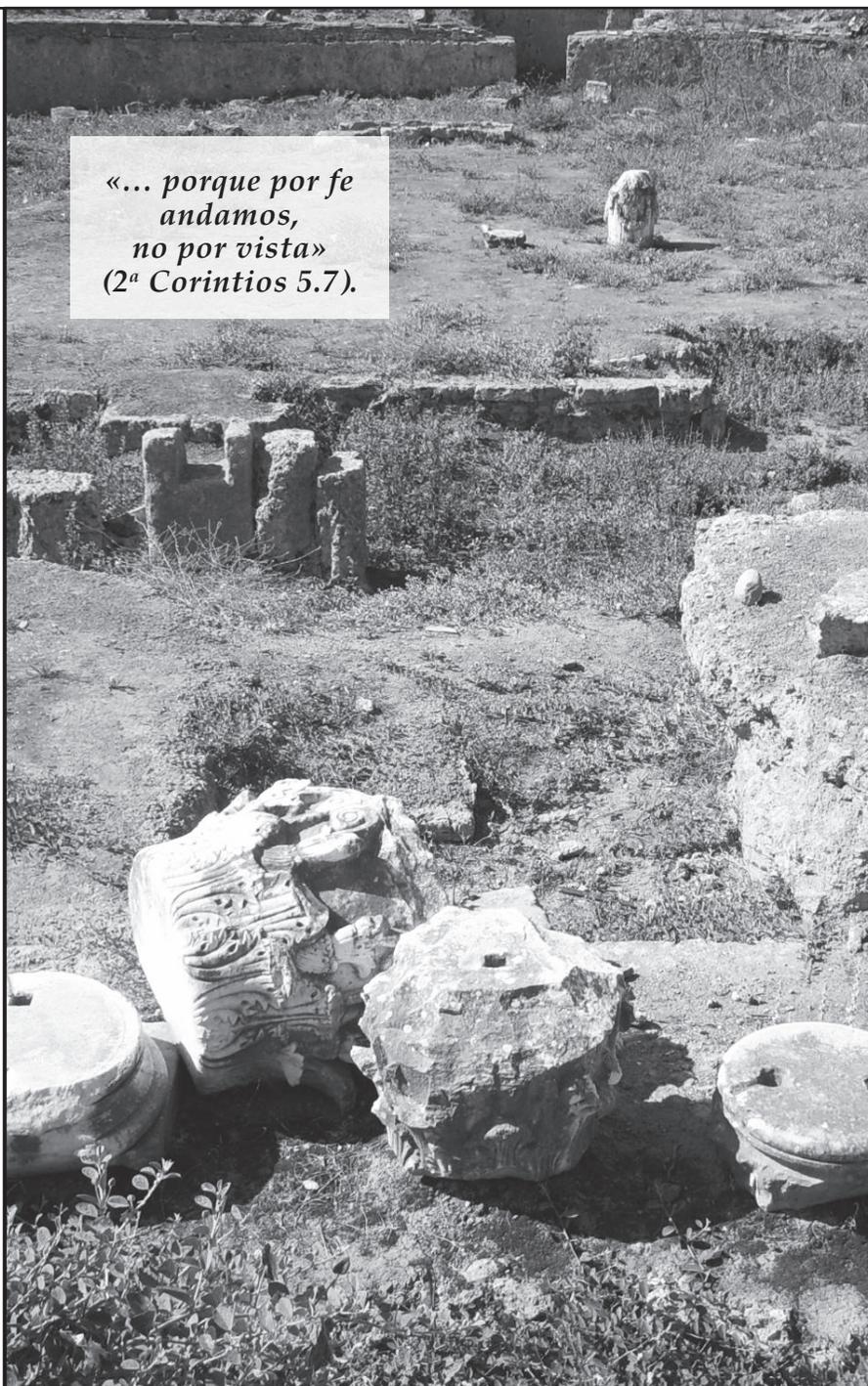
La Ley y el Espíritu
(Cap. 3) 3

Fortaleza por medio
de Cristo
(Cap. 4) 15

Cuando nos enfocamos
en lo eterno
(Cap. 5) 26

Aflicciones y defensa
(Cap. 6) 41

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



*«... porque por fe
andamos,
no por vista»
(2ª Corintios 5.7).*

El ministerio de la reconciliación

(5.18, 19)

Para revelarnos asuntos básicos, como la relación de la humanidad con Dios, o la forma en que desea que las personas traten a las demás, Dios ha usado el lenguaje. Algunas formas de pensar o comportarse parecen haber sido implantadas por Dios instintivamente en la mente humana, sin embargo, las palabras son el método normal que ha utilizado para revelarse a Sí mismo. Muchas palabras poderosas aparecen en la Biblia. No es de extrañar que los cristianos hayan pasado horas investigando el significado intencionado de palabras como «amor», «fe», «esperanza», «perdón», «misericordia», «gracia», «verdad» y «justicia», por mencionar algunas. En 2ª Corintios 5, los pensamientos de Pablo lo llevaron a considerar uno de los conceptos más preciados de la fe cristiana. Como lo hizo con frecuencia, escogió una palabra común de su mundo contemporáneo y la infundió con un nuevo significado. Centrándose en la cruz de Cristo, escribió sobre la «reconciliación».

El significado de «reconciliación», en un sentido amplio, es el siguiente: la unión de dos o más partes después de un malentendido o distanciamiento. La palabra supone que las diferencias son olvidadas de buena fe y que los errores son perdonados. La palabra sugiere arrepentimiento donde es necesario y el perdón ofrecido por el que ha sido ofendido. La reconciliación no es una palabra limitada a los edificios de la iglesia y a los debates religiosos. Varias veces en el Nuevo Testamento, designa lo que sucede cuando las personas restablecen la buena voluntad entre ellas después de un período de amargura, odio e ira.

Jesús analizó el concepto de reconciliación sólo una vez. Usó una palabra más o menos sinónima de la que Pablo eligió para hablar de reconciliación entre las personas. Jesús dijo a Sus seguidores:

Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces

ven y presenta tu ofrenda (Mt 5.23, 24).

Cuando Pablo usó las palabras «reconciliar» y «reconciliación», en la mayoría de los casos se refería a la reconciliación entre Dios y la humanidad ocasionada por el sacrificio de Cristo. En un caso, la usó para otro tipo de reconciliación. El tema era el matrimonio (1ª Co 7.10, 11).

La reconciliación constituye una necesidad continua en tanto las personas estén experimentando ira o distanciamiento, sin embargo, el evangelio de Cristo es un mensaje de reconciliación que supera a todos los demás. En el huerto del Edén, la familia humana se embarcó en un camino de rebelión contra Dios. El pecado siempre ha sido una barrera para la comunión entre el Creador y el creado. La mayoría de las personas, incluso aquellas con poco conocimiento de Dios, no se consideran a sí mismas como Su enemigo. Los enemigos de Dios, declaró Pablo, son exactamente lo que la gente es por culpa del pecado. Cristo vino a reconciliar a la humanidad con Dios (Ro 5.10).

Cuando Cristo es el sujeto, la reconciliación aplica primero a la paz entre Dios y el hombre. Esto se llevó a cabo cuando «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado» (2ª Co 5.21a), sin embargo, el mensaje del evangelio traerá la reconciliación en otras áreas de la vida. Por ejemplo, quien haga caso al llamado de Cristo encontrará la reconciliación entre él y su prójimo.

Jesús encontró pecado en las personas, sin embargo, también encontró amor genuino. Jesús no se desesperó ante el pecado. Se propuso hacer mejor a las personas.

Jesús no se burló de los defectos de las personas. Miró más allá de sus debilidades y encontró bondad. Trabajó para volver a las personas moralmente más fuertes. En la medida en que eran carnales, Jesús trató de hacerlas espirituales. Reconcilió a las personas con Dios, y puede reconciliar a las personas entre sí.

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2021 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

La Ley y el Espíritu

Pablo no ofreció detalles sobre el hombre que lo había resistido y había perturbado la iglesia de Corinto. El apóstol esperaba añadir su perdón personal al dado por la iglesia, según 2.10. Esto sugiere que, durante su segunda visita a Corinto, conocida como la «visita triste», él y el hermano ofensor habían diferido en asuntos vitales para el bienestar de la iglesia (vea 7.12). Aunque un hombre aparentemente había tomado la iniciativa para oponerse al apóstol, no había actuado solo. El incidente todavía estaba causando que otros en Corinto cuestionaran la autoridad de Pablo.

Primera de Corintios deja evidente que algunos de los cristianos en Corinto estaban enamorados de la filosofía del mundo. Parece que querían que la iglesia adaptara su forma de pensar al mismo tipo de «sabiduría» que se podía encontrar en los mercados (1ª Co 2.1–6; 3.18, 19). Si bien Pablo tenía algunos críticos entre los cristianos nativos en Corinto, no toda su oposición era de los residentes locales. Más adelante, en 2ª Corintios, queda claro que a Corinto habían llegado falsos apóstoles del extranjero.

A diferencia de los judíos locales de Corinto que rechazaban el mensaje de Pablo acerca de Jesús, los recién llegados creían que Jesús era el Cristo. Alegaban tener autoridad apostólica (2ª Co 11.5) y utilizaban su posición judía (vea 11.22) para persuadir a los cristianos de Corinto de que debían adherirse a la Ley. En el capítulo 3, Pablo comenzó a dirigirse a estos hombres que querían convertir el cristianismo en una secta de los judíos. El apóstol refutó esta enseñanza en Corinto así como refutó a los maestros judaizantes en su carta a las iglesias de Galacia. Los cristianos de Corinto se unieron a la lucha generalizada de la iglesia primitiva mientras trataban de distinguirse del judaísmo.

Pablo hizo hincapié en que algo nuevo había

sucedido con la venida de Jesús de Nazaret. El propósito del Señor no había sido revisar el judaísmo. Pablo no estaba abandonando la revelación de Dios en el Antiguo Testamento (1ª Co 10.1–6); su enseñanza era una revelación de Cristo. En Cristo, tanto judíos como gentiles creyentes habían de vivir bajo un nuevo pacto. El ministerio del Espíritu ofrece salvación a la raza humana. Por esa razón, el nuevo pacto manifiesta la gloria de Dios en un grado que no podía hacerlo el antiguo pacto. Pablo estaba a la defensiva cuando escribió 2ª Corintios. Como es el caso de los predicadores del evangelio, su integridad personal y su mensaje se entrelazaron.

LA SUFICIENCIA QUE PROVIENE DE DIOS (3.1–6)

¹¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros, o de recomendación de vosotros? ²Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; ³siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.

⁴Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; ⁵no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, ⁶el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica.

Versículo 1. Durante su triste visita, Pablo se

había enfrentado a adversarios entre los hermanos. Probablemente, el hombre que tomaba la iniciativa para resistírsele a Pablo (apoyado por sus aliados) había acusado al apóstol de recomendarse a sí mismo (vea 5.12; 10.12, 18; 12.11). Estos críticos habían comparado a Pablo con otros maestros que podían ser escuchados en la plaza pública. Se haría de seguidores, dijeron, y luego cobraría un salario lucrativo. Trataron de apoyar sus acusaciones alegando que Pablo vacilaba en sus promesas (1.17). Pablo era susceptible a la acusación de que su propósito a futuro era hacer mercancía del evangelio (vea 1ª Co 9.12; 2ª Co 12.14).

El apóstol se sintió ofendido de que cualquier cristiano en Corinto le tratara como un extraño y cuestionara sus motivos, en vista de que era conocido entre ellos. Preguntó: **¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos?** Claro que no. No medraba el evangelio de Cristo de la forma como otros comercializaban sus maquinaciones filosóficas (vea 2.17). Tampoco había de verse el evangelio como un ligero ajuste al judaísmo. Gradualmente al principio, y luego con más fuerza, Pablo trazó pronunciadas líneas entre aquellos que habían obedecido el mensaje del evangelio y los que se aferraban a un «ministerio de muerte» (3.7).

La mención que hace el apóstol de «cartas de recomendación» sugiere que alguna persona o equipo había llegado a Corinto con cartas de apoyo. Esas cartas probablemente habrían causado una buena impresión si eran de la iglesia de Jerusalén, el lugar donde había comenzado el mensaje de Cristo. Es probable que aquellos que enarbolaban cartas de recomendación eran creyentes de Judea que deseaban aceptar a Jesús de Nazaret. Creían que el Nazareno había presentado una interpretación del judaísmo que elogiaba tanto al judaísmo étnico como a la Ley.

Con toda probabilidad, los judíos cristianos que habían llegado recientemente a Corinto exigieron que Pablo emitiera cartas de recomendación como las que habían emitido ellos. El apóstol no se rebajaría a este nivel de auto recomendación adoptado por los nuevos maestros. Se les invitaba a compararse consigo mismos (10.12), sin embargo, Pablo no participaría en tales actividades. Eran falsos apóstoles, y necesitaban cartas de recomendación en Corinto, pero no él.

El capítulo 3 ofrece pruebas sólidas de que algunos hermanos de Corinto estaban siendo influenciados por los judíos cristianos que insistían en que el cristianismo debía ser una rama

del judaísmo. Los cristianos, dijeron, necesitaban obedecer la Ley. Este capítulo ofrece una visión general de la confrontación a gran escala del apóstol contra los falsos apóstoles en los últimos cuatro capítulos de la carta. El análisis que hace Pablo del velo metafórico que estaba sobre los rostros de los judíos (3.14) ofrece una visión del trasfondo de sus adversarios en Corinto. En lo que respecta a Pablo, aquellos que se aferraban a los marcadores étnicos del judaísmo después de la muerte de Cristo en la cruz demostraban su malentendido de la obra de Dios.

Parece que el adversario u adversarios de Pablo habían llegado a Corinto desde Judea mientras el apóstol trabajaba en Éfeso. De repente, la iglesia lo colocó en igualdad de condiciones con los recién llegados. Desde la perspectiva del apóstol, la facilidad con la que los hermanos habían sido engañados por los nuevos maestros era absurda. Él indicó lo absurdo que era cuando consideró preguntas sobre sus credenciales. Después de preguntar: «¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos?» Pablo hizo una segunda pregunta, comenzando con un μή enfático (*mē*, «no»). **¿O tenemos necesidad, dijo, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros, o de recomendación de vosotros?** La implicación es «Ciertamente, no necesitamos cartas como las necesitan algunos». Pablo había plantado la congregación de Corinto. Primero les había predicado a estas personas en cuanto a la revelación de que Dios, por Su gracia, ofrece salvación a todas las personas, judías y gentiles por igual, por medio de enviar al Salvador. Exigirle cartas de recomendación en este momento constituiría una insensatez. Su estancia entre ellos durante año y medio y las señales de apóstol que le habían visto realizar (12.12) proporcionaban toda la recomendación que necesitaba.

Linda L. Belleville presentó un fuerte argumento de que 2ª Corintios 1—7 tiene una serie de paralelos con otras cartas de auto recomendación que sobreviven del mundo grecorromano. Al mismo tiempo, hay diferencias importantes. Señaló que la recomendación de Pablo se vio atemperada por una apelación a su oficio apostólico como ministro y esclavo de Cristo.¹ En lugar de referirse a sus logros personales y al poder que ejercía, Pablo

¹Linda L. Belleville, «A Letter of Apologetic Self-Commendation: 2 Cor. 1:8—7:16» («Una carta de recomendación apologética: 2ª Co 1.8—7.16»), *Novum Testamentum* 31 (abril de 1989): 160.

puso delante de los hermanos credenciales como haber sido perseguido, haber estado en apuros y ser derribado (4.4–10).

Versículo 2. A diferencia de otros que podrían necesitar cartas de recomendación escritas con papiro y tinta, la iglesia en Corinto era la carta de Pablo. Dijo: **Nuestras cartas sois vosotros, [...] conocidas y leídas por todos los hombres.** Los corintios que confesaban a Cristo daban testimonio de él en todo lugar. Los maestros judaizantes sólo habían emitido cartas de iglesias de Judea.

Los falsos apóstoles no podían señalar a los cristianos como sus cartas de recomendación. Su agenda era mantener el estatus favorecido dado por Dios al pueblo judío. En contraste, todos podían ver los frutos de la labor de Pablo. Algunas vidas habían sido transformadas. Había personas que se habían alejado de la adoración de los ídolos. Hombres y mujeres cristianos estaban manifestando arrepentimiento con una moralidad desconocida en la cultura grecorromana contemporánea (1ª Co 6.11). El apóstol fue más allá: «Nuestras cartas sois vosotros», **escritas en nuestros corazones.** Pablo no sólo había presentado a los cristianos de Corinto las exigencias del evangelio, también los había amado. El contraste entre Pablo y sus adversarios era evidente. ¿Qué fruto estaban ellos produciendo? ¿Podría la adhesión a la Ley abrir la puerta a la vida para los corintios?

En lugar de «escritas en nuestros corazones», algunos manuscritos antiguos de 2ª Corintios dicen, «escritas en sus corazones». La evidencia textual para «nuestros corazones» en lugar de «sus corazones» es fuerte y encaja bien en el contexto. Casi todas las traducciones tienen «nuestros corazones», en parte porque es la lectura más difícil.² Se podría haber esperado que Pablo dijera que los corintios podrían encontrar su recomendación escrita en los corazones de ellos. En lugar de ello, el apóstol afirmó que llevaba a los cristianos de Corinto en su propio corazón. Sus afirmaciones, certificó, fueron reforzadas por el testimonio de todos los hombres. Otros podrían afirmar su afecto por la iglesia en Corinto, así como la influencia que el evangelio estaba teniendo en sus vidas.

² «En general, se prefiere la lectura más difícil», porque un escriba «estaría tentado a hacer una enmienda» para aclarar un punto o facilitar la lectura. (Bruce M. Metzger and Bart D. Ehrman, *The Text of the New Testament: Its Transmission, Corruption, and Restoration [El texto del Nuevo Testamento: su transmisión, corrupción y restauración]*, 4ª ed. [New York: Oxford University Press, 2005], 302–3.)

Versículo 3. Pablo continuó desarrollando la metáfora utilizada en 3.2, sin embargo, no con una consistencia lógica. Los corintios eran una «carta» personal de las credenciales apostólicas de Pablo. Eran cristianos gracias a la enseñanza de Pablo. Debido a que los amaba, los llevaba como una carta escrita en su corazón. Deseaba que otros supieran acerca de esos hermanos. Eran una carta que le ofrecía al apóstol la seguridad personal de que Cristo le había dado una misión. Sin embargo, tan seguramente como la iglesia era una carta privada de afecto leída por él mismo, era una carta para que otros leyera también, pues dijo: **... sois carta de Cristo expedida por nosotros.** La conversión de los corintios a Cristo recomendaba a Pablo a los extraños. Cristo era el autor de la carta, y el apóstol la llevaba en su corazón.

Las metáforas del escritor no encajan bien. La idea de que Pablo lleve la iglesia de Corinto ante los demás como cartas de recomendación «conocidas y leídas por todos los hombres» en 3.2b no permite que estos cristianos sean una carta escrita por el propio apóstol. Una persona no sería tanto el autor como el portador de su propia carta de recomendación. Sin embargo, lo que Pablo quiso decir es claro. Habiendo presentado el primer punto, amplió la metáfora presentándose como el portador de la carta. A diferencia de los maestros recién llegados, Pablo no necesitaba ninguna carta escrita para presentar a los cristianos en Corinto. La existencia de la iglesia allí constituía su carta de recomendación.

El mensaje de Cristo pronunciado por Pablo en Corinto había sido certificado por el poder del Espíritu Santo. Algunas personas de la ciudad, al obedecer a Cristo, habían sido salvadas de sus pecados. Como señaló Thomas E. Provençe, Pablo usó «cartas» como una metáfora:

... Pablo contrasta implícitamente no solo el Nuevo Pacto con el Antiguo, sino también el corazón de piedra, que representa la voluntad endurecida del hombre en oposición a Dios, con el corazón carnal, que representa el dócil y obediente nuevo corazón del Nuevo Pacto.³

Normalmente las cartas no se escribían en tablillas de piedra en el mundo grecorromano, aunque cartas de personas importantes a una ciudad a veces eran inscritas en piedra. Tal vez Pablo extrajo su

³ Thomas E. Provençe, «“Who Is Sufficient for These Things?” An exegesis of 2 Corinthians ii 15–iii 18» («“¿Quién es suficiente para estas cosas?” Una exégesis de 2ª Corintios ii 15 – iii 18»), *Novum Testamentum* 24 (enero de 1982): 61.

figura retórica de los Diez Mandamientos, la carta de Dios a Israel. La carta que Pablo llevaba en su corazón, a saber, su amor por los corintios, no era una serie de mandamientos escritos en tablas de piedra. Pablo dijo que eran una carta **escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón**. Tal vez tenía en mente la promesa de Dios pronunciada por medio del profeta Jeremías: «Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón» (Jr 31.31–34; vea Ez 11.19; 36.26). Las palabras de Pablo, ambientadas en el contexto más grande de 2ª Corintios, contienen toques de afecto, así como ironía y reproche.

Versículo 4. Las metáforas de los corintios como carta de Pablo condujeron al apóstol a un contraste que estaba listo para desarrollarse entre «el ministerio de muerte» (3.7) y «el ministerio del espíritu» (3.8). Debido a que iglesias como la de Corinto estaban surgiendo por todo el mundo (vea Col. 1.6), el apóstol tenía plena **confianza** en la aprobación divina de su misión. Desde su experiencia en el camino a Damasco y la predicación de Ananías (Hch 9.17), Pablo sabía que su labor era **mediante Cristo para con Dios**. La iglesia de Corinto como una carta escrita en su corazón, junto con el empoderamiento del Espíritu, lo envalentonaban.

El temor, la incertidumbre y la duda interfieren con la audacia que se requiere de aquellos que están llamados a desafiar al mundo a seguir a Cristo. Pablo tenía «confianza» en que Cristo estaba a su lado y estaba trabajando por medio de él para difundir el mensaje del evangelio a todas las personas.

Versículo 5. Después de haber escrito de su «confianza» en Cristo, el apóstol parece haber hecho una pausa. La certeza que tenía de la verdad de su mensaje y de la garantía divina de su misión podrían ser explotadas por los adversarios para acusarle de arrogancia. Por esa razón, clarificó sus declaraciones. La certeza de Pablo no se basaba en su propia estimación de su suficiencia, sino en la seguridad que proporcionaba Dios. ... **no que seamos competentes por nosotros mismos**, escribió, **para pensar algo como de nosotros mismos**. Pisando una delicada línea entre hablar con confianza y al mismo tiempo mostrando una dependencia adecuada de Dios, Pablo explicó que su suficiencia no era de su propia creación; provenía de arriba.

Había planteado una pregunta acerca de la su-

ficiencia para el ministerio que se le había asignado en 2.16. «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» (πρὸς ταῦτα τίς ἰκανός, *pros tauta tis hikanos*). El apóstol alegó tener plena suficiencia para llevar a cabo su misión, sin embargo, la suficiencia era un don de Dios. Su confianza no estaba en su propio poder o excelencia. Así como la venida de Cristo era el don de Dios para salvar, Su Espíritu que trabajaba en Pablo le dio confianza.

Dios le daba a Pablo el poder de predicar a Cristo y resistir a aquellos que se oponían a él por medio de almas sinceras que ponían su fe en el Salvador y llenaban sus corazones de obediencia. Su misión daba sus frutos cuando la recepción del evangelio estaba ligada a la confianza que los salvos ponían en su autoridad. El apóstol pensaba poco en la libertad con la que atribuía asuntos espirituales a Dios, a Cristo o al Espíritu Santo. No ofrecía ninguna explicación sobre cómo actúan las tres Personas de la Divinidad. Sin insistir en el punto, insinuó que Dios el Padre, Jesús el Hijo y el Espíritu el Poder son separados pero son uno. Pablo dijo que su confianza vino «mediante Cristo» (3.4), luego añadió, **sino que nuestra competencia proviene de Dios**. En el siguiente versículo, afirmó que «el espíritu vivifica». El apóstol parecía no tener problemas con tratar de entender la Divinidad.

Versículo 6. Provisto con la competencia dada por Dios y empoderado por el Espíritu dador de vida, Pablo se entendía a sí mismo y a otros como él como **ministros competentes de un nuevo pacto**. Sus palabras se basan en las promesas de Dios para la renovación del pacto. El apóstol se refirió explícitamente a la relación entre Dios y los cristianos en términos de un «nuevo pacto» sólo aquí y en 1ª Corintios 11.25. En este último versículo, la muerte de Cristo y el memorial que efectúa el cristiano de ella mediante la Cena del Señor se identifican como la base de un nuevo pacto. A medida que Pablo revelaba el mensaje en 2ª Corintios 3, contrastó explícitamente lo nuevo en Cristo con lo viejo (vea 3.14). El contraste entre la «Jerusalén de arriba» y la «Jerusalén actual» en Gálatas 4.25, 26 es similar a este texto. Si bien Pablo no usó las palabras «nuevo pacto» en su alegoría de Sara y Hagar, los llamó «los dos pactos» en Gálatas 4.24.

El hecho de que Jesucristo había traído algo completamente nuevo en la relación entre Dios y la humanidad constituía la fuerza impulsora detrás del mensaje de Pablo. Los estudiantes del Antiguo Testamento no están de acuerdo sobre las implicaciones de la Ley misma. Sin embargo, muchos

líderes religiosos judíos definían la relación entre Dios y Su pueblo mediante asuntos tales como adherirse a las leyes dietéticas y descansar en el día de reposo. Fueron cuidadosos en la observación de fiestas e incluso el diezmo de hierbas de sus huertos. En la medida en que esas cosas surgían por amor a Dios, no eran malas.

Tanto Jesús como Pablo enfatizaron que la concentración en los rituales de la Ley privaba del gozo de una relación amorosa con el Padre. Jesús le dio más importancia a levantar las cargas de la enfermedad y el pecado que a las definiciones autoimpuestas del término «trabajo». En una ocasión, habló al principal de una sinagoga que se había indignado porque Jesús no estaba observando las restricciones de los fariseos concernientes al día de reposo. Estaba quebrantando sus regulaciones de «trabajo» al sanar a una mujer «que tenía espíritu de enfermedad» (Lc 3.11). Jesús dijo: «Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?» (Lc 13.16).

Dios desea que Su pueblo le obedezca. Sin embargo, el intento de encontrar vida con Dios basada en la obediencia a **la letra** de la Ley conduce a un sentimiento de carga y culpa. **La letra mata**; sin embargo, el mensaje del evangelio, empoderado por el **espíritu**, da perdón, gracia y vida. El empoderamiento por el Espíritu Santo es la diferencia esencial entre el antiguo y el nuevo pacto. El nuevo es un mensaje de gracia. El cristiano confía en Dios. En lugar de poner su esperanza en su propio mérito u obediencia sin pecado, depende de la misericordia de Dios. Confiando en la gracia de Dios, el cristiano encuentra confianza.

El contraste entre «letra» y «espíritu» no debe querer decir que Pablo tenía una mala opinión de la Ley. No estaba diciendo que la Ley requiere de una obediencia servil mientras que el Espíritu se centra en una disposición interior del corazón no relacionada con el comportamiento. Según Pablo, el Espíritu le da al creyente más incentivo para obedecer la voluntad de Dios, no menos que la Ley. Además, la Ley, en su mejor forma, requería un compromiso del corazón que había de ser incorporado en la vida. Pablo estaba diciendo que la Ley, incluso en su mejor forma, sólo ofrecía condena. La condena de la Ley era el resultado de la incapacidad humana para vivir según ella. **El espíritu vivifica** en el sentido de que, por medio del Espíritu, se deposita confianza en la gracia que Jesucristo manifestó en la cruz. Él pagó el precio

del pecado. La vida bajo la gracia no es antinomiana (anti-Ley). Todavía se exige la obediencia a Dios, así como lo fue bajo la Ley; sin embargo, donde la obediencia falla, la gracia ahora encuentra expresión mediante la fe del creyente en Cristo y Su obra redentora.

«EL MINISTERIO DEL ESPÍRITU» (3.7–11)

Pablo tenía un gran respeto por la ley de Moisés. Al mismo tiempo, la llamó «el ministerio de muerte» y «el ministerio de condenación» (3.7, 9). Dijo que Israel poseía «la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas» (Ro 9.4). También insinuó que entendían mal el papel de la Ley cuando dijo: «... hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto» (2ª Co 3.14). Escribió: «De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno» (Ro 7.12) y aún así dijo: «... porque la letra mata, mas el espíritu vivifica» (2ª Co 3.6).

La audiencia de la carta de Pablo a los romanos (al menos en gran medida) estaba compuesta por creyentes judíos, mientras que la audiencia de 2ª Corintos (en su mayor parte) estaba compuesta por gentiles cristianos. Judíos cristianos habían viajado a Corinto desde Judea, argumentando que ser salvo en Cristo requería que cada persona adoptara la Ley, con todas sus ceremonias étnicas (Hch 15.1; Ga 5.17, 18). Pablo creía que la Ley apuntaba a Cristo (vea 1ª Co 10.11) y que, en sí misma, la Ley no ofrecía alivio del pecado. Entendía que la obra de Cristo y el ministerio del Espíritu mantenían la continuidad con la Ley, sin embargo, proveían una forma de vida completamente nueva con Dios.

7Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, ⁸¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu? ⁹Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación. ¹⁰Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. ¹¹Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece.

Versículo 7. Los pensamientos de Pablo en este texto parecen haber fluido libremente, con

una idea llevando a la siguiente. Su análisis de la carta de recomendación que algunos pensaban que él debía presentar llevó a la idea de que los corintios eran una carta escrita en su corazón, una carta que los recomendaba a él mismo. La iglesia de Corinto también era una carta que otros podían leer (3.3). A partir de ahí, el apóstol se trasladó a la letra de la ley de Moisés. Contrastó la letra de la Ley, un **ministerio de muerte grabado con letras en piedras** y «el ministerio del espíritu» (3.8). El nuevo pacto, como la iglesia de Corinto, había sido inscrito en tablas de corazones humanos. La **gloria** del antiguo era maravillosa —tan gloriosa **que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés**— aunque la gloria del rostro de Moisés era una gloria que **había de perder**. Gracias a Cristo, el Espíritu había inspirado la predicación del nuevo pacto. Inscrita como en corazones humanos, era incomparablemente de más gloria que el antiguo pacto.

Los judíos cristianos estaban reacios a dejar atrás las prácticas del judaísmo étnico. Varios años atrás, habían presentado sus exigencias a la iglesia de Antioquía de Siria (Hch 15.1). Al parecer, maestros similares habían seguido a Pablo hasta las iglesias de Galacia, defendiendo de manera agresiva la obediencia a la Ley como condición previa para hacerse cristianos. En el transcurso de esos años, habían aumentado su influencia en Judea (Hch 21.20). Unos seis años después de escribir 2ª Corintios, el apóstol estaba en una prisión de Roma y encontró que era necesario advertirles a los filipenses acerca de formas de actuar de aquellos (Fil 3.2, 3). Parece que maestros de similar persuasión habían dejado su huella en otras congregaciones. Su presencia explica por qué Pablo trazó el contraste entre la letra de la Ley, que llamó «el ministerio de muerte», y «el ministerio del espíritu». Junto con Gálatas y Filipenses, 2ª Corintios indica hasta dónde llegarían estos judíos cristianos para detener la difusión del evangelio que Pablo predicaba entre los gentiles. Pablo estaba decidido a resistirse a sus exigencias. El evangelio de Cristo, insistió, no requería que los creyentes gentiles adoptaran la circuncisión ni ninguna otra costumbre judía.

La forma de la autodefensa de Pablo sugiere que sus críticos eran del partido de la circuncisión. La influencia de tales elementos en la iglesia ya estaba en evidencia temprana en Judea (vea Hch 11.2). La referencia de Pablo «a aquellos grandes apóstoles» (2ª Co 11.5; 12.11) que fueron influyentes

en Jerusalén también señalan las conexiones de Judea de sus adversarios. En Corinto, puede que los adversarios del apóstol hayan encontrado una audiencia con judíos cristianos a quienes no les parecía cómodo compartir a Cristo por igual con los gentiles. Los enemigos del apóstol en Corinto habían determinado que la iglesia permaneciera dentro de la esfera del judaísmo. En un año más o menos, Lucas declaró en Hechos que el antagonismo judío contra Pablo en Corinto era lo suficientemente fuerte como para llevarlos a planear su muerte (Hch 20.3).

La principal preocupación de Pablo era defender su mensaje y su conducta en Corinto, sin embargo, había una razón por la que expresó su defensa de la manera en que lo hizo. Aunque parecía haber llegado al tema casi por accidente, el apóstol se defendió contrastando la gloria de la Ley con la gloria del nuevo pacto en 3.7–11. La revelación de Dios a Moisés era tan maravillosa que se le tuvo que colocar un velo sobre su rostro para que Aarón y los ancianos de Israel pudieran soportar estar en su presencia (Ex 34.29–32). Pablo no hizo ningún intento por disminuir la gloria de la Ley. Más bien, presentó argumentos de menor a mayor. Si el antiguo pacto tenía tal gloria, ¡el nuevo pacto dador de vida tenía mucho más!

Versículo 8. Pablo reconoció la gloria que acompañó la entrega del pacto entre Dios e Israel. Razonó que la gloria del **ministerio del espíritu** mediado por Cristo en la cruz era mucho mayor que el que acompañó a Moisés; **no** podría ser **más bien con gloria**. El resplandor del rostro de Moisés era un símbolo de la gloria de lo viejo. La mayor gloria del nuevo pacto estaba en la Persona del Hijo de Dios, que culminó en Su muerte en la cruz y Su resurrección. La gracia de Dios, la paz con Dios, la reconciliación y la salvación del pecado eran parte de la gloria que descansaba sobre los cristianos en Corinto debido al nuevo pacto. Pablo pensó en la Ley como el ministerio del Dador de la Ley al pueblo de Israel. Dios era el Dador de la Ley; sin embargo, en comparación con el ministerio del Espíritu, la Ley no ofrecía ningún alivio duradero del pecado.

El apóstol era consciente de que la Ley había proporcionado guía espiritual para Israel durante siglos antes de la venida de Cristo. Pablo se apoyaba en la Ley para la continuidad con un pasado glorioso. No predicaba de ningún Dios nuevo; Jesús era el cumplimiento de todo lo que la Ley había prometido. Al mismo tiempo, los aspectos

estrictamente étnicos de la Ley definía lo que significaba ser hebreo. Pablo no estaba interesado en hacer prosélitos para el judaísmo. Eran los componentes étnicos de la Ley los que Pablo se negaba a atar sobre los creyentes gentiles. El sistema de sacrificios que se centraba en el templo de Jerusalén y el requisito de la circuncisión no formaban parte del evangelio que predicaba. La gloria del nuevo pacto comenzaba con amar a Dios y amar al prójimo como a sí mismo.

Versículo 9. Comenzando con Moisés en el Sinaí, el pacto entre Dios e Israel —la Ley— traía culpa, pecado, condenación y muerte. En lugar de «ministerio», como en la Reina-Valera, la RSV y otras traducciones consignan la palabra griega *διακονία* (*diakonia*) en 3.7, 8, 9 como «dispensación». «Dispensación» es un término que se refiere a un período de tiempo durante el cual Dios ha «dispensado» Sus leyes o Su voluntad en el señorío de los asuntos humanos de una manera particular. El dispensacionalismo es demasiado complejo para tratarlo aquí. Brevemente, constituye un sistema de pensamiento obsesionado con el Israel físico y los planes de Dios para los judíos étnicos en el futuro. Por lo general, incluye detalles sobre el establecimiento de un reinado milenarista de Cristo en la tierra. La palabra *diakonia* y sus cognados son comunes en el Nuevo Testamento. La palabra básicamente quiere decir «ministerio» o «servicio», aunque un contexto podría darle un matiz similar pero diferente. «Dispensación» no sería una mala traducción de la palabra, si no fuera por las implicaciones teológicas que se le han añadido con el tiempo.

Pablo declaró que la Ley dada a Israel por Moisés era un «ministerio de muerte» (3.7), o un «ministerio de condenación» (3.9). La Ley había sido dada por Dios. Su debilidad no estaba en su formulación. Más bien, las personas centraron la atención en la letra de sus ordenanzas en lugar del espíritu de su propósito. En comparación, el nuevo pacto **mucho más [abundó] en gloria el ministerio de justificación**. Por la gracia de Dios, a causa de la muerte de Cristo y dando el pago por el pecado, el nuevo era «el ministerio de justificación». El viejo pacto dejaba a las personas sin perdón, muertas en pecado; el nuevo les infunde a los cristianos una justicia basada en la santidad y la obediencia a Cristo. Tan superior es el nuevo pacto en comparación con el viejo, que éste constituía «el ministerio de condenación».

La traducción **Porque si el ministerio de con-**

denación fue con gloria sigue copias antiguas que dicen ἡ διακονία (*hē diakonia*, «el ministerio»). Está en el caso nominativo, que quiere decir que es el sujeto del verbo. Sin embargo, algunos excelentes testigos del texto antiguo consignan τῇ διακονίᾳ (*tē diakonia*), un dativo que quiere decir «al ministerio». El texto griego, según impreso por las Sociedades Bíblicas Unidas, quiere decir, literalmente, «Porque al ministerio de condenación es gloria». La mayoría de las traducciones, incluyendo la Reina-Valera, aceptan el nominativo, no el dativo, como la lectura mejor autenticada. Afortunadamente, el significado no difiere mucho si se lee la palabra como nominativa o dativa.

Versículo 10. La gloria superior de perdón y vida ofrecida por Jesús abruma el brillo de la Ley. El antiguo, **que fue glorioso, ahora no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente**. Una luz podría parecer espléndida hasta que una más fuerte hace que la primera sea consumida en su propio brillo. El apóstol admitía la gloria de la Ley (Ro 7.7). Fue la manera como Dios se reveló a Israel. Sin embargo, la redención realizada por medio de Cristo superaba con creces la gloria de la Ley.

El apóstol estaba diciendo: «Lo que fue glorioso (el pacto mosaico) no aparece tan glorioso como antes. Su gloria no es tan espectacular como antes parecía porque la gloria del nuevo pacto ha abrumado su gloria».

Versículo 11. En la Reina-Valera, la palabra «gloria» se utiliza diez veces en los versículos 7 al 11. (Tanto la forma sustantiva como la verbal, δόξα [*doxa*] y δοξάζω [*doxazō*], aparecen en el griego.) La palabra extrae su significado más de su uso en la LXX que de su uso contemporáneo en griego secular. El término indica una condición de esplendor que puede atribuirse a cualquier cosa. Es deber humano atribuirle a Dios la excelencia inherente a Su Ser. Dar gloria «no implica la adición de algo que no está ya presente; es más bien predicación en el sentido de reconocimiento activo».⁴ La «gloria» se utiliza a menudo en el Nuevo Testamento como metáfora del honor, la excelencia moral y la alabanza que se debe a Dios.

La **gloria** existía en el antiguo pacto, sin embargo, era una gloria **que perece**. Su gloria ha sido

⁴ Gerhard Kittel, «δόξα», en *Theological Dictionary of the New Testament* (*Diccionario teológico del Nuevo Testamento*), ed. Gerhard Kittel, trad. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 2:248.

abrumada por el nuevo pacto de Dios hecho en virtud del sacrificio de Cristo. Pablo sostenía que si el antiguo pacto que estaba pereciendo era glorioso, **mucho más glorioso será lo que permanece.**

El razonamiento de Pablo pone de relieve la lucha que los cristianos en la actualidad siguen teniendo con la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Antiguo Testamento no fue reemplazado por el Nuevo. El Antiguo sigue siendo parte del canon de las Escrituras; es la Palabra de Dios. El Antiguo Testamento fue y es provechoso para la instrucción, sin embargo, las imágenes de la gloria que perecía del Antiguo ilustran que era un pacto en proceso. El Antiguo Testamento anticipó lo que había de venir; no fue lo último que había de decirse. El Antiguo miraba a la perfección de la revelación de Dios. Las maravillas de la salvación que los cristianos disfrutaban en el nuevo pacto superan cualquier cosa realizada en el antiguo. Por medio de Cristo, debido al derramamiento del Espíritu, la persona interna es transformada. La obediencia a letras escritas en piedra era sólo un paso en esa dirección.

EL VELO ES QUITADO (3.12–18)

Los análisis de Pablo encajan extrañamente en 2ª Corintios. Él escribió sobre el antiguo pacto y su relación con el nuevo, comentando sobre la gloria que perecía del antiguo. Contrastó el ministerio de muerte con el ministerio del Espíritu. Aparentemente, lo hizo todo sin explicar cómo estos temas se relacionaban con el influjo de judíos cristianos en la iglesia de Corinto. La congregación tuvo que haber estado amenazada por fuerzas que estaban tratando de hacer que los cristianos se adhirieran a la Ley. De lo contrario, los argumentos del apóstol sobre la superioridad del nuevo sobre el antiguo sería una digresión mal colocada. Por otro lado, si la iglesia en ausencia de Pablo había sido infiltrada por fanáticos de la Ley de Judea, se requería la amonestación del apóstol. Los hermanos necesitaban esta enseñanza para comprender la independencia del mensaje de Cristo.

Si el capítulo 3 fuera la única pista en 2ª Corintios en cuanto a la causa de la disensión en la iglesia, todavía identificaríamos a los judaizantes como el problema. El capítulo indica que judíos cristianos celosos habían llegado a Corinto, queriendo atar la Ley sobre los creyentes gentiles. Sin embargo, la acusación del apóstol contra sus adversarios en los últimos capítulos de la carta añade un apoyo considerable a esta sospecha. Pablo contrapuso sus

propias credenciales ante aquellos que decían ser hebreos, israelitas y descendientes de Abraham (11.22). Esos maestros insistían en que los creyentes gentiles se adhirieran a los marcadores étnicos del judaísmo establecidos en el antiguo pacto. Si bien los adversarios de Pablo profesaban a Cristo, tenían un velo judío sobre sus rostros. Pablo deseaba que sus lectores entendieran que abrazar la ley de Moisés equivalía a negar la gracia de Dios manifestada en Jesucristo.

¹²Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza; ¹³y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido. ¹⁴Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. ¹⁵Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. ¹⁶Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. ¹⁷Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. ¹⁸Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

Versículo 12. Debido a que Pablo tenía tal esperanza basada en la gracia de Dios revelada en Cristo, tenía la confianza de hablar sin disculpas acerca de los esplendores del nuevo pacto. Su contraste entre «el ministerio del espíritu» (3.8) y «el ministerio de condenación» (3.9) le condujo a un confiado **Así que**. Cristo era la fuente de su **mucha franqueza**. Pablo se esforzó por diferenciar entre su esperanza confiada y la mera arrogancia humana. La gloria del nuevo pacto le permitió utilizar mucha franqueza en su análisis.

Si bien Jesús predicó, murió y resucitó en Canaán, estos acontecimientos no fueron sólo para beneficio de los judíos. El ministerio del Hombre de Nazaret no constituía un acontecimiento que reforzara la posición de los judíos étnicos. Algo nuevo había irrumpido en la escena humana. La esperanza dada por Dios en Cristo se basaba en el sólido testimonio histórico de testigos, sin embargo, su importancia no se limitaba a Judea. Pablo deseaba que sus lectores entendieran que no había vacilación en su posición. Confiaba tanto en su mensaje a los corintios como en que Cristo se le

había aparecido y le había llamado a ser apóstol.

Versículo 13. Pablo usó el «velo» en 3.13–16 para representar el hecho de que no lograban ver la «gloria» al tiempo que promovía el contraste entre el antiguo y el nuevo pacto. La esperanza, la transformación, la novedad del nuevo pacto, el aferramiento de los judíos a la condición favorecida con Dios y el endurecimiento de los corazones fueron temas abordados por Pablo. Pensamientos aparentemente aleatorios se dejaban caer del intelecto inspirado del apóstol mientras consideraba el velo que colgaba sobre la mente de aquellos que estaban influyendo en la iglesia de Corinto. El que los gentiles colgaran el velo sobre su propio entendimiento sería desastroso. Pablo los instó a no darle la espalda a la libertad de Dios en Cristo. Por el poder transformador del Espíritu, el nuevo pacto de gracia traería gloria para los cristianos en Corinto, conduciendo a la gloria para Dios.

Pablo respondió a la socavación de conceptos básicos con pruebas doctrinales y razonamientos sólidos. Las Escrituras apoyaban su afirmación de que el propósito de Dios había sido hacer un nuevo pacto con un pueblo creyente. Un orador inteligente usará anécdotas para ganar seguidores. Ese no fue el enfoque de Pablo. James W. Thompson notó lo siguiente: «La iglesia se mantiene incapaz de reflexionar teológicamente sobre su identidad a menos que haya observado una reflexión lógica madura de parte de sus maestros».⁵

En 3.13a, Pablo retornó a la idea de Éxodo que fue introducida en 3.7. Interpretó el **velo** que Moisés llevó **sobre su rostro** al hablar con Israel como símbolo de una negativa nacional por parte del judaísmo a recibir la gracia de Dios en Cristo (Ex 34.30–35). El apóstol, guiado por el Espíritu, narró esta historia para centrar la atención en uno de sus aspectos: la gloria precedera del rostro de Moisés. Cuando Aarón e Israel vieron al dador de la Ley después de haber descendido del Sinaí, observaron que «la piel de su rostro era resplandeciente; y tuvieron miedo de acercarse a él» (Ex 34.30b). El velo era para proteger a aquellos que hablaban con Moisés de la gloria que Dios le había impartido en el monte.

Nada en Éxodo nos lleva a creer que Moisés se puso el velo **para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abo-**

lido. Puesto que Éxodo no hace más referencia al resplandor del rostro de Moisés, Pablo dedujo que la gloria que acompañaba al dador de la Ley cuando bajó del Sinaí fue temporal. Entonces razonó que el velo usado por Moisés era para evitar que Israel viera que esa gloria se estaba desvaneciendo. Cualquiera que fueran los méritos de las inferencias del apóstol, lo que quería enseñar era que la gloria del rostro de Moisés no era permanente; ... **no [somos] como Moisés**, sostuvo el apóstol. La gloria transformadora impartida por Cristo a Su pueblo es imperecedera (vea 3.18).

Versículo 14. El caso que Pablo estaba presentando tenía poco que ver con la respuesta de Aarón e Israel a la apariencia del rostro de Moisés cuando descendió del Sinaí. De mayor relevancia, **el entendimiento** del pueblo de Israel **se embotó**. Incluso después de ver el efecto de la revelación de Dios en el rostro de Moisés, siguieron inclinaciones carnales. Las descripciones de Israel en el desierto en Éxodo y Números demuestran que nunca apreciaron la gloria ni siquiera del antiguo pacto. Dos asuntos eran importantes que el apóstol estableciera. Primero, Dios conocía la tendencia de Israel al pecado. Por lo tanto, el pacto que hizo con Israel por medio de Moisés nunca tuvo la intención de ser permanente. La gloria precedera del resplandor del rostro de Moisés se erigió como un símbolo de la naturaleza temporal de la Ley. El antiguo fue dado en preparación para el nuevo. Segundo, la misma resistencia a la revelación de Dios que caracterizó a Israel en el desierto aplicaba al rechazo de la salvación en Cristo por parte del Israel contemporáneo.

Pablo asoció el velo usado por Moisés con la falta de visión espiritual entre los judíos contemporáneos que leen el antiguo pacto. No podían ver en el antiguo la gloria del nuevo. La comparación fue completa cuando Pablo escribió, **porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto**. Las observaciones de Pablo sobre el velo usado por Moisés tienen una cualidad de tipo / antitipo para ellos. No afirmó que el velo usado por Moisés anunciara la resistencia de los judíos al evangelio. Más bien, vio en el velo cierta semejanza, o una cierta sombra de la situación contemporánea que presenció. El velo de Moisés era un tipo de la dureza temporal de Israel; la dureza de Israel era un antitipo del velo.

Para aquellos que leen el antiguo pacto con corazones iluminados, el velo fue quitado. Es sólo un tecnicismo preguntar si el «velo» que **por**

⁵ James W. Thompson, *Preaching Like Paul: Homiletical Wisdom for Today (Predicando como Pablo: Sabiduría homilética para hoy)* (Louisville: Westminster John Knox Press, 2001), 121.

Cristo es quitado permanecía sin ser levantado debido a la devoción judía al antiguo pacto o por la falta de voluntad de los oyentes para obedecer el mensaje apostólico. Dado que el antiguo pacto era metafóricamente el velo, el significado es el mismo de cualquier manera. El antiguo había sido quitado; el nuevo había sido establecido. La gloria del antiguo era su testimonio del nuevo. No ver a Cristo en el antiguo era leerlo con un velo sobre el rostro. La misma dureza de corazón enfrentada por Jesús continuó plagando a los judíos que le dieron la espalda al mensaje apostólico.

De las palabras de Pablo «antiguo pacto» en 3.14, hemos derivado la designación de la Biblia hebrea como «el Antiguo Testamento». La palabra griega *διαθήκη* (*diathēkē*) puede referirse a un acuerdo entre dos o más partes, o puede querer decir la última voluntad y testamento de una persona que ha muerto. Combinando las ideas de 3.14 y Hebreos 9.16, 17, donde el contexto define *diathēkē* como «voluntad» (NIV) o «testamento» (Reina-Valera), equiparamos el Génesis hasta Malaquías con el Antiguo Testamento. Cuando Cristo murió, sostuvo el autor de Hebreos, le dio fin al «primer pacto» (He 9.18). El mismo autor escribió que Dios «ha dado por viejo al primero», es decir, lo volvió obsoleto, cuando puso el «nuevo» en su lugar (He 8.13).

A diferencia del autor de Hebreos, Pablo utilizó las frases precisas «nuevo pacto» (3.6) y «antiguo pacto» (3.14). «Nuevo pacto» también aparece en 1ª Corintios 11.25 y Lucas 22.20, sin embargo, en ninguna otra parte del Nuevo Testamento aparece la frase «el antiguo pacto» (ἡ παλαιὰ διαθήκη, *hē palaia diathēkē*). El lenguaje sobre el antiguo y el nuevo es evidente en los contrastes que hace Jesús entre los remiendos viejo y nuevo y el vino nuevo y viejo en Marcos 2.21, 22. Sin embargo, el Señor no estaba hablando de un pacto en ese contexto.

Versículo 15. En vista de que sobre sus corazones había «un velo», los adherentes judíos al antiguo pacto que eran contemporáneos con Pablo todavía estaban en una posición similar a Israel en el desierto. No entendían el testimonio de las Escrituras en cuanto a Cristo. ... **hasta el día de hoy**, Pablo dijo, **cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos.** Aquellos que velaban su entendimiento permanecían en rebelión. Cristianos como Pablo, por supuesto, también leen la ley de Moisés; sin embargo, su confesión de Cristo como Señor había quitado el velo. El apóstol se enorgullecía de identificarse con

Israel en su historia (vea Ro 11.2, 3; 2ª Co 11.22). Sin embargo, cuando consideró el rechazo de ellos de Cristo, el apóstol recurría al pronombre en tercera persona; «el entendimiento de ellos se embotó», escribió, y «el velo está puesto sobre el corazón de ellos» (3.14a, 15b).

Es probable que la oposición contra Pablo en Corinto era dirigida por aquellos enviados desde la iglesia de Judea que sostenían que los gentiles tenían que adherirse a la Ley. Si es así, entonces Pablo estaba afirmando que el velo estaba sobre sus ojos. Estos adversarios sostenían que Jesús era el Mesías, sin embargo, no entendían las implicaciones de lo que creían. El contraste entre «nuevo» y «antiguo» excedía el entendimiento que tenían ellos de la obra de Dios en Cristo. La relación de las palabras de Pablo en el capítulo 3 con su feroz ataque a sus adversarios en los capítulos 10 al 13 es importante en el análisis de la unidad de 2ª Corintios.

Versículo 16. El apóstol resumió lo que había dicho con una declaración final: **Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará.** Convertirse a Cristo era quitarse el velo para poder ver la Ley por lo que era. El antiguo pacto era temporal, un testimonio de la venida del Salvador. La advertencia de Pablo a aquellos que continuaban aferrándose firmemente a la Ley como revelación final de Dios fue que jamás entenderían la obra de Dios en Cristo.

El apóstol tenía el mayor respeto por la Ley, sin embargo, enfatizó que Dios había dado algo radicalmente nuevo a todas las personas enviando a Su Hijo. Cuando se entiende apropiadamente, la Ley conduciría a la vida en Cristo. En Cristo, los marcadores distintivos del judaísmo étnico eran apropiados para los judíos a los que les interesaba mantener su herencia. Sin embargo, los judíos que insistían en que los gentiles tenían que observar los marcadores de la cultura de Israel para ser salvos comprendían mal la obra de Cristo. Del mismo modo, entendían mal la importancia de la Ley.

Versículo 17. Pablo usaba regularmente κύριος (*kurios*, «Señor») en referencia al Señor Jesucristo. En 3.14, dijo que el velo sobre el corazón de los judíos «por Cristo es quitado». En 3.16, sostuvo que el velo era quitado cuando una persona se convertía «al Señor». En tal contexto, es difícilmente posible que Pablo quisiera equiparar al Señor Jesús con el Espíritu Santo. ¿Qué, entonces, quiso decir cuando escribió: **Porque el Señor es el Espíritu?** El apóstol estaba afirmando que era el Señor quien llevaba a

los creyentes a experimentar la obra del Espíritu. Por esa razón, **donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad**. Herman Ridderbos declaró:

En contra de la ministración de muerte y de la letra del Antiguo Pacto, él coloca el de la justicia y la libertad que son dados por el Espíritu. En ese hilo de pensamiento ahora puede llamar al Señor el Espíritu, porque en el Señor se lleva a cabo la obra dadora de vida y libertadora del Espíritu, el Nuevo Pacto es consumado, y la nueva creación tiene lugar.⁶

Jesús y el Espíritu son iguales en gloria y eternidad. Ambos son Dios; por esa razón, el Señor y el Espíritu son uno. Aun así, el Señor y el Espíritu son entidades separadas en comunión entre sí en la redención de los creyentes. Gracias a Cristo, el creyente es liberado de las garras de la Ley. Habilitada por el Espíritu, un alma redimida recibe una nueva libertad. A un cristiano se le da la libertad del pecado, y esa libertad viene de seguir al Señor con un entendimiento penitente. Es por medio del Espíritu que Jesús está presente en Su pueblo de manera individual y colectiva.

Pablo está sosteniendo que la resurrección (o exaltación) pone a Cristo en la esfera del Espíritu, y que la unión con Él les asegura a los creyentes de la vida espiritual, que es la vida en la comunidad.⁷

Por medio del Espíritu, el Creador y la criatura—el Redentor y el redimido— gozan de comunión. Este nuevo orden dado por el Espíritu tuvo lugar por medio del Señor crucificado y que vive.

Versículo 18. Pablo ya no hablaba de judíos que deseaban aferrarse a los marcadores étnicos que los diferenciaban como nación elegida de Dios. Cambió su elección de pronombre a «nosotros»: **Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados.** El ministerio del Espíritu es «nuestra» herencia. A diferencia de los judíos que leen la Ley con velos sobre su entendimiento, dejando sus corazones cargados de pecado, los cristianos no tienen velo. Entendemos el mensaje

⁶ Herman Ridderbos, *Paul: An Outline of His Theology (Pablo: Un bosquejo de su teología)*, trad. John Richard De Witt (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1975), 88.

⁷ Eduard Schweizer, «πνεῦμα», en *Theological Dictionary of the New Testament (Diccionario teológico del Nuevo Testamento)*, ed. Gerhard Friedrich, trad. Geoffrey Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1968), 6:419–20.

de Dios en la Ley; y tenemos la confianza de que nuestro llamado quite el velo y, en cierto sentido, poder estar delante de Dios. Mientras le vemos, somos transformados **de gloria en gloria en la misma imagen**. La traducción «transformados [...] en la misma imagen» (Reina-Valera) se consigna en la NIV (1985) como «Nosotros [...] todos reflejamos la gloria del Señor». El verbo κατοπτρίζω (*katoptrizō*, «mirando») se utiliza sólo aquí en el Nuevo Testamento. Jack McKinney señaló que el verbo (que en la voz activa quiere decir «mirar») está en la voz media (κατοπτριζόμενοι, *katoptrizomenoi*) y apropiadamente quiere decir «reflejar». Sólo el rostro de Moisés resplandeció cuando él, en su papel de mediador del pacto sinaítico, reflejó la gloria de Dios. McKinney escribió:

Lo que se dijo de los apóstoles era una analogía a Moisés colocando un velo sobre su rostro, [...] A diferencia de Moisés, los apóstoles no habían retenido nada como ministros del nuevo pacto (2^a Co 3.6); habían traído su mensaje «a cara descubierta», reflejando la gloria del Señor.⁸

Ser salvo del pecado quiere decir ser considerado justo por la obra salvadora de Jesucristo, sin embargo, la vida en Cristo es un proceso de transformación. El cristianismo requiere una vida de crecimiento. La vida cristiana diaria implica ser transformado de un nivel de madurez al siguiente.

De manera casi casual, Pablo dijo que la transformación cristiana es **como por el Espíritu** y luego añadió las palabras **del Señor**. El πνεύματος genitivo (*pneumatōs*, «del Espíritu») tiene que ser un genitivo de aposición, que quiere decir «el Señor que es el Espíritu». Por segunda vez, Pablo asoció «Señor» y «Espíritu» de la manera más cercana. Pablo no redujo el Espíritu Santo a una fuerza impersonal o a una influencia divina que impregnara la vida de los creyentes. Veía el Espíritu como una Persona que podía ser designada como «Señor» de la misma manera que Dios el Padre y Jesús el Hijo. El acceso al Espíritu y a la comunión con Dios son posibles porque el Hijo tomó forma humana y llevó el precio del pecado. El apóstol no hizo ningún esfuerzo consciente por enseñar una doctrina de un Dios trino, sin embargo, el concepto de la Trinidad está arraigado en sus declaraciones acerca de la Deidad.

⁸ Jack McKinney, *Galatians (Gálatas)*, Serie de Comentarios de La Verdad para Hoy (Searcy, Ark.: Resource Publications, 2017), 206, n. 39.

▣▣▣▣ PARA DESTACAR ▣▣▣▣

«La letra mata, mas el espíritu vivifica» (3.7, 8)

Pablo presentó una serie de contrastes entre la ley de Moisés y la ley de Cristo. Primero, el apóstol le llamó a la ley de Moisés un «ministerio de muerte» (3.7). Estableció esa descripción de la Ley contra el mensaje cristiano, «el ministerio del espíritu» (3.8).

Llevarle a la ley de Moisés un «ministerio de muerte» suena extremo. ¿No tenían tanto Jesús como Pablo un gran respeto por la Ley? Dios mismo fue el que dio la Ley (Ro 7.12). ¿Cómo podía ser un ministerio de muerte? Jesús dijo: «No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir» (Mt 5.17). Cuando leamos atentamente las palabras de Pablo, veremos que no era su propósito desacreditar la gloria de la Ley. El pueblo de Israel consideraba que la Ley era el regalo más precioso de Dios a Su pueblo. Dios le había dado a Israel la tierra de Canaán. Había bendecido a Israel de muchas maneras, sin embargo, ninguna otra bendición se comparaba con la Ley.

Cuando Moisés habló a Israel en la víspera de su entrada en la Tierra Prometida, les recordó que Dios los había bendecido dándoles la Ley (Dt 4.6). El libro de cantos de Israel eran los salmos. El más extenso de todos los salmos es Salmos 119, un poema sobre la Ley. Las naciones alrededor de Israel sólo conocían ídolos tallados en madera y piedra que no hablaban nada, no pensaban nada y no hacían nada. Las naciones estaban en tinieblas, sin ninguna ley divina que las guiara.

Los profetas nunca se cansaron de contrastar al Dios de Israel con los ídolos vanos de las naciones. Isaías 46 muestra un desfile en el que personas desfilaban a través de la ciudad llevando un ídolo, una imagen, que había sido tomado de su podio en un templo. En Isaías 46.7, el profeta dijo, en efecto, «Un dios que tiene que ser llevado no es un dios». Como para burlarse de los idolatras, Isaías básicamente dijo: «El Dios de Israel no tiene que ser llevado; Él nos lleva» (vea Is 46.3, 4). Es justo decir que la Ley hizo de Israel el pueblo que era. No fue la tierra, Jerusalén, ni el templo lo que hizo a Israel, sino la Ley.

¿No es de extrañar que Israel se deleitara en la Ley! Sin embargo, Pablo la llamó un «ministerio de muerte». ¿Por qué se referiría Pablo a la Ley, a la que él mismo llamó «buena» (Ro 7.16; 1ª Ti 1.8), como un «ministerio de muerte»? El apóstol

usó este lenguaje porque estaba haciendo una comparación. En comparación con la revelación que los cristianos conocen en Cristo, la Ley es un «ministerio de muerte». Cuando un cristiano participa de la comunión de Cristo, cuando alguien viene a Dios por medio de Su sangre, él o ella es bendecido más allá de todo lo que Israel imaginó. Pablo no tenía miedo de comparar la vida que había conocido bajo la Ley con su vida en Cristo:

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo (Fil 3.7, 8).

Pablo no podría haber encontrado un frase mejor que el «ministerio del espíritu» para expresar la vida que se comparte en Cristo. Les declaró a los corintios que el Espíritu Santo sirve a los cristianos revelando la Palabra y siendo activo en la vida de los creyentes. Tan gloriosa como fue la Ley bajo la cual Israel había vivido, la gloria de Cristo la eclipsa con creces.

Abundamos en gloria (3.9–11)

Pablo comparó la vida bajo la ley de Moisés con la esperanza en Cristo. «Porque si el ministerio de condenación fue con gloria», escribió, «mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación» (3.9). A pesar de su gloria, la ley de Moisés fue un ministerio de muerte, un ministerio de condenación. La vida en Cristo, dijo el apóstol, es un ministerio del Espíritu, es decir, es un ministerio de justicia. Ya había dicho, «porque la letra mata, mas el espíritu vivifica» (3.6). El apóstol habló de la ley de Moisés y del evangelio de Cristo como ministerios. La palabra «ministerio» llama la atención a la forma en que Dios le ha servido a Su creación, a usted y a mí. Normalmente pensamos en el servicio como algo que ofrecemos a Dios; sin embargo, antes de que Su pueblo pueda servirle, Dios le sirvió a la familia humana.

Dios le sirvió a Israel cuando dio la Ley por medio de Moisés, sin embargo, la Ley que Moisés reveló sólo trajo condenación. Vivir bajo la Ley oprimía a los israelitas con la culpa del pecado. En ese sentido, era un ministerio de condenación. Los profetas acusaron continuamente al pueblo por sus pecados. No tenían ningún remedio para
(Continúa en la página 40)



Fortaleza por medio de Cristo

El contraste que hace Pablo entre «el ministerio de muerte» (3.7) y «el ministerio del espíritu» (3.8) abordó el conflicto dentro de la iglesia de Corinto. Su propósito no era analizar en abstracto la integración del antiguo y nuevo pacto. Una necesidad inmediata, la controversia del momento, extrajo de él estas palabras. Algunos maestros habían venido de Jerusalén a Corinto con un mensaje diferente al de Pablo. Éstos entendían que la revelación de Dios a Moisés constituían una señal de estatus favorecido para Israel. Los israelitas veían su papel como pueblo elegido de Dios como parte del orden eterno y, a los ojos de algunos judíos cristianos, seguía siendo cierto.

A diferencia de estos hermanos, Pablo consideraba el estatus favorecido de Israel como un paso preliminar en el designio de Dios para salvar a la humanidad del pecado. En Jesús de Nazaret, Dios tomó forma humana. Por medio de Su vida, muerte y resurrección, el Cristo de Dios abrió la puerta para que todos sean salvos. El pueblo de Dios, y por lo tanto el reino de Dios, se había ampliado. Dentro de la iglesia de Cristo, judíos y gentiles son partícipes por igual en el acto redentor de Dios (Ro 2.29; Ga 3.7; 6.16; Fil 3.3).

Pablo, sin duda, habría preferido mantener la controversia en el ámbito del testimonio histórico. Sin embargo, encontraba perpetuamente que su propio carácter era atacado junto con el mensaje de Cristo. La medida de un predicador hoy es, al menos en parte, la misma que para Pablo. Para ser eficaz, el predicador tiene que modelar el modo de vida que recomienda para los demás. Al tiempo que enfatizaba la esencia de su mensaje, Pablo se atrevió a ofrecerse a sí mismo como encarnación del mismo.

Habiendo examinado lo viejo en comparación con lo nuevo, el apóstol declaró que «nosotros to-

dos», observando la santidad del Señor Jesucristo, «somos transformados de gloria en gloria» (3.18). Acusaciones dirigidas al apóstol yacían detrás de la alegre proclamación «somos transformados». El apóstol habló claramente. A pesar de las insinuaciones por parte de aquellos que querían que los cristianos se sometieran a la Ley, Pablo apeló a su propia integridad. Nada acerca de su presentación del evangelio en Corinto podría ser etiquetado como «astucia» (vea 4.2). Se recomendó a sí mismo a la conciencia de todos.

Los preceptos que ofrecía no tenían un velo. Su mensaje de un Salvador sólo les era velado a aquellos que habían sido cegados por el diablo. Pablo era un siervo así como Jesús era un siervo. Los que presentaban cargos en su contra tenían motivos ocultos. La luz emergía de las tinieblas en la predicación de Pablo. Era la verdad revelada por Dios.

«NO DESMAYAMOS» (4.1-6)

¹Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. ²Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios. ³Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; ⁴en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. ⁵Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. ⁶Porque Dios, que mandó que de las

tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

Versículo 1. Si bien el apóstol continuó usando pronombres plurales («nosotros», «nuestro») en el capítulo 4, él se estaba defendiendo. La idea del primer versículo es, en efecto, **Por lo cual, teniendo [yo] este ministerio según la misericordia que [he] recibido, no [desmayo]**. Dadas las circunstancias, el apóstol se vio obligado a hablar de sí mismo a la iglesia de Corinto. Por supuesto, Pablo esperaba que los corintios se unieran a él en su ministerio y en su autodefensa. Sin embargo, cuando dijo: «Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso» en el versículo 2, detrás de las palabras había acusaciones que los adversarios de Pablo le habían dirigido de manera personal. Habiendo dicho lo que era necesario sobre lo viejo y lo nuevo, el apóstol recurrió a las implicaciones de lo que había escrito con respecto a su ministerio personal. Marcó la redirección de sus pensamientos con «Por lo cual», que podría traducirse más definitivamente como «Por esta razón» (διὰ τοῦτο, *dia touto*).

Al escribir 2ª Corintios, Pablo usó la palabra *diakonia* («ministerio») doce veces. Identificó «el ministerio de muerte» con «letras [grabadas] en piedras» (3.7). El antiguo pacto era un «ministerio de condenación» cuya gloria sólo había servido para resaltar el mayor esplendor del nuevo (3.9). El «ministerio» que Dios le había dado a Pablo era «el ministerio del espíritu» (3.8). Dios había ministrado a Israel, sirviéndole a la nación con el ofrecimiento de la guía de la Ley. Sin embargo, el pecado había prevalecido. La Ley, destinada a dar vida, había dado lugar a hacer el pecado aún más evidente como pecaminoso (Ro 5.20; 7.5). Dios, en Su gracia, llegó más allá de la Ley y envió a Su Hijo a pagar el precio del pecado. Por medio del Hijo, la gracia de Dios fue ofrecida a todas las personas. Aquellos que se oponían a Pablo querían aferrarse a la exclusividad del antiguo pacto, la Ley dada a Israel por medio de Moisés. La revelación de Dios a Pablo consistía en que había abierto la puerta a la salvación universal en Cristo.

Refiriéndose al esplendor de la revelación de Dios en Cristo (vea 3.18), Pablo se recordó a sí mismo y a sus lectores que «este ministerio» era el resultado de la «misericordia» de Dios. La «misericordia» que había recibido el apóstol (4.1) podría ser una referencia a la aparición del Señor

en el camino a Damasco (Hch 9.3, 4). Dado que Dios lo había escogido para un ministerio único (Ga 1.15, 16), ¿cómo podría desmayar? Dios lo había reclutado para una gran empresa. La amenaza a su vida que había confrontado en Éfeso, las críticas de los falsos hermanos, el repudio de la comunidad judía, todo esto no era suficiente para hacer que Pablo renunciara a su relación con Cristo.

Versículo 2. Las palabras del apóstol habrían parecido demasiado defensivas si no estuviera ocupándose de acusaciones que sus adversarios le habían lanzado. Cuando era necesario, se defendía. Pocas cosas eran más importantes para Pablo que su posición como hombre de integridad personal. Es tentador ver los cargos presentados contra Pablo durante su dolorosa visita reflejadas en las palabras **Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso**. La palabra de Pablo para «vergonzoso» (αἰσχύνη, *aischunē*) es la misma que se traduce como «vergüenza» en Lucas 14.9 («desgracia»; NASB). En la parábola de Lucas 14.7–11, Jesús estaba ilustrando el significado de la vergüenza al hablar de un hombre que buscaba un asiento notorio en una fiesta. Cuando el anfitrión le pidió que tomara un asiento más bajo para dárselo a un invitado más importante, el Señor dijo que se mudaría al último lugar «con vergüenza».

La «vergüenza» en el mundo de habla griega donde vivía Pablo tenía poco que ver con un sentido interior de aversión propia. Era una palabra comunitaria; significaba soportar la desgracia pública. Si bien el apóstol hizo hincapié en la coherencia entre la persona interna y el comportamiento externo, no estaba minimizando la importancia del comportamiento y la reputación. Las palabras públicas, el vestido y otros comportamientos tienen mucho que ver con la influencia (vea Ro 14.21).

Aparentemente, una persona había liderado la oposición contra el apóstol (2ª Co 2.6, 7), sin embargo, Pablo era consciente de su vulnerabilidad a la calumnia. Sus adversarios, sin duda, trazaron semejanzas superficiales entre su obra y la obra de los filósofos paganos. Se cohibía ante la comparación, y estaba determinado a distanciarse de esos hombres. A diferencia de los sofistas paganos, Pablo «ejerció su autoridad para no ganar sumisión a su señoría sobre las iglesias, sino para buscar la comunión con ellas».¹

¹ George Eldon Ladd, *A Theology of the New Testament (Teología del Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1974), 383.

El ministerio que Dios le había dado a Pablo era para la bendición de la humanidad. Nada del carácter del apóstol le habría permitido recurrir a los métodos engañosos practicados por los filósofos itinerantes del mundo griego. No usó ninguna artimaña, ni **astucia**, en sus métodos. Dijo que no había estado **adulterando la palabra de Dios** para adaptarla a sus propios propósitos. Pablo había actuado honorablemente, en buena conciencia, sin vergüenza.

El autor era un hombre fiel a su propia «conciencia». Pablo, ... **por la manifestación de la verdad**, se recomendó así mismo **a toda conciencia humana delante de Dios**. La palabra «conciencia» se encuentra diecinueve veces en sus cartas. El término tenía más una orientación social para sus contemporáneos que la palabra en nuestro idioma. ¿Cuál era la «conciencia» humana a la que Pablo se recomendó a sí mismo? Parece haber querido decir la evaluación personal que las personas tenían de Pablo basándose en lo que observaban de su conducta. No veían en él ningún engaño, ni hipocresía, ni formas egoístas y se encontraban exactamente con el tipo de persona que mostraba ser. Sabían que sus palabras y actos eran las de un hombre íntegro. Mientras que teóricamente podemos separar el mensaje del mensajero, Pablo entendía que los dos son inseparables. Su mensaje era verdadero, y se esforzó concienzudamente por vivir el mensaje que enseñaba.

Versículo 3. Anteriormente, Pablo había dicho que sobre los ojos de los judíos permanecía un velo cuando la Ley era leída en las sinagogas (3.14). Se negaban a aceptar que Dios estaba ofreciéndole al mundo un mensaje que hacía que los griegos fueran iguales a los judíos. Parece que los adversarios de Pablo le habían acusado de encubrir *su* mensaje con un lenguaje que escapaba a la comprensión. Pablo protestó: No había nada engañoso ni oculto en Pablo mismo ni en el evangelio que proclamaba. Sólo los que se engañaban a sí mismos veían astucia en las palabras de Pablo. **Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto.**

El apóstol invitó a todas las personas a examinarle a él y su mensaje, ya fueran aquellos a quienes había enseñado en Corinto o judíos cristianos los que estaban exigiendo que los gentiles obedecieran la Ley. Les pidió a sus adversarios que lo midieran con estándares de veracidad, sencillez y apertura. El apóstol no se sorprendió de que lo que predicaba les pareciera a algunos como encubierto. De hecho,

algunos encontraban misterioso el evangelio. Era así para aquellos decididos a vivir en sus pecados, que estaban «perciendo» en rebelión contra Dios. El evangelio que el apóstol predicaba tenía un olor de muerte para los que eran de este tipo (2.16).

Versículo 4. Nada inherente al evangelio lo mantiene oculto o encubierto. Es un mensaje sencillo sobre el amor de Dios por Su pueblo y Su gracia al enviar a Cristo. Si está oculto, es sólo así para los que perecen y eligen escuchar al diablo. La designación del apóstol para Satanás como **el dios de este siglo** se utiliza sólo aquí en el Nuevo Testamento. Con esta frase, estaba haciendo notar que las personas de esta era sirven a Satanás como si fuera un dios. Siguen sus engaños sin sentido crítico. Ya Pablo había dicho: «pues no ignoramos sus maquinaciones» (2.11). Las personas eligen ignorar sus artimañas y por lo tanto son engañadas.

Pablo dijo que Satanás había **[cegado] el entendimiento de los incrédulos**. El apóstol no atribuyó ninguna incredulidad ni ningún otro pecado a los propósitos predeterminados de Dios. El pasaje no enseña que la incredulidad sea el resultado de la depravación humana inherente o del diseño soberano de Dios. La incredulidad es el resultado de cuando las personas prefieren «el dios de este siglo» y no al Padre celestial.

Satanás nunca funciona en las cartas de Pablo como chivo expiatorio de los errores de los creyentes. Más bien, las referencias a Satanás les advierten a los creyentes que no sean seducidos en las garras de Satanás, que no regresen a su antigua servidumbre al pecado. La responsabilidad humana y, en casos de fracaso moral, la culpabilidad humana son piedras angulares en la forma de pensar de Pablo. Las personas tienen que hacerse responsables de sus decisiones y actos.²

Pablo continuó la metáfora de la ceguera. La expresión «para que no les resplandezca» traduce la frase $\mu\eta\ \alpha\upsilon\gamma\acute{\alpha}\sigma\alpha\iota$ (*mē*, «no», y *augasai*, figurativamente «ver», un aorista infinitivo de $\alpha\upsilon\gamma\acute{\alpha}\zeta\omega$, *augazō*, «resplandecer»). No está claro si el verbo lleva una fuerza media o activa. La expresión sólo aparece aquí en el Nuevo Testamento, haciendo que su interpretación sea aún más difícil. Si se ha de leer en la voz activa, el sentido es que Satanás ciega «el entendimiento de los incrédulos» para que no puedan ver la luz. La Reina-Valera lo traduce como una voz activa: **para que no les res-**

²J. Paul Sampley, *Walking Between the Times: Paul's Moral Reasoning (Caminando entre los tiempos: el razonamiento moral de Pablo)* (Minneapolis: Fortress Press, 1991), 27.

plandezca [es decir, que se les ciegue a] **la luz del evangelio de la gloria de Cristo**. Sin embargo, si la palabra griega es una voz media, su significado es que la luz misma los ciega. Esta idea conduce a la paráfrasis «para que la luz del evangelio los haya vuelto ciegos».

La traducción de la Reina-Valera en 4.3, 4 presenta una dificultad teológica. Deja a los incrédulos a merced de «el dios de este siglo» al sugerir que el pecador no tiene elección entre creer y no creer. Sin embargo, Pablo enseñó que el poder de Satanás en el mundo es producto de la rebelión humana (2.11). Su poder no es independiente del pecado humano, ni es independiente de la soberanía de Dios. Satanás afirmó su poder en los asuntos humanos cuando le dijo a Jesús: «A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy» (Lc 4.6). Era un alegato calificado en el mejor de los casos. Desde la venida de Cristo, el poder de Satanás ha sido restringido. La victoria de la bondad ha sido determinada por la resurrección. Satanás es capaz de cegar sólo cuando una persona ha tomado la decisión de no ver.

Afirmar que Cristo es **la imagen de Dios** no implica que sea una deidad menor, en cierto sentido menos que plenamente Dios. Más bien, Jesús lleva la semejanza plena de Dios en Su Ser. Las palabras expresan la confianza de Pablo en la divinidad de Cristo; no lo relegan a un estatus secundario. El apóstol declaró en otra parte: «El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación [...] Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (Col 1.15, 17).

Versículo 5. El apóstol continuó defendiendo su ministerio, como había comenzado a hacerlo en 4.1. Sólo la calumnia de sus adversarios lo habría llevado en la dirección que tomó su autodefensa. La predicación, en el pensamiento de Pablo, no era una cuestión de engrandecimiento para el predicador. A pesar de lo que decían sus críticos, no se involucraría en el engaño ni alteraría el contenido del evangelio. **Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor**, dijo. Cristo había sido y seguiría siendo el centro de su mensaje.

Hoy, las iglesias tienden a recompensar a los predicadores que se promueven a sí mismos. Pablo declaró que cualquier mensaje que llame la atención al orador y no a Cristo ha fracasado. Inherente en las palabras de Pablo había un llamado para que sus lectores le juzgaran. Él y la iglesia de Corinto

no eran extraños; había estado con ellos año y medio. Incluso después de ir a trabajar a otro lugar, Pablo había permanecido en estrecho contacto con estos cristianos. Parecía estar invitando a sus lectores a comparar su propia conducta con la de los maestros que habían llegado recientemente a Corinto y se habían opuesto a él.

La conducta del predicador ha de ser considerada por aquellos que están evaluando su carácter e incluso la verdad de su mensaje. En lugar de desear señorío sobre la iglesia, Pablo se contentaba con que él y sus compañeros de labores eran **siervos por amor de Jesús**. La palabra griega consignada como «siervos», *δοῦλος* (*doulos*), quiere decir «esclavo», uno que era propiedad de otro. Del modo que Pablo era esclavo o «siervo» de Jesucristo (vea Ro 1.1; Fil 1.1), también era esclavo del pueblo de Dios. Pablo podía hablar de sí mismo y otros como «ministros» o «siervos» (*διάκονοι*, *diakonoi*)³, sin embargo, tampoco evitó la palabra más fuerte, «siervos» o «esclavos».

Versículo 6. La NRSV y la NIV asocian la declaración de Pablo con Génesis 1.3, traduciéndola con un imperativo: «Que la luz brille de las tinieblas». Si esa es la alusión deseada, entonces Pablo estaba diciendo que, al enviar Dios a Cristo, hizo que la luz viniera al mundo. La idea no es extraña en el Nuevo Testamento (Jn 1.5); sin embargo, Pablo usó un tiempo futuro (*λάμψει*, *lampsei*, «brillaré»). La traducción más literal de la NASB es la preferida: «La luz brillará de las tinieblas». En el tiempo futuro, la afirmación es más similar a Isaías 9.2, que dice: «El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz». Jesús citó este pasaje en Mateo 4.15, 16 y lo aplicó a Sí mismo:

Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
Camino del mar, al otro lado del Jordán,
Galilea de los gentiles;
El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz;
Y a los asentados en región de sombra de muerte,
Luz les resplandeció.

El uso del tiempo futuro y la alusión a Isaías 9.2 conducen la idea de que Cristo **es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo**. En lugar de referirse a la creación, Pablo probablemente quería dar a entender una conversión a Cristo. Tal vez tenía su propia conversión en mente. La conversión a Cristo requiere

³ «Sirvientes» (*diakonoi*) es una palabra relativamente leve. No debe confundirse con «esclavo» o «siervo» (*doulos*).

que las personas tengan mentes abiertas para que Cristo, por medio del evangelio predicado a ellos, hacía que sus corazones sean iluminados. El resplandor de Cristo en el corazón de aquellos que aprenderán la verdad del evangelio da como resultado «el conocimiento de la gloria de Dios». Al llegar a conocer la gloria de Jesucristo, las personas pueden volverse a Dios por medio de Él. La conversión no debe reducirse a una experiencia emocional. Incluye el compromiso de la mente.

UN TESORO EN VASOS DE TIERRA (4.7-12)

Puede que los cuestionamientos de los críticos de Pablo se hayan centrado en varios temas. Aparentemente estaban haciendo preguntas como las siguientes: «Si has sido escogido por Dios para predicar a Cristo, si tu mensaje es la revelación autorizada que Dios ha dado para que los gentiles sean salvos, ¿Por qué tus esfuerzos son tan débiles?»; «¿Por qué Dios permitió que sufieras la humillación y derrota que enfrentaste a manos de Demetrio en Éfeso?»; «¿Por qué te han llevado a las plazas públicas y azotado?»; «¿Por qué no te ha protegido Dios?». Estas preguntas no deben desestimarse a la ligera. Su relevancia plaga a los cristianos que enfrentan tragedias como la muerte de un hijo, la ruptura de un matrimonio o la pérdida de un trabajo. ¿Por qué a menudo parece que Dios no está satisfaciendo las necesidades de Su pueblo?

Una respuesta que Pablo habría dado a estas preguntas es que el sufrimiento es provocado por el mal en el mundo y es inherente en la aceptación del evangelio. De acuerdo con el ejemplo de Jesús, los cristianos ven victoria en lo que los enemigos de Dios llaman derrota. En 1ª Corintios 1.23, Pablo dijo: «Cristo crucificado, [es] para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura». Generaciones después de la muerte de Jesús, los romanos se referían a Jesús con desprecio como un campesino que había sido crucificado por uno de sus gobernadores, Poncio Pilato.⁴ Para ellos, la idea de que un hombre crucificado podría ser el Hijo de Dios era risible. En contraste, Pablo buscó honrar a Jesús y no sabía de ninguna otra manera de honrarlo que andando en Sus pasos. El mundo no puede derrotar a los que están listos para sufrir por su fe. Cuando el cristiano sufre por hacer lo que es correcto, no se le ha de atribuir a

la desatención de Dios. El sufrimiento mismo es el aliado del creyente para contrastar la bondad de Dios con el mal del mundo.

⁷Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, ⁸que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; ⁹perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; ¹⁰llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. ¹¹Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. ¹²De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida.

Versículo 7. En los días de Pablo se confeccionaba una increíble variedad de objetos de arcilla horneada. Tejas, drenajes, recipientes de cocina, ollas, lámparas, sartenes, frascos de almacenamiento y jarrones decorativos estaban hechos de arcilla. Alrededor de ocho siglos antes de los días de Pablo, Corinto había tomado la iniciativa entre las ciudades griegas en el comercio de su cerámica de barro en toda la cuenca mediterránea. Yacimientos arqueológicos en el Cercano Oriente están cubiertos con fragmentos de cerámica griega. Miles de ollas de barro decoradas con temas mitológicos han sobrevivido en tumbas antiguas y en otros lugares y ahora son exhibidas en museos. El barro era abundante, y las vasijas eran baratas de hacer. La misma pieza de arcilla, dependiendo de cómo era confeccionada, podría convertirse en un recipiente de gran valor o en un objeto de poco valor (vea 2ª Ti 2.20).

Pablo escribió sobre el cuerpo humano como un vaso de arcilla, común y prescindible: **Pero tenemos este tesoro en vasos de barro.** El apóstol no podía olvidar la paradoja de que dentro de este vaso de arcilla, su propia carne, tenía el tesoro más grande que se podía conocer: el evangelio de Jesucristo. Reconocía que el valor y la grandeza del tesoro estaban en el mensaje, no en sí mismo ni en ningún hombre que proclamara el evangelio. Confesó **que la excelencia del poder [era] de Dios, y no de nosotros.** El mensaje del evangelio era como joyas colocadas en una vasija común. Si moría antes de que el Señor regresara, el mensaje de redención en Cristo viviría en las enseñanzas

⁴ Tales referencias son evidentes en escritos de principios del siglo segundo, incluyendo Tácito *Anales* 15.44.2-8.

de los demás.

Versículo 8. La presente sección de la carta de Pablo, 4.7–9, constituye una elocuente declaración de la gloria y de las dificultades que acompañaban su ministerio. Extrayendo su fuerza de Cristo, el apóstol encontró gran consuelo en el tesoro que Dios le había dado para llevar en un vaso de barro. Por la gracia de Dios, pese a que se consideraba **atribulado en todo**, el apóstol no podía ser **angustiado**. Continuó su obra con la confianza de que la voluntad de Dios estaba obrando en su vida. Persistió ante las presiones que podrían haber angustiado a alguien con menos determinación.

Jesús murió en la cruz, sin embargo, Dios lo levantó para reinar a Su diestra. Por lo tanto, el apóstol se negó a renunciar incluso cuando estaba **en apuros** (ἀπορούμενοι, *aporoumenoi*) por el comportamiento de sus iguales judíos o por los paganos a quienes predicaba (4.8b). Las dudas y las disputas de sus iguales creyentes nunca lo llevaron a **[desesperarse]** (ἐξαπορούμενοι, *exaporoumenoi*). A lo largo de toda la conmovición, Pablo confió en Cristo, su Amigo y Consolador. La victoria para los cristianos está asegurada por la certeza de que el Señor vendrá nuevamente. Pablo sabía que los fieles heredarán la vida eterna y los corruptos de corazón serán separados de la presencia del Señor.

Versículo 9. Aunque era **perseguido**, Pablo encontró consuelo al saber que Cristo estaba a su lado. Nunca fue **desamparado**, nunca abandonado. Incluso cuando estuvo a punto de morir, **derribado** en humillación, el Señor nunca permitió que fuera **destruido**. En la debilidad de Pablo, Jesús lo fortaleció. El apóstol parecía no olvidar jamás que estaba siguiendo los pasos de Jesús. El Señor mismo fue crucificado en vergüenza, sin embargo, por medio de Su muerte, derrotó a Satanás. La gloria del ministerio de Pablo fue que no sólo enseñaba lo enseñado por Jesús, sino que también participaba en los sufrimientos de Cristo. Jamás pensó en abandonar su ministerio. En lo que el mundo veía como una debilidad, el apóstol encontraba fortaleza.

Pablo evidentemente gozó de expresar su labor en términos paradójicos. A veces estaba afligido, sin embargo, el Señor no permitió que se le angustiara. Puede que haya respondido a algunas circunstancias con confusión, sin embargo, Jesús no permitió que se abrumara. La oposición por parte de incrédulos y falsos hermanos a veces resultaba en persecución; sin embargo, cuando más necesitaba consuelo, lo recibía del Señor. Sus

enemigos lo golpearon, lo encarcelaron e incluso lo apedrearon; sin embargo, no podían detener su labor.

Versículo 10. La amenaza constante de muerte bajo la cual vivía Pablo dio lugar a que **[llevara] en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús**. El apóstol siempre era consciente de la naturaleza paradójica de la vida en Cristo. A él, como a cada cristiano, Jesús le había dado una misión que exigía abnegación. El mensaje del evangelio produce gozo y vida. La carga que Cristo había puesto sobre Pablo a veces le privaba de comodidad, sin embargo, Pablo no tenía queja alguna. El apóstol sufría por Cristo para que «la muerte de Jesús» y **la vida de Jesús se [manifestara] en [su] cuerpo**. Tanto en «muerte» como en «vida», el caso genitivo «de Jesús» constituye un «genitivo objetivo»; es decir, el tema de Pablo eran la vida y muerte mismas de Jesús, no los acontecimientos causados por Él.

En Juan 12.24, 25, Jesús abordó las mismas paradojas que Pablo veía en los asuntos delante de él. El Señor les dijo a Sus discípulos que el «grano de trigo» tenía que morir en el proceso de producir un nuevo tallo y más grano. La muerte, la debilidad, el dar y la abnegación son caminos de *vida*. Pablo cargaba con la muerte para poder tener *vida*. A un griego o romano bien educado jamás se le habría ocurrido el anterior concepto. El sentido de reconciliación, que enseñó Jesús, comenzaba con la muerte al viejo yo. Dios había reconciliado a Pablo con Sí mismo mediante la expiación vicaria de Cristo. A medida que Pablo era partícipe del sufrimiento del Señor, se convertía en parte de su reconciliación con Dios.

Versículo 11. Para aclarar su forma de pensar, Pablo repitió la idea que acababa de aseverar. Su vida estaba **siempre [...] [entregada] a muerte por causa de Jesús**. La sentencia de muerte bajo la cual vivía dio lugar a que mostrara la vida y la muerte de Jesús de una manera que atraía a las personas (vea Jn 12.32). «Entregados» es una traducción de παραδίδομι (*paradidōmi*). En los relatos evangélicos, se utiliza la misma palabra para la traición de Jesús. Judas les preguntó a los principales sacerdotes: «¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré [una forma de *paradidōmi*]?» (Mt 26.15). Pablo se enfrentaba a la muerte al imitar a Jesús.

El apóstol declaró que **la vida de Jesús se [estaba manifestando] en [su] carne mortal**. Su propia vida era un testimonio al mundo sobre la

vida de Jesús. Pablo no estaba tanto quejándose como si explicando la solidaridad de su vida con la del Señor. El ejemplo de Pablo beneficiaba a los cristianos de Corinto, y les encargó imitar a Jesús a medida que veían Su vida ejemplificada en Pablo. El apóstol nunca insinuó que la vida en Cristo implicaría prosperidad económica, buena salud, larga vida o respeto de parte de los impíos. Tales bendiciones son garantizadas a los creyentes sólo por aquellos que hacen mercancía del evangelio. Por el contrario, así como sufrió el Señor, Sus siervos tienen que soportar el agobio que viene con la justicia (Jn 15.20).

Versículo 12. Pablo estaba dispuesto, incluso ansioso, a vivir bajo sentencia de muerte para que los corintios y todos los cristianos tuvieran vida. El contraste era inevitable: **De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida.** Para tener vida en Cristo, primero se tiene que tomar una decisión consciente de morir a los valores del mundo. Pablo se sometía a la muerte para que otros vivieran. También tendrían que encontrar la vida que fluye de la muerte imitando al Señor.

AFLICCIONES TEMPORALES (4.13–18)

La pregunta para el misionero que había abandonado todo para predicar a Cristo a las personas en tierras extranjeras era «¿Por qué?». Pablo sentía la urgencia de la pregunta. La vida diaria normal continuaba para aquellos en las iglesias de Acaya y otros lugares, sin embargo, las dificultades eran a menudo la suerte del apóstol. ¿Por qué vivía Pablo de modo que constantemente estuviera enfrentado al peligro? ¿Qué lo impulsaba a avanzar? Más adelante en la carta, reveló que esta pregunta seguía en sus pensamientos. Escribió: «Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron» (5.14; REB). Por ahora, otras respuestas a la pregunta «¿Por qué?» ocupaban su mente.

¹³**Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, ¹⁴sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros. ¹⁵Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios.**

¹⁶**Por tanto, no desmayamos; antes aunque**

este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. ¹⁷Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; ¹⁸no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.

Versículo 13. Una fuerza impulsora para el apóstol lo constituía el deseo imperioso de hablar. Escudriñando las Escrituras en su mente, Pablo encontraba las palabras que él quería: **Creí, por lo cual hablé** (vea Sal 116.10). Ahora hablaba imitando a Cristo.

¿Por qué vino el Señor a la tierra? ¿Por qué sufrió el rechazo? ¿Por qué murió en la cruz? Dios amó tanto al mundo que dio a Su Hijo (Jn 3.16); Pablo, como muchos otros, ¡creía que tenía que hablar! Por medio del Espíritu Santo, el Hijo de Dios ha incluido en la fe cristiana un impulso misionero esencial. Creemos; por lo tanto, hablamos.

Fue por el bien de los corintios y otros perdidos en el pecado que hablaba Pablo. Como resultado de la predicación de Pablo, la vida había llegado a esos hermanos. Sus propios sufrimientos eran un pequeño pago por las bendiciones que la familia humana podía llegar a conocer en Cristo. Pablo sabía que el pecado requería un precio. Sabía que el Señor regresará y que cada persona tiene que dar una respuesta ante el Juez del universo. Pablo le creía al testimonio de Cristo, así que no podía hacer otra cosa que hablar.

A pesar de la persecución, Pablo continuó pronunciando lo que sabía era verdad: Jesús de Nazaret fue totalmente hombre y totalmente Dios. Fue el hijo de María, sin embargo, fue al mismo tiempo el Hijo de Dios. Dios habló por medio de Él, y Éste vivió libre de pecado. Jesús murió para redimir a la familia humana para Dios. El aroma del Cristo resucitado permeaba la enseñanza del apóstol (2.14–16). Al igual que el salmista, Pablo y sus compañeros de labores predicaban lo que habían llegado a creer. ... **nosotros también creemos, dijo el apóstol, por lo cual también hablamos.**

La convicción precede al hablar; así tiene que ser si Cristo ha de vivir en el corazón de las personas. Para Pablo y otros que estaban proclamando a Cristo, el evangelio no dejaba lugar para el desapego. Los evangelistas se atreven a hablar de la salvación mientras son partícipes de la salvación que anuncian a los demás. El espíritu del salmista

es el espíritu del compromiso personal.

Pablo citó Salmos 116.10 de la LXX. (El texto hebreo y la LXX son diferentes en algunos lugares; Salmos 116.10 en el texto hebreo y en nuestras traducciones [vea el KJV] corresponde a Salmos 115.1 en la LXX.) Con la declaración **conforme a lo que está escrito**, el apóstol no estaba afirmando que las palabras del salmista se referían específicamente a él mismo y sus compañeros de labores. Salmos 116.10 no se trata de la predicación del evangelio, sin embargo, las palabras del salmista fueron bien adaptadas a la misión de Pablo. El apóstol entendía que **el mismo espíritu de fe** en el salmista también estaba en él. El espíritu de fe tanto para el salmista como para Pablo constituía la fuerza de animación no material de parte de Dios que les daba el coraje para proclamar lo que creían.

En ocasiones, la sabiduría tiene que darse a conocer sofocando las opiniones que se forman de manera apresurada (Pr 10.19); la insensatez y la desgracia pueden asolar al hombre que conoce la verdad y se rehúsa a hablar. La ignorancia y el mal prevalecen cuando la gente buena no dice nada. La Biblia advierte sobre el peligro de las palabras apresuradas (Stg 3.6), sin embargo, el silencio no siempre es útil.

Versículo 14. El apóstol continuó abordando las preguntas que inician con «¿Por qué...?». «¿Por qué sufrir?»; «¿Por qué soportar ser entregado a muerte por causa de Jesús?». Su respuesta era para los redimidos; sólo ellos eran capaces de entenderlo. El acto misericordioso de Dios en enviar a un Redentor le impulsaba a hablar. Esa respuesta era suficiente, sin embargo, la motivación de Pablo fue más profunda. A él se le había revelado que la resurrección de Jesús era preparatoria para la resurrección de todas las personas. En 1ª Corintios 15.22, 23, Pablo se refirió a Jesús como «las primicias» de aquellos a quienes Dios levantaría de entre los muertos. Debido a que Dios resucitó **al Señor Jesús**, Pablo podía decir con confianza: **... a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros.**

Los cristianos que anticipaban la resurrección de entre los muertos incluían a Pablo mismo. Los corintios eran partícipes con él en la familia de Dios. El apóstol no hizo ningún esfuerzo por ocultar que la iglesia en Corinto y en todo lugar tenía un lugar imperecedero en sus afectos. Él y ellos compartían un destino común. Todos estarían delante del Señor en Su regreso. En el espíritu del salmista, Pablo soportó dificultades debido a su fe.

Fue impulsado por su deseo de completar la obra de Cristo acogiendo a los gentiles en el reino de Dios. El apóstol hizo una transición de defender su ministerio a explicar la fuerza motivadora detrás de sus esfuerzos, y luego a estar con aquellos que comparten la fe delante del tribunal de Cristo.

Versículo 15. Edificando sobre los lazos que el tiempo había forjado entre él y los cristianos de Corinto, el apóstol les recordó que todas sus pruebas eran **por amor** a ellos, y otros como ellos. Las posibilidades de sufrimiento no favorecían las ambiciones personales. Los cristianos de Corinto constituían un testimonio de las bendiciones de Dios y de la abnegación del ministerio de Pablo. Estaba lleno del optimismo común a quienes participan en una nueva misión audaz que promete cambiar los asuntos humanos. El mensaje de la gracia de Dios estaba **abundando [...] por medio de muchos**. Dios había actuado en Cristo, y continuaba actuando por medio del Espíritu Santo en la obra de los apóstoles y profetas. Debido a esta actividad divina, **la acción de gracias [sobreabundó] para gloria de Dios.**

Tal optimismo para el inevitable movimiento del evangelio aparece en otros lugares del Nuevo Testamento.

Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo (Hch 9.31).

... vuestra fe se divulga por todo el mundo (Ro 1.8).

... ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece... (Col 1.6).

Pedro consoló a sus lectores recordándoles que el sufrimiento como el de ellos se estaba «cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo» (1ª P 5.9). Cuando los cristianos se atreven a predicar el mensaje de Cristo, Dios bendice la proclamación. Cuando el mensaje de Cristo se vuelve rancio, muere el optimismo.

Versículo 16. Por segunda vez, el apóstol se aseguró a sí mismo y a sus lectores, diciendo: **Por tanto, no desmayamos.** En este versículo y en 4.1, «no desmayamos» traduce οὐκ ἐγκακούμεν (*ouk enkakoumen*). El verbo en sus diversas formas ocurre seis veces en el Nuevo Testamento. Todas están en las cartas de Pablo, con la excepción de Lucas 18.1. Todas están precedidas por el negativo. El «dios de este siglo» (4.4) había traído dificultades

apremiantes al apóstol desde el comienzo de su ministerio cristiano. Desde que fue descolgado del muro en Damasco (11.32, 33) hasta su lucha más reciente «contra fieras» en Éfeso (1ª Co 15.32), su mensaje encontraba resistencia de manera continua. La iglesia de Corinto era una preocupación constante. Físicamente, estaba sintiendo el desgaste. Aun así, Pablo no se rendía ante las dificultades.

Mientras **este nuestro hombre exterior se va desgastando**, dijo, **el interior no obstante se renueva de día en día**. Es decir, el cuerpo físico puede desgastarse, plagado por la oposición del mundo; sin embargo, el espíritu es sostenido por el poder habilitador del Espíritu. La frase «hombre exterior» se compara con «vasos de barro» en 4.7 y la «carne mortal» en 4.11. Los rigores del esfuerzo físico (vea 11.23–27) y el drenaje emocional de la conmoción en las iglesias (vea 11.28, 29) desgastaban al apóstol. Sin embargo, frente a las constantes dificultades, Pablo jamás se rendía a la autocompasión. Para su ser interior y su determinación, el Señor siempre traía consuelo. Pablo dijo que la renovación llegaba *ἡμέρᾱ καὶ ἡμέρᾱ* (*hēmerai kai hēmēra*), o «día en día». El Cristo resucitado jamás lo descuidó.

Al comentar sobre Filipenses 1.3–11, Stephen E. Fowl transmitió el mismo sentido de renovación que Pablo dijo que se encontraba en Jesús y el Espíritu en 2ª Corintios 4.16. «La participación en el evangelio», dijo, «no está tan marcada por un solo punto como sí por un proceso por el que somos transformados y somos llevados a una comunión cada vez más profunda con Dios y los demás».⁵ Para Pablo, pertenecer a Cristo no era tanto un momento de conversión como sí una transformación continua. Por medio del nuevo nacimiento, uno participa de Cristo; sin embargo, pertenecer a Cristo implica más. Es una renovación continua. La confianza de Pablo en Dios siempre estaba en un estado de desarrollo. Debido a que era un proceso sin fin, no permitiría que «el dios de este siglo» le hiciera desmayar (4.4). Deseaba que los corintios supieran que no renunciaría. Tenía la intención de visitarlos una vez más.

Versículo 17. Continuando con el contraste entre el hombre externo y el interno, Pablo minimizó la **tribulación** causada por el dios de este siglo. Cualquier cosa que el diablo pudiera traer sería

⁵ Stephen E. Fowl, *Philippians (Filipenses)*, The Two Horizons New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 2005), 26.

leve y momentánea en comparación con el «eterno peso de gloria» que esperaba a los redimidos. Pablo no desmayaba; su hombre interior se estaba renovando de día en día. Su firme confianza estaba en Dios; independientemente de lo que pasara en este mundo, era de poca consecuencia. La oposición de los impíos estaba **[produciendo] [...] un cada vez más excelente y eterno peso de gloria**.

Tal vez Pablo ya estaba formulando su gran declaración acerca de la transición de este siglo al siguiente (vea 5.1–8). Parecía pensar en las tribulaciones que acompañaba su predicación del evangelio como una preparación. Mientras viviera, las tribulaciones estaban «produciendo» (de *κατεργάζομαι*, *katergazomai*, «producir [...], lograr»⁶) resultados eternos y positivos.

Las palabras «cada vez más excelente» traducen una frase griega inusual, *καθ' ὑπερβολὴν εἰς ὑπερβολὴν* (*kath huperbolēn eis huperbolēn*). Philip Edgcumbe Hughes comentó que la expresión «es probablemente una combinación, con el propósito de intensificar la fuerza». Dijo además que «esta combinación es colocada para indicar claramente que es un *aumento* constante en la intensidad de la experiencia».⁷ La palabra *ὑπερβολή* (*huperbolē*) se utilizó en 4.7, donde la Reina-Valera la traduce como «excelencia».

El apóstol consideraba que el sufrimiento en el presente era momentáneo; la gloria en la era por venir será eterna. Aun así, la forma exacta del sufrimiento que soportaba se relacionaba con vencer este mundo. No todos los cristianos están llamados a ser apóstoles. El conflicto con el dios de este siglo es inherente a ser un seguidor del Cordero, sin embargo, los tipos y los grados del conflicto varían de cristiano a cristiano. El pecado está profundamente incrustado en el mundo. Sin embargo, el sufrimiento, sea físico o mental, jamás puede triunfar porque el Señor da renovación eterna.

Versículo 18. Algunos ateos afirman que su rechazo a la fe es una conclusión bien considerada a la que han llegado sobre la naturaleza humana.

⁶ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 531.

⁷ Philip Edgcumbe Hughes, *Paul's Second Epistle to the Corinthians (Segunda epístola de Pablo a los corintios)*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1962), 158, n. 10.

Cuando se ven obligados a enfrentar las implicaciones de su incredulidad, confiesan que ser humano quiere decir ser capaz de actividad cerebral que permite el pensamiento abstracto. Los ateos ven la moralidad como nada más que una preferencia personal.

Otros son sólo incrédulos de manera funcional. Dan tan poca consideración como sea posible a su mortalidad y evitan considerar cualquier revelación de Dios. Creen en Dios, sin embargo, viven para cualquier disfrute que la carne física permita. No viven con ninguna de las bendiciones de la fe, aunque pueden recurrir a Dios durante períodos de necesidad emocional. Inventan una imagen de Dios que se ajusta a sus creencias predeterminadas.

Cuando nosotros, como cristianos, no andamos **mirando [...] las cosas que se ven, sino las cosas que no se ven**, evaluamos el valor de la vida humana diferente a los ateos. Dios, en Su gracia, tomó la iniciativa de revelarse a Sí mismo, de hacerse visible, en Cristo. A Pablo y a otros autores del Nuevo Testamento, les dio revelación adicional. Sus escritos nos dan conocimiento de Dios y esperanza en Él. Pablo concedió que Dios, el objeto de su esperanza y confianza, está fuera del ámbito de la interacción humana normal; sin embargo, en Jesús de Nazaret, Dios vivió entre la humanidad. Al igual que Pablo, todos los creyentes deben reconocer que **las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas**.

▣▣▣▣ PARA DESTACAR ▣▣▣▣

«Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio» (4.1)

Llevar el nombre de Cristo es aceptar una misión, adoptar un ministerio y acoger la servidumbre. Mientras los cristianos a veces hacen un gran esfuerzo por convencer a las personas de que deben confesar a Jesús y obedecer el evangelio, Jesús a veces parecía casi desalentar a los seguidores. Dijo, en efecto, «Vengan a mí sólo si están listos para asumir el camino de la vida que Yo he aceptado. El Hijo del Hombre vino a servir, no a ser servido». (Vea Mt 20.28; Mr 10.45.)

En Lucas 14, Jesús dijo dos parábolas. Una era sobre un hombre que comenzó a construir una torre, sin embargo, no pudo terminar. La otra era sobre un rey que calculó el costo cuidadosamente antes de enfrentarse a un enemigo en la batalla. Jesús deseaba que las personas supieran qué se requeriría antes de convertirse en Su seguidores. El Señor habló claramente: «Y el que no lleva su

cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo» (Lc 14.27).

En los siglos transcurridos desde la muerte de Jesús, las personas no han recordado muy bien la enseñanza de Jesús. Muchos hoy asocian el «ministerio» con ser un predicador. En el Nuevo Testamento, compartir el evangelio era una forma de vida que se esperaba de todo creyente. El ministerio es fundamental para ser un seguidor de Cristo. Las cartas de Pablo muestran que no olvidó que Dios le había dado una misión. En ninguna parte lo dejó tan claro como en 4.1–5.

Al tiempo que Pablo hablaba de su propio ministerio, apelaba a su integridad personal. Era importante para el apóstol que aquellos a quienes había convertido a Cristo entendieran que era sincero en su enseñanza acerca de Cristo. Pablo no estaba buscando favorecerse. «Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso», escribió, «no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios» (4.2). Las palabras del apóstol conllevan un aire defensivo. Parecía ser sensible a los cargos hechos en su contra por algunos de sus adversarios. Sus alegato era que Pablo se había aprovechado de la ignorancia o ingenuidad de sus conversos para beneficio personal.

El apóstol negó que sus propios métodos se parecían a los de los maestros populares de sus días. Uno de los contemporáneos de Pablo, Dio Crisóstomo, escribió despectivamente sobre los sofistas que se reunían alrededor del templo de Poseidón durante los Juegos del Istmo. El escritor describió la escena de la siguiente manera:

... se podían oír a sofistas miserables [...] gritando y denigrándose unos a otros, y sus discípulos, como se les llamaba, luchando unos con otros, muchos escritores leyendo en voz alta sus estúpidas obras, muchos poetas recitando sus poemas mientras otros los aplaudían.⁸

Así como el apóstol no quiso elogios de la joven endemoniada de Hechos 16.16–18, tampoco deseaba que nadie lo asociara con filósofos populares en los juegos o en los mercados.

La integridad del mensaje (4.3, 4)

Pablo estaba dispuesto a predicar la verdad, sabiendo que no todos responderían favorable-

⁸ Dio Crisóstomo *Discursos* 8.9.

mente a su mensaje. Su conocimiento de Cristo lo convencía de que el Señor no era infinitamente flexible: Un creyente tiene que arrepentirse, apartarse del pecado, para ser salvo. Como hombre de integridad, Pablo no cambiaría el mensaje para ganarse un grupo de seguidores. Así escribió:

Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo (4.3, 4).

Nosotros, como cristianos, cometeríamos un terrible error al suponer que el mensaje de la cruz atraerá a todos. Un peor error sería tratar de volverlo atractivo para todos. Al igual que Jesús, Pablo estableció las exigencias del evangelio.

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento (Ro 12.1, 2).

Ser cristiano es serle fiel al Señor. El cristianismo es comunión con el pueblo de Dios; es vida en la iglesia y adoración con Sus santos. Vivir como cristiano implica aceptar la exigencia de Dios de quitar lo pecaminoso de nuestras vidas. Ser cristiano es hacer nuestra la misión de la iglesia. Poseer a Cristo como Señor significa tener sed de almas. Implica hablar de la fe en Él, de la vida en Él, de la salvación en Él, de la muerte a sí mismo en Él. Cada cristiano ha de compartir el ministerio de Cristo. Ser cristiano incluye serle fiel a la familia, trabajar honradamente, ayudar a los vecinos y darles a los necesitados.

Cuando una persona es concienzudo y entrega su voluntad al Señor, puede que el mundo la desaliente. Pablo dijo que se negaba a que se le desalentara de hacer lo que sabía era lo correcto. Era impulsado por un principio, no por la conveniencia. Cuando las iglesias se desesperan por tener un mayor número de miembros, comprometen el mensaje del Espíritu Santo por los valores del mundo.

Luz que resplandece de las tinieblas (4.6)

Mientras Pablo alentaba a sus lectores a ser fieles, apuntó a la creación. Dijo que el mismo Dios que con Su voz creó la luz al principio (Gn 1.3) ahora resplandecía luz en el corazón de los

creyentes (2ª Co 4.6). Por difícil que sea negar la creación misma, dijo Pablo, era igual de difícil negar que Dios tomó forma humana en la Persona de Jesús. En Cristo, Dios ha derramado luz en nuestros corazones. Jesús en la carne no era una ilusión. Dios era tan real para los cristianos en Corinto como lo era el Hijo de José y María.

Mientras que las personas hoy a menudo usan la palabra «corazón» para referirse a las emociones, Pablo estaba pensando en algo más que emociones cuando decía que la luz les da a «nuestros corazones, [...] [el] conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo». Pablo estaba hablando de la mente, del entendimiento. En muchos idiomas, la «luz» se utiliza figurativamente para referirse a alguien o algo que hace que las personas comprendan lo que no comprendían antes. Sin un mensaje de parte de Dios, la humanidad andaría a tientas en la oscuridad. Es increíble que algunas personas piensen que el mundo no tiene propósito ni diseño. Si no tuviéramos ningún mensaje de Dios, la duda plagaría la familia humana. Algunos eligen rechazar el mensaje de Dios y vivir en esa duda.

Aquellos que niegan que la humanidad haya sido bendecida con Luz de arriba tienen que enfrentarse a las implicaciones morales de su negación. Según su forma de pensar, ¿es una persona diferente de un perro o un saltamontes sólo en su apariencia física? ¿Y qué de la muerte? ¿Es la vida humana sólo una función de las células de los pulmones y el corazón y el cerebro trabajando juntas? Cuando un cuerpo muere, ¿es el fin de la persona? Sin Luz brillando en la oscuridad, no sabríamos nada. Las personas pueden despreciar a Dios y darle la espalda, sin embargo, estas preguntas no desaparecerán.

El cínico responde: «Sí, estamos en la oscuridad. No tenemos otra opción que comer, beber y morir. Lo que se sienta bien, debemos hacerlo». Si Dios no ha hablado, la humanidad está en tinieblas. En ese caso, el corto periodo de una persona entre el nacimiento y el sepulcro no tiene sentido y es desesperanzador. Desde esa perspectiva, «Comer, beber y morir» es el mejor consejo que cualquiera puede dar. Durante miles de años, la especulación filosófica no nos ha llevado a ninguna parte. Los científicos han dividido el átomo, han aprovechado la energía eléctrica y han ayudado a los hombres a viajar al espacio, sin embargo, las tinieblas siguen rodeándonos. El punto de partida de la fe es el reconocimiento de que las tinieblas espirituales son eternas sin Dios.

Cuando nos enfocamos en lo eterno

Pablo había guiado a los corintios hasta el punto de que podía ofrecerles a estos lectores una de sus declaraciones más profundas sobre la esperanza cristiana. Era una evaluación optimista. La vida en este mundo no es del todo miseria; Cristo ya mora en aquellos que han respondido a Su llamado a la vida eterna. La «vida de Jesús», dijo Pablo, «se [manifiesta] en nuestra carne mortal» (4.11). Aún así, el dios de este siglo exige su pago. Junto con la satisfacción que acompaña la comunión con Cristo, la vida en este mundo incluye la lucha contra el pecado. El creyente más devoto lucha con la pérdida de sus seres queridos, el tirón del pecado desde dentro y la desilusión en los demás.

Llega el momento en que la vida en la tierra llega a su fin. Cristo ofrece bendiciones en este mundo, sin embargo, en el siguiente mundo ofrece más. Así como Dios «resucitó al Señor Jesús», el apóstol les aseguró a sus lectores, «a nosotros también nos resucitará» (4.14). Seremos uno con Cristo en la vida venidera.

El año anterior a la escritura de 2ª Corintios le había traído a Pablo pruebas despiadadas. Había hablado de sus sufrimientos como una «leve tribulación momentánea» (4.17); sin embargo, la mayoría de los cristianos no considerarían sus pruebas ni leves ni momentáneas. En la forma de pensar de Pablo, la muerte en Cristo equivaldría a la victoria, «un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (4.17). Por el momento, Pablo y aquellos que compartían la fe en Jesús estaban tratando asuntos relacionados con la vida y la muerte. El pecado y el sufrimiento aportan una cualidad fugaz al mundo, «pero las [cosas] que no se ven son eternas» (4.18). Había llegado el momento de que el apóstol se centrara en estas cosas eternas. Sus pensamientos en el capítulo 5 no eran comentarios incidentales aislados del

contexto. Llegaban al final de una secuencia de consideraciones.

Si bien Pablo presentó revelaciones notables sobre el mundo venidero, los lectores no deben pasar por alto las limitaciones que él colocó sobre sí mismo. Las promesas en el texto son pocas, sin embargo, son sustanciales. Para empezar, Pablo dijo que la vida con Cristo será eterna. En segundo lugar, habló de una transformación que tendrá lugar al morir porque lo mortal no puede heredar la inmortalidad (1ª Co 15.50). Aun así, Pablo insistió en que la vida en la era por venir será una vida corporal. Tener un cuerpo, en sí mismo, no es un obstáculo para la felicidad eterna. Los cristianos han de contentarse con conocer estas certezas, a saber: El Señor vendrá nuevamente, el juicio y la eternidad seguirán, y la vida eterna con Cristo será el mayor bien.

«DE DIOS UN EDIFICIO»; «NUESTRA HABITACIÓN CELESTIAL» (5.1–5)

¹Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. ²Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; ³pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. ⁴Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. ⁵Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu.

Versículo 1. Este pasaje es importante para la comprensión cristiana de la transición entre la muerte física y la vida eterna que sigue. La con-

junción **porque** (γάρ, *gar*, que quiere decir «por lo tanto») indica que Pablo no estaba haciendo aseveraciones aisladas. Más bien, surgían de los versículos anteriores. El apóstol no se limitó a la consideración de «las cosas que se ven» (4.18) porque conocía el significado de la muerte y resurrección de Cristo. Después de que el cuerpo terrenal muera, el redimido recibirá **de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.**

Con **nuestra morada terrestre, este tabernáculo**, Pablo quiso decir la parte física del ser humano. El «tabernáculo» es el cuerpo físico.¹ El uso del pronombre plural en primera persona es importante. El apóstol estaba atrayendo a sus hermanos creyentes a la expectativa del fin de los tiempos.

La palabra griega que se traduce como **deshiciere** en la Reina-Valera es καταλύω (*kataluō*). Comúnmente quiere decir «destruir»; sin embargo, en vista de que Pablo estaba usando «morada» como metáfora del cuerpo humano, «deshiciere» se ajusta mejor al contexto. Las pruebas y el temor a la muerte inminente que habían acosado al apóstol en los últimos días (1.8, 9) contribuyeron, sin duda, a su reflexión sobre la vida en el mundo venidero. Cuando los cristianos enfrentan peligro, o cuando la enfermedad amenaza con acortar la vida, nuestros pensamientos generalmente se vuelven a la eternidad.

La existencia celestial aparentemente implicará una presencia corporal. De ello se deduce que el universo material no puede equipararse con el mal. Al principio, Dios miró Su creación y la consideró como algo «bueno en gran manera» (Gn 1.31). Aun así, Pablo declaró que los cuerpos físicos de esta vida no son del mismo tipo que los cuerpos que tendremos en el mundo venidero, por lo que dijo, «la corrupción» no puede «[heredar] la incorrupción» (1ª Co 15.50). Un cuerpo que ha sufrido una enfermedad paralizante o ha sido desmembrado no obstaculizará la recreación de parte de Dios del incorruptible cuerpo celestial de una persona.

Cuando Pablo se refirió al cuerpo humano como un «tabernáculo terrenal» (ἐπίγειος . . . σκήνους, *epigeios* [...] *skēnous*), no usó la forma de la palabra que se traduce comúnmente como «tabernáculo» en el Nuevo Testamento, σκηνή (*skēnē*). La forma

¹ Victor Paul Furnish sugirió que las palabras de Jesús en Marcos 14.58 podrían haber influenciado a Pablo a usar la metáfora. (Victor Paul Furnish, *II Corinthians* [2ª Corintios], The Anchor Bible, vol. 32A [New York: Doubleday, 1984], 264–65.)

cognada *skēnos* se encuentra sólo aquí y en 5.4. En la LXX y en la literatura secular, la forma se utiliza raramente. Cuando sí aparece, se refiere con regularidad al cuerpo humano. Cuando dice «de Dios un edificio, una casa no hecha de manos», se está refiriendo al cuerpo de resurrección del creyente. El presente pasaje, como 1ª Corintios 15, muestra que Pablo pensaba en la vida de la era venidera como una existencia en forma corporal. Con cuerpos recién re-formados por Dios, los salvos morarán en los cielos, donde está Dios. Dios mora en algún reino fuera del mundo espacio/tiempo. Cualquier otra especulación sobre el fin de los tiempos, o sobre eventos que conducen al fin de los tiempos, es vana.

La enseñanza del Nuevo Testamento sobre el regreso del Señor motiva a los cristianos a llevar vidas santas. Por esta razón, a la segunda venida siempre se le ha de ver como una posibilidad presente. Los cristianos viven con la vista puesta en el horizonte; tenemos que evaluar los esfuerzos en esta era a la luz del regreso esperado de Jesús. Philip Edgcumbe Hughes dio el siguiente encargo:

Ha sido en todo momento una poderosa incentivo a la vida santa: ni el día ni la hora de la venida del Esposo son conocidos por nosotros; por lo tanto, es un acontecimiento que siempre es inminente para la Iglesia; siempre es probable que la muerte sea evitada por la parousia [venida] de Cristo; y, de acuerdo con la amonestación de nuestro Señor, debemos vivir ahora y en cada momento como deseáramos ser encontrados viviendo en el instante repentino de Su regreso o, en caso de que eso se retrase, a la hora de la muerte.²

Versículo 2. Pablo había experimentado recientemente persecución, dolor y sufrimiento (1.8). En nuestra «morada terrestre», nuestro tabernáculo, **gemimos**, dijo (vea Ro 8.18–23).³ El **[deseo]** del creyente es quitarse el cuerpo de esta carne y **ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial**, para estar con el Señor para siempre. La muerte física, el deshacernos del cuerpo carnal, es un enemigo en cierto sentido; sin embargo, en otro sentido, es una transición gloriosa a una vida gloriosa con Dios (1ª Co 15.55). El uso del pronombre

² Philip Edgcumbe Hughes, *Paul's Second Epistle to the Corinthians* (*Segunda epístola de Pablo a los corintios*), The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1962), 161.

³ Sólo en 2ª Corintios 5.2, 4 y en Romanos 8.23 Pablo usa el verbo στενάζω (*stenazō*, «gemir»). En otros lugares ocurre en Marcos 7.34; Hebreos 13.17; y Santiago 5.9.

plural en primera persona saca el mensaje de Pablo del reino de lo abstracto. Él mismo y sus lectores anhelaban la morada celestial.

John Gillman hizo útiles comparaciones entre la perspectiva de Pablo en esos versículos y la de 1ª Corintios 15. Promovió la idea de que, en 2ª Corintios 5.2, 4, «el compuesto “ser revestidos” [ἐπενδύομαι, *ependuomai*] implica algún tipo de prenda por debajo que recibe la nueva prenda». Continuó diciendo:

Así como ἐνδύω [*enduō*, «se vista»] en 15.53 representa un colocarse de «esto corruptible [el cuerpo]» con el vestido externo de la inmortalidad y lo incorruptible, así también ἐπενδύω en 5.2, 4 indica que el creyente se coloca sobre la casa y tabernáculo terrenal la morada celestial.⁴

La sugerencia es que existe continuidad entre los cuerpos físicos que los cristianos conocen en la tierra y los cuerpos eternos celestiales. La naturaleza de esa continuidad es incierta y sólo puede referirse a una identidad espiritual.

El apóstol mezcló metáforas de manera libre al comparar el cuerpo de resurrección, en un momento, con una nueva morada y, en el siguiente, con vestidos nuevos. El factor común en 1ª Corintios 15 y en 2ª Corintios 5 es la vida eterna en forma corporal. En eso, Pablo nunca varió. En otra parte, parecía asumir como un hecho que, en la era venidera, los redimidos vivirán eternamente en cuerpos de resurrección análogos a aquel en el que Jesús se manifestó (Fil 3.21). No podemos decir mucho más sobre el tema.

Versículo 3. El deseo de Pablo por ser «vestido» (KJV) y no ser «hallados [...] desnudos» indica que la perspectiva de la existencia como un espíritu incorporal no le resultaba atractiva. Se imaginó la vida eterna como una existencia con algún tipo de cuerpo. Si nuestra conciencia individual continúa en el mundo por venir, la vida como espíritu sin cuerpo es difícil de imaginar. ¿Puede una existencia no corporal tener limitaciones de espacio? Si vamos a tener una vida sustentada dentro de algún tipo de dimensiones, la posibilidad es que el espíritu mismo tenga algún tipo de cuerpo.

Pablo estaba familiarizado con las ideas del Antiguo Testamento, e Israel no tenía comprensión de un cuerpo físico habitado por un espíritu. Para ellos, el espíritu y el cuerpo eran uno: Existir era

⁴ John Gillman, «A Thematic Comparison: 1 Cor 15:50–57 and 2 Cor 5:1–5» («Una comparación temática: 1ª Co 15.50–57 y 2ª Co 5.1–5»), *Journal of Biblical Literature* 107 (septiembre de 1988): 452.

existir como un cuerpo (1º S 28.14). Pablo dijo que los cuerpos de resurrección serán diferentes de los que tenemos en este mundo, sin embargo, serán cuerpos. Dijo: Nosotros, **vestidos** [del cuerpo de resurrección], **seremos hallados [...] no desnudos**.

Otra pregunta que surge es: «¿Existirán los redimidos con Cristo en un estado incorporeal después de la muerte del cuerpo terrenal, pero antes del regreso del Señor?». Esa parece ser la inferencia de Filipenses 1.23: «... teniendo deseo de partir y estar con Cristo» (vea Lc 23.43). La vida eterna en el cuerpo de resurrección comenzará con el sonido de la trompeta final. Si la existencia entre la muerte y el fin de los tiempos implica estar consciente sin un cuerpo, todas las preguntas que surgen acerca de esa existencia no corporal (o la existencia en forma espiritual) aún no se han explicado. Pablo no abordó preguntas sobre esa existencia. James Thompson explicó:

Pablo no distingue aquí entre el momento de la muerte y la segunda venida de Cristo. No le preocupa si hay o no un estado intermedio de los muertos. Más bien, se preocupa por la condición última del pueblo de Dios. Su propósito es ofrecer esperanza a los corintios que han estado haciendo preguntas sobre la muerte.⁵

Pablo sólo afirmó que no habrá separación de Cristo. Cuando un creyente obediente muere, parte para estar con Cristo. Si el creyente existirá o no en un cuerpo hasta que el regreso del Señor es un misterio.

Deben abordarse dos interrogantes exegéticas relativas a 5.3. La frase **pues así** es una traducción de dos partículas griegas juntas, εἰ γε (*ei ge*). Un léxico da la siguiente traducción del versículo: «... asumiendo, por supuesto, que no seremos encontrados desnudos después de habernos quitado (nuestra morada terrenal)».⁶ Consigna la frase *ei ge* como «asumiendo, por supuesto, que» y sostiene que, en este caso, un traductor tiene que tener dificultades para capturar con palabras lo que un hablante griego indicaría con un cambio en el tono de su voz.⁷ Esta forma de consignarlo es

⁵ James Thompson, *The Second Letter of Paul to the Corinthians (La segunda carta de Pablo a los corintios)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1970), 74.

⁶ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 190.

⁷ *Ibíd.*

buena, sin embargo, la más habitual «si de hecho» o «para que» no sería muy diferente. Tal vez «para que» es mejor.

La segunda pregunta se refiere a una variante de la frase «hallados vestidos». Mientras que algunos textos antiguos utilizan el participio ἐκδυσόμενοι (*ekdusamenoí*, «desvistiendo»), existe buena evidencia en manuscritos para la lectura alternativa ἐνδυσόμενοι (*endusamenoí*, «vistiéndonos»). El texto griego de las Sociedades Bíblicas Unidas⁸ coloca *ekdusamenoí* («desvistiendo») en el texto y *endusamenoí* («vistiendo») en una nota al pie de página. Si Pablo escribió el primero, se refería a desvestirse del cuerpo físico; si escribió el segundo, se refería a vestirse con el cuerpo espiritual. El sentido es un poco diferente, teniendo el mismo significado declarado desde las perspectivas opuestas de quitarse lo viejo y ponerse lo nuevo.

Versículo 4. Entre los filósofos griegos y romanos que especulaban sobre tales temas, la desnudez —es decir, estar libre de la carga de un cuerpo al morir— era considerada deseable.⁹ Para Pablo, era inaceptable. En el cuerpo carnal, los cristianos participan con los no creyentes en las cargas del dolor físico, la conmoción emocional, la incertidumbre y la ignorancia. Vivir **en este tabernáculo** es tener todas estas experiencias, las cuales nos tienen **con angustia**, y por ello los cristianos **gemimos** (στανάζω, *stenazō*). La misma palabra se usó en 5.2. Aun así, los creyentes no gemían ante la perspectiva de librarse de la existencia corporal. Más bien, anhelaban el momento en que el cuerpo actual sería remodelado por Dios y superpuesto con otro cuerpo. No querían **ser desnudados, sino revestidos**. Pablo también usó esta misma palabra en 5.2: *ependuomai*, «revestidos». La palabra sugiere continuidad entre el cuerpo conocido en este mundo y el cuerpo celestial. C. K. Barrett tradujo la frase «ponerse sobre nuestro cuerpo la morada que viene del cielo».¹⁰ El resultado es **que lo mortal sea absorbido por la vida**. El cuerpo «[eterno] en los cielos» (5.1) no requerirá llevar cargas. Será completamente entregado a una naturaleza eterna.

Las cargas, sufrimientos y preocupaciones terrenales quedarán atrás cuando lleguemos a los

⁸ *The Greek New Testament (El Nuevo Testamento griego)*, 4ª ed., ed. Barbara Aland, et al. (Stuttgart: United Bible Societies, 1998).

⁹ C. K. Barrett, *The Second Epistle to the Corinthians (La segunda epístola a los corintios)*, Harper's New Testament Commentaries (New York: Harper & Row, 1973), 156.

¹⁰ *Ibíd.*, 155.

reinos celestiales. El nuevo cuerpo de resurrección será la herencia de los cristianos después de que el de origen terrenal se haya descompuesto. En Cristo, la muerte del cuerpo físico quiere decir que la muerte será absorbida por la vida. Esta última frase es similar al significado de 1ª Corintios 15.54. «Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria». El final de este versículo es una cita de Isaías 25.8. En 2ª Corintios 5.4, «vida» (τῆς ζωῆς, *tēs zōēs*) toma el lugar de la palabra «victoria» (νίκος, *nikos*) en 1ª Corintios 15.54.

Versículo 5. Esta idea de ser vestido por Dios en la resurrección era para Pablo una realidad, no un simple deseo. Pablo dijo que Dios **nos hizo para esto mismo**. Por Su gracia, Dios ha destruido el poder del pecado. Por medio de Cristo, pretendía que la mortalidad de la carne fuera «absorbida por la vida» (5.4). La redención del pecado esperaba la realidad completa del reino de Dios, sin embargo, la herencia del creyente no es enteramente para el futuro. Por medio de la nueva creación, Dios ha comenzado a producir vida eterna en Su pueblo. Sus escogidos ya han sido limpios del pecado y están siendo preparados para el momento en que la muerte emergerá con vida.

En caso de que haya alguna duda sobre la obra de Dios, Pablo invitó a los corintios a reflexionar sobre el Espíritu Santo que vivía dentro de ellos. Por segunda vez en esta carta, el apóstol usó la palabra *arrabōn*¹¹ («sello, garantía») como metáfora del Espíritu. El Espíritu es un sello, una garantía de autenticidad. Antes, Pablo había usado la misma palabra para decir que el Espíritu «nos ha sellado» (1.22); Dios **nos ha dado las arras del Espíritu** en el corazón de los cristianos (1.22; 5.5). En el presente pasaje, fue más allá, diciendo que el Espíritu es la garantía de Dios de que nos ha preparado una unión eterna con Si Mismo en el cielo.¹² Una vez más, en Efesios 1.13, 14, el apóstol se refirió a la palabra del Espíritu Santo como una garantía de las cosas venideras.

Si bien tenemos que tener cuidado en cuanto a llevar las metáforas de Pablo demasiado lejos, *arrabōn* describe al creyente con algo que ofrecer o vender. En este uso de imágenes, Dios es el

¹¹ Génesis 38.18 utiliza el equivalente hebreo, *'erabon*.

¹² Veá 2ª Co 1.22 y Ef 1.14 para el Espíritu como *arrabōn*. Veá Ro 8.23 para el Espíritu como «primicias».

cliente, deseando el alma del creyente. Le ha dado un depósito o pago inicial, prometiendo hacer el pago en su totalidad. Este pago en su totalidad será la redención final del cuerpo, la absorción de la muerte por la vida, cuando el Señor regrese. Para el creyente, la presencia del Espíritu incluye lo siguiente:

1. un anticipo de la vida en comunión con Dios, para ser plenamente realizada cuando el Señor regrese;
2. un factor motivador a medida que se toma el camino de la vida que el Espíritu exige;
3. una presencia fortalecedora para hacer la voluntad de Dios; y
4. una certeza (siendo «sellado»; 1.22) de que el pago completo de Dios consistirá en abundantes bendiciones. Las glorias que Dios tiene para nosotros son más de lo que el creyente puede entender.

EN CASA EN EL CUERPO; AUSENTE DEL SEÑOR (5.6–10)

Pablo había escrito su primera carta a los tesalonicenses tal vez cinco años antes de escribir esta carta a los corintios. En ese momento, la iglesia en Tesalónica era bastante nueva. Los creyentes habían entendido que Pablo decía que el regreso del Señor estaba cerca, sin embargo, no había definido la palabra «cerca». En cierto sentido, los cristianos de Tesalónica no se equivocaban. La expectativa de la segunda venida es una parte normal de la vida en Cristo, sin embargo, su malentendido había hecho que la expectativa se convirtiera en una obsesión en Tesalónica. Pablo dijo que todo cristiano que descuidara la vida familiar, el trabajar para ganarse la vida u otras rutinas necesarias porque esperaba que el Señor apareciera pronto iba más allá de lo que Pablo había enseñado. La anticipación del regreso del Señor no debía ser utilizada como escape de las responsabilidades de la vida. En su carta a los tesalonicenses, Pablo esperaba poner fin a ese tipo de celo por el regreso del Señor sin disminuir la urgencia de vivir piadosamente.

Cuando escribió a la iglesia tesalónica, Pablo no fijó una fecha para el regreso del Señor; sin embargo, les dijo que vivieran en preparación para ello. Algunos de los hermanos habían asumido que el regreso de Jesús estaba tan cerca que todos estarían vivos para recibirle. Después de esto, habían visto morir parte de los suyos. Entendían que el Señor reclamaría a los cristianos que estaban vivos cuan-

do regresara, sin embargo, ¿qué de los muertos? ¡Pablo aclaró este asunto! «... los muertos en Cristo resucitarán primero», dijo. «Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire» (1ª Ts. 4.16, 17).

¿En qué grupo —los que habían muerto en Cristo o los que todavía vivían en el momento de Su regreso— esperaba Pablo que él estaba? Así escribió, «... nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron» (1ª Ts 4.15). En estas palabras, Pablo se incluyó a sí mismo entre los vivos. Si hubiera escrito: «Los cristianos que están vivos no precederán a los que hemos dormido», Pablo habría estado colocándose entre los muertos durante el regreso del Señor. Entonces los hermanos tesalonicenses probablemente habrían llegado a la conclusión de que la muerte de Pablo era un requisito previo para el regreso del Señor.

Debido a que Pablo no quería dejar la impresión de que el Señor regresaría sólo después de su muerte, midió sus palabras de manera cuidadosa. El apóstol no sabía si el Señor volvería antes de su muerte. Puede que se haya incluido entre los vivos sólo porque todavía vivía. Lo probable es que no haya nada más misterioso detrás de sus palabras. Sin embargo, la mayoría de los intérpretes han tomado la declaración de Pablo en el sentido de que esperaba estar vivo cuando llegara el fin de la era y el Señor apareciera con el sonido de una trompeta. Sus palabras ciertamente podrían ser interpretadas de esa manera, sin embargo, no es la única manera razonable de leerlas.

Supongamos que Pablo, cuando estaba escribiendo 1ª Tesalonicenses, esperaba que el Señor regresara antes de morir. El paso de los años podría haberle hecho reconsiderarlo. Cuatro o cinco años después de la escritura de 1ª Tesalonicenses, el apóstol escribió la carta que llamamos «1ª Corintios». Cerca del final de esa carta, abogó por una resurrección corporal. De paso, mencionó el regreso del Señor.

Él escribió, «... los muertos serán resucitados incorruptibles, y *nosotros* seremos transformados» (1ª Co 15.52; énfasis agregado). Cuando escribió 1ª Tesalonicenses, el apóstol parecía pensar que estaría entre los vivos cuando regresara el Señor. Para cuando escribió 1ª Corintios, parecía al menos considerar la posibilidad de que pudiera estar entre los muertos que serían transformados cuando Cristo regresara.

En 2ª Corintios, vemos que los acontecimientos traumáticos y mortales habían seguido transcurriendo para Pablo. En esta carta, el apóstol escribió nuevamente sobre el regreso del Señor. Parte de lo que dijo sugiere que la posibilidad de su muerte física antes de que regresara el Señor se había vuelto más real para él. Sus palabras son importantes para todo cristiano que vive con la expectativa de que el Señor regresará a la tierra de la manera como partió de ella (Hch 1.11).

La expectativa de Su regreso y cálculo del momento exacto del evento son asuntos diferentes. Anticipar el juicio no es lo mismo que estar obsesionado con encontrar pistas en los acontecimientos actuales que pronostican cuándo tendrá lugar el juicio final. Cristo «aparecerá por segunda vez» (He 9.28). La verdad de que regresará está en las Escrituras; es una certeza. Debido a que regresará, los cristianos han de ser un pueblo santo (2ª P 3.11). Los creyentes obedientes que mueren antes de Su regreso y los que estén vivos para recibirle participarán de la bendición.

6Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor⁷(porque por fe andamos, no por vista);⁸pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.⁹Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables.¹⁰Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.

Versículo 6. Habiendo soportado dificultades por causa de Cristo, Pablo no estaba quejándose de sus circunstancias. Siempre vivía **confiado** en Cristo debido a su confianza en que estaba siendo partícipe de la redención por parte de Dios de Su pueblo. Pablo ya estaba siendo partícipe de las bendiciones del Israel espiritual. Al mismo tiempo, anhelaba el edificio hecho para él por Dios, «[eterno] en los cielos» (5.1). En la era venidera, todos los redimidos serán, en términos literales, «revestidos» (*ependuomai*; 5.2, 4) de un cuerpo celestial.

Por su naturaleza, la creación de Dios que está **en el cuerpo** de la carne está **[ausente] del Señor**. Estar presente con el Señor en la era venidera, vestido de alguna manera espiritual y eterna, no implica la pérdida de la identidad individual. Se mantendrá cierto nivel de continuidad entre los

cuerpos terrenales y celestiales. Pablo anticipaba el cambio de lo terrenal a lo celestial. La venida del Señor no guardaba temor para él. Estaba «confiado» en la probabilidad de la vida en la era venidera, y continuó buscando el fruto de las promesas de Dios. Pablo no permitiría que el sufrimiento en el mundo le privara de su gozo en el Señor.

Versículo 7. Estar «ausentes del Señor» quiere decir que, por el momento, los cristianos no pueden experimentar todas las bendiciones que Dios ha preparado para Su pueblo. Estar «en el cuerpo» requiere confianza en las promesas de Dios. Quiere decir andar **por fe, no por vista**. «Vista», en este caso, representa toda la experiencia en esta vida. Dios no le ha dado a Su pueblo la confirmación sensorial de lo que tiene reservado para ellos. «Fe», como se usa aquí, incluye la creencia en principios básicos como los registrados en 1ª Corintios 15.1–5, sin embargo, también quiere decir mucho más. Quiere decir ponerse en manos de Dios, confiar en las promesas que Dios ha dado.

La confirmación visible de que Dios actuaba en el mundo se daba mediante los milagros que Jesús realizó, en particular la resurrección corporal de Jesús mismo de entre los muertos. El Espíritu Santo obró por medio de los apóstoles (vea 2ª Co 12.12; Ga 3.5) para la confirmación de la fe, sin embargo, el pecado seguía reinando. Los testimonios tienen que ser examinados. Las personas a veces mienten, o se equivocan. Un supuesto milagro a veces es sólo el juego de manos de un falso maestro. Los cristianos tienen que reunir la evidencia con el testimonio de Dios en sus propias vidas y andar por fe. Andar «por fe» es obedecer; sin embargo, primero hay una decisión personal de vestirnos de Cristo. Fe quiere decir incorporar a Dios a la vida como un compañero. Quiere decir adorarle, orarle y apoyarse en Él para obtener fortaleza. Quiere decir vivir con el mundo por venir a la vista. Fe y «andar por fe», quiere decir llevar una vida santa y piadosa.

Versículo 8. Por segunda vez (vea 5.6), el apóstol dijo: **confiamos** en Cristo (5.8). Reflexionando sobre la gracia de Dios y la misión que le había dado a Pablo, el apóstol se negaba a desmayar (4.1, 16). El verbo que se traduce como «confiamos» (5.6, 8) en ambos casos está en tiempo presente. El presente griego indica que la confianza que Pablo necesitaba era una parte continua de su vida. Cuando una turba pidió su muerte y había «[perdido] la esperanza de conservar la vida» (1.8), la calma, el valor y la confianza del apóstol

le ayudaron a perseverar.

Pablo les aseguró a sus lectores que estaría muy contento, cuando llegara el momento, de ser libre de cargas con el cuerpo de la carne. En el momento de escribir 2ª Corintios, su preferencia era **estar ausentes del cuerpo, y [estar] presentes al Señor**; sin embargo, Jesús tenía planes para él en esta vida. Tal vez seis años después de escribir esta carta a los corintios, Pablo dijo algo similar a los filipenses: «Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros» (1.23, 24). En Cristo, Pablo encontró el valor para continuar su tarea. Cuando la muerte llegó para el apóstol, no sería un momento de temor. Dejar este mundo significaba pasar de un modo de existencia corporal a otro. El cuerpo celestial prometía ser mucho mejor que el terrenal.

Versículo 9. Pablo no explicó lo que quiso decir con estar «ausentes del cuerpo» en el versículo anterior. Se consideraba **presente**, no **ausente**, siempre y cuando estuviera con el Señor en un sentido más íntimo.

La prioridad para Pablo —sea en el cuerpo terrenal, en un estado incorpóreo o en el cuerpo de resurrección— era complacer a Dios. **Por tanto procuramos también, ... serle agradables.** La mayor ambición de Pablo era no tener ambiciones aparte de complacer al Señor. Se expresó con la palabra *φιλοτιμέομαι* (*philotimeomai*), que quiere decir «tener como nuestra ambición, aspirar». El término se encuentra sólo tres veces en el Nuevo Testamento, todas en las cartas de Pablo (vea Ro 15.20; 2ª Co 5.9; 1ª Ts 4.11).

En el mundo grecorromano, «... muchas personas ricas se esforzaban por superarse unas a otras en el servicio público filantrópico».¹³ De manera similar, en el mundo moderno, los nombres de los benefactores adornan los edificios que han ayudado a construir. El sustantivo relacionado, *φιλοτιμία* (*philotimia*, «amar la honra»), no se encuentra en el Nuevo Testamento; sin embargo, es bastante común en la literatura contemporánea con los escritos apostólicos. Muchos, como el hombre que se sentó en los primeros asientos en la parábola de Jesús de Lucas 14.7, consideraban que el amor al honor era digno de elogio. Pablo se aferró a la paradoja que su carta presentó a los corintios: Dios guía a los cristianos en un desfile triunfal (2.14).

¹³ Bauer, 1059.

Nuestros cuerpos son el aroma de Cristo para los salvos, sin embargo, el aroma de muerte para el que perece (2.14–16). Predicamos como esclavos por amor de Cristo (4.5). Pablo sólo se jactaría en su debilidad: «Pues también nosotros somos débiles en él» (13.4; vea 11.30). La única honra que Pablo deseaba era complacer al Señor.

Versículo 10. La verdad de que Dios es nuestro Juez y Salvador es un tema impercedero tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. Sin renunciar a la convicción de que Dios es nuestro Juez (Ro 14.12), Pablo afirmó que **es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo**. En el Antiguo Testamento, los juicios de Dios se llevaron a cabo en esta vida. Debido a los pecados del pueblo, Dios enviaría una plaga o una sequía. En casos graves, enviaría ejércitos invasores, las ciudades serían destruidas y el pueblo era llevado a tierras extrañas. La justicia a manos de Dios era a menudo comunal, sin embargo, ocasionalmente se daba la justicia individual. (Por ejemplo, vea Pr 24.12.)

En el Nuevo Testamento, el juicio es, en su mayor parte, personal. Es un encuentro venidero con Dios en el **que cada uno [recibirá] según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo**. En el juicio, el destino eterno del individuo será decidido. Al mismo tiempo, el Nuevo Testamento no relega las bendiciones de Dios al mundo venidero. Dios contesta la oración, y bendice a los que viven rectamente en esta vida. La vida en Cristo trae un gozo multiplicado.

Aun cuando Jesús compareció delante del «tribunal» (*βῆμα*, *bēma*) de Pilato (Mt 27.19), Pablo compareció delante del «tribunal» (*bēma*) de Galión en Corinto (Hch 18.12). Entendía bien que todo el mundo aparecerá ante el «tribunal» (*bēma*) de Cristo. Todo el que esté ante el tribunal de Cristo recibirá de Cristo un veredicto basado en lo que ha hecho en esta vida, es decir, en el cuerpo de la carne.

Por un lado, Pablo pensaba que la salvación era totalmente una cuestión de la gracia de Dios en Cristo. Todos han pecado. El perdón de los pecados —la salvación— es por gracia por medio de la fe. Al mismo tiempo, el juicio será tal que «uno [recibirá] según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo», **sea bueno o sea malo**. El comportamiento del individuo marca la diferencia cuando sea el momento en que Cristo dicte juicio. Si lo que uno ha hecho en el cuerpo —incluso como cristiano— ha sido malo, esas acciones darán lugar

a que se le separe de Cristo. Este tema estaba muy arraigado en Israel. El salmista dijo:

... de Dios es el poder,
Y tuya, oh Señor, es la misericordia;
Porque tú pagas a cada uno conforme a su obra
(Sal 62.11, 12).

La gracia no excluye la responsabilidad humana. Sólo el Dios todopoderoso y omnisciente está en condiciones de juzgar de modo que la gracia y la responsabilidad individual se equilibran.

CONSTREÑIDOS POR EL AMOR DE CRISTO (5.11–15)

A medida que 2ª Corintios continúa, se hace más evidente que Pablo se enfrentaba a obstáculos significativos en la guía de la congregación. Por supuesto, muchos en la comunidad de la iglesia todavía tenían buena voluntad para con él. Le había enseñado a la mayoría de los cristianos allí, compartiendo comidas y sufriendo pruebas con ellos. Sin embargo, entre ellos estaban los recién convertidos y otros que Pablo no conocía bien. Se revela en 1ª Corintios que algunos que habían confesado a Cristo continuaron practicando la idolatría. Para aquellos que sólo se habían separado parcialmente del paganismo, Pablo representaba un tipo de lealtad a Cristo que según ellos era demasiado estrecha. Además, Pablo, al igual que otros maestros, había visitado Corinto, había predicado y luego siguió adelante. Los miembros de la iglesia pensaron que podían cuidar de sí mismos y no necesitaban su constante interferencia.

Los detractores de Pablo subestimaban su determinación de construir comunidades cristianas duraderas. Aquellos que se habían convertido a Cristo estaban incorporando la fe en sus vidas. Estaban demostrando la ética y los valores de Jesús en su cultura. Sin embargo, puede que Pablo también haya subestimado la determinación de los creyentes farisaicos de exigirles a los gentiles cristianos que adoptaran los marcadores étnicos del judaísmo (Hch 15.1, 5). Al enterarse del éxito de Pablo en Corinto, habían enviado mensajeros para convencer a los conversos gentiles a ser discípulos de Moisés (2ª Co 3.15, 16; 11.22). Estos maestros se aprovecharon de cualquier descontento que los corintios tuvieran con el apóstol. El apresurado viaje de Pablo a Corinto desde Éfeso había resultado mal (2.1–3). La iglesia de Corinto continuó luchando con la unidad, como se refleja en la primera carta a la ciudad; sin embargo, la controversia vista en

2ª Corintios giraba en torno al apóstol.

El apego de Pablo a los cristianos en Corinto es evidente en 1.12. «... con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros». Aun así, es evidente en la carta que el apóstol tenía que defenderse. Sus detractores lo obligaron a negar cargos de vacilación (1.17). Su predicación, afirmaron, era comparable a aquellos que vendían mensajes erróneos (2.17). Debido a que podía recomendarse a la conciencia de todo hombre, Pablo se negó a desmayar. En su segunda carta, divagó brevemente para recordarles a sus lectores hacia dónde les estaba guiando la fe en Cristo (4.16—5.10). Era hora de volver a la defensa de su misión.

¹¹Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres; pero a Dios le es manifiesto lo que somos; y espero que también lo sea a vuestras conciencias. ¹²No nos recomendamos, pues, otra vez a vosotros, sino os damos ocasión de gloriarnos por nosotros, para que tengáis con qué responder a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón. ¹³Porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros. ¹⁴Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; ¹⁵y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

Versículo 11. El temor del Señor se deriva de saber que «es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo» (5.10). El apóstol selló la relación entre los versículos 10 y 11 usando οὐν (*oun*, **pues**). Sabía que Cristo juzgará a los perdidos en pecado con severidad. Al igual que el Señor mismo, Pablo no quería que nadie experimentara esta condenación. Por esa razón, y para la gloria del Señor, se esforzaba para **[persuadir]** a las personas a vestirse de Cristo y apartarse de sus malos caminos. Predicar el evangelio implicaba la persuasión. Cuando las personas obedecían fielmente a Cristo, se beneficiaban de la verdad de que Él, que «no conoció pecado» (5.21), se hizo pecado para Pablo y para toda persona.

Por la gracia de Dios, el regreso del Señor no era razón de temor para los que habían sido persuadidos por el testimonio apostólico. Por supuesto, los perdidos en pecado tenían el temor legítimo de confrontar al Señor. Estas circunstancias obligaban a Pablo a ser fiel a la misión que Cristo le

había dado. Sabiendo que todos tienen que comparecer ante el tribunal del juicio de Cristo, Pablo comprendía el temor a perderse como un factor que el predicador puede usar para persuadir a los pecadores a arrepentirse.

Los predicadores modernos a menudo vacilan en cuanto a usar el temor como motivación para obedecer a Cristo.¹⁴ Es cierto que los que están en Cristo no necesitan temer la condenación (Ro 8.1). Juan escribió, «... el perfecto amor echa fuera el temor» (1ª Jn 4.18). Si bien la confianza en la gracia de Dios debería evitar que nos encojamos de temor, predicar sobre la ira de Dios es un llamado válido para que los perdidos en pecado confiesen y obedezcan a Cristo. Pablo escribió a los cristianos en Roma: «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres» (Ro 1.18). También dijo que aquellos que han sido justificados por la sangre de Cristo «seremos salvos [por él] de la ira» (Ro 5.9). Puesto que aquellos que mueren sin Cristo experimentarán la ira de Dios contra el pecado, aquellos que aún no han acogido el beneficio del sacrificio de Cristo harían bien en arrepentirse de su rebelión y cultivar un temor de Dios.

Al parecer, Pablo estaba defendiendo su labor, no sólo en presentar a Cristo a los perdidos, sino también en su insistencia en una fidelidad inflexible. Inherente en su mensaje había dos declaraciones: los dioses de la Grecia pagana no eran dioses, y el arrepentimiento requería que abandonaran el pecado. Mientras Pablo estaba defendiendo su propio ministerio a sus lectores, su misión de persuadir a los perdidos a aceptar a Jesús como el Hijo de Dios no había sido olvidada. A menos que las personas llegaran a conocer a Cristo, y a menos que le obedecieran, se perderían en sus pecados.

El apóstol no tenía ninguna duda de que **a Dios le [era] manifiesto** lo que él era, sin embargo, esperaba hacer más. Dirigiéndose a los corintios en la segunda persona, apeló a los que amaba y dijo: **... y espero que también lo sea a vuestras conciencias.** Deseaba que entendieran por qué dedicaba sus energías a llevar al mundo a conocer a Cristo.

Versículo 12. Probablemente, Pablo había

¹⁴ Paul Barnett, por ejemplo, pensó que el «temor» en 5.11 «no se refiere a la condenación» (Paul Barnett, *The Second Epistle to the Corinthians [La segunda epístola a los corintios]*, The New International Commentary on the New Testament [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1997], 280, n. 5).

facilitado que sus adversarios en Corinto le atacaran por ser reacio a recomendarse a sí mismo o presentar cartas de recomendación (3.1). Era sensible acerca de la necesidad de defenderse a sí mismo y su ministerio. El apóstol insistió: **No nos recomendamos, pues, otra vez a vosotros, sino os damos ocasión de gloriaros por nosotros.** En respuesta a su autodefensa, sus enemigos le habían atacado por recomendarse a sí mismo. Entonces, en respuesta a su silencio, lo habían acusado de aceptar que habían tenido razón todo el tiempo.

Revelando su corazón, Pablo describió a sus adversarios como **los que se glorían en las apariencias y no en el corazón.** Todo lo que quería hacer era darles a sus amigos los medios por los cuales podrían defenderlo, como él lo dijo, **para que tengáis con qué responder.** Era inapropiado que el apóstol tuviera que defenderse. Por lo que a Pablo se refiere, los cristianos de Corinto deberían haber asumido su defensa (12.11). Especialmente en Corinto, sabían que el corazón de Pablo era justo. El apóstol quería ser defendido por aquellos que estaban más preocupados por el corazón que por la apariencia. En 5.11, escribió sobre su esperanza de ser «manifiesto [...] también [...] a vuestras conciencias». Luego contrastó su propia conducta con el comportamiento de aquellos que se enorgullecían de la apariencia (literalmente, aquellos cuya jactancia estaba «en cara», ἐν προσώπῳ, *en prosōpō*; 5.12). Si la necesidad surgiera, el apóstol no tenía miedo de recordarles a los demás de su historial (vea, por ejemplo, 1ª Co 15.10). Al hacer esto, siempre incluyó un recordatorio de que la gracia de Dios había cambiado la dirección de su vida. Todo era para la gloria de Dios; no buscó nada para sí mismo.

Versículo 13. Pablo expresó lo que sus críticos aparentemente habían estado diciendo: «Está fuera de sí». Un léxico dice que el verbo ἐξίστημι (*existēmi*, «separarse de [algo]») sugiere una «incapacidad para razonar normalmente», «perder la mente, estar fuera de sí».¹⁵ En las cartas de Pablo, sólo se encuentra en este caso.

Los adversarios habían sostenido principalmente que el celo de Pablo por enseñar a Cristo era evidencia de que estaba fuera de sí. La familia de Jesús supuso que había perdido Sus sentidos por la forma en que se sometía a Sus críticos (Mr 3.21). Una acusación similar fue presentada contra Pablo por Festo en Hechos 26.22–24. El apóstol

¹⁵ Bauer, 350.

afirmó que su celo era **para Dios**. Pablo no era meramente fanático; fue cuidadoso y deliberado en su obra por Cristo. Era **cuerto** (*σωφρονούμεν, sōphronoumen*) en la búsqueda de salvación para los corintios (5.13). Su labor constante y deliberada era por ellos, para los cristianos de Corinto.

Versículo 14. Continuando con la justificación de su ministerio, Pablo explicó: **Porque el amor de Cristo nos constriñe** (*ἡ γὰρ ἀγάπη τοῦ Χριστοῦ συνέχει ἡμᾶς, hē gar agapē tou Christou sunechei hēmas*). Fue el amor lo que le impulsaba con tanto celo. ¿Tenía Pablo en mente su propio amor por Cristo o el amor de Cristo por la humanidad? Cualquiera de las dos formas de entenderlo encaja bien en el contexto. En 5.11, dijo que «el temor del Señor» le impulsaba. Si «el amor de Cristo» es paralelo en estructura al «temor del Señor», entonces Pablo estaba pensando en su propio amor por Cristo. Sin embargo, lo que sigue indica que Pablo quiso decir el amor de Cristo por nosotros. Tanto el amor como el temor constituían factores que instaban al apóstol a predicar el evangelio a los perdidos.

El amor de Cristo por Su creación fue evidente en Su muerte por amor de todos. El apóstol no podía amar a Cristo sin amar a aquellos a quienes el Señor amaba. Cuando Cristo murió por todos, también murió en el lugar de todos; sufrió por amor de todos. Se le invita a toda persona a ser partícipe en el sacrificio expiatorio. El precio de los pecados de quienes se vuelven a Cristo en fe ya ha sido pagado, mediante el pago vicario que hizo en la cruz. El apóstol [**pensó**] esto: **que si uno murió por todos, luego todos murieron**.

Versículo 15. En vista de que Cristo **por todos murió**, los cristianos han de dejar de vivir **para sí**. No hemos de vivir para nuestras propias pasiones ni servirnos solamente a nosotros mismos, sino servirle **aquel que murió y resucitó**. La gratitud es evidente en las palabras de Pablo. Al hacer tanto por los redimidos, Cristo suscitó el deseo de complacerle. Jesús mismo dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Jn 12.32). Además de tener gratitud por la muerte sacrificial de Cristo, el apóstol quería que sus lectores consideraran más. El Señor no sólo murió por Su creación, sino que también fue resucitado **por ellos**. Como seguidores de Cristo, vivimos para Él cuando dejamos de servirnos a nosotros mismos. Vivimos con la perspectiva de ser perdonados del pecado y de ser unidos con Él por la eternidad.

La expiación vicaria evidente en 5.15 conduce a la reconciliación analizada en el resto del capítulo. En vista de que Cristo murió por todos, aquellos que le conocen deben estar dispuestos a vivir por Él. El deseo de vivir por Cristo explica el celo del ministerio de Pablo entre los corintios. El apóstol no se detuvo diciendo que Cristo murió. Efectivamente murió, sin embargo, ¡también fue resucitado! La traducción de 5.15 en la REB infunde el compromiso personal de vida en las palabras de Pablo acerca del propósito de Jesús al morir. Dijo: «Murió por todos para que los que viven dejen de vivir para sí, y vivan por el que por ellos murió y fue resucitado a la vida». Las bendiciones de la vida con Dios no esperan hasta la era venidera. Los galardones que pertenecen a los discípulos de Cristo comienzan en esta vida.

RECONCILIADO CON DIOS POR MEDIO DE CRISTO (5.16–21)

La fe de los que viven en Cristo es el resultado de la asimilación de conceptos clave. La «gracia» es uno de los más importantes. Dios actuó por Su propia iniciativa para salvar a la humanidad, impulsado por Su amor eterno. Palabras como «rescate» y «propiciación» ayudan a los creyentes a entender lo que ocurrió en la cruz. Entre todas las palabras maravillosas, pocas son más importantes en el vocabulario cristiano que «reconciliación» (5.18). Pablo llegó a este tema en el capítulo 5 recordándoles a sus lectores que, en vista de que Cristo murió por todos, todos han muerto en Él. Como cristianos, hemos muerto a nuestro antiguo ser y hemos sido vivificados en Él.

Dentro del cuerpo de Su iglesia, la nueva vida con Dios ya ha comenzado. La esposa ha sido presentada a su esposo (11.2). El matrimonio mismo espera el regreso del Señor para su consumación. Los cristianos viven con esperanza; vivimos en el medio tiempo. Vivimos entre la muerte de Cristo en la cruz —cuando compró para Él mismo un pueblo y reconcilió la raza con Dios— y Su regreso al final de la era. La iglesia tiende a desviarse por cualquier problema social que atormenta la era actual. Volviendo una y otra vez a los grandes temas de fe que se encuentran en las Escrituras, el pueblo de Dios siempre tendrá los recursos para luchar contra el pecado como el pueblo reconciliado que nos ha hecho ser.

¹⁶De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun

si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. ¹⁷De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. ¹⁸Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; ¹⁹que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. ²⁰Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. ²¹Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Versículo 16. El intenso deseo de Pablo por predicar el evangelio a las personas en todo lugar surgía de su conocimiento de que Cristo «murió por todos» (5.14). Sabiendo lo anterior, ya no podía mirar a las personas como lo había hecho anteriormente. Pablo emitió una declaración a aquellos que habían tratado de desacreditarlo en Corinto, a saber: Lo que pensaban de él era de poca importancia. En tiempos pasados, Pablo había conocido a las personas **según la carne**, es decir, por su aspecto físico, hábitos y recursos. Había valorado a los demás mediante los mismos criterios que personas no regeneradas utilizaban. Esos días estaban en su pasado. ... **de aquí en adelante**, Pablo estaba decidido a [**conocer**] a toda persona como aquella por la que murió el Señor. Su punto de vista de aquellos que le criticaban era diferente ahora porque vivía con el conocimiento de Cristo.

De manera similar, Cristo había sido conocido una vez como Jesús de Nazaret mediante los sentidos físicos. Jesús comió con los pecadores; fue crucificado por los romanos. Pablo había conocido a Cristo como personas en las actividades diarias de la vida tienden a conocerse. Ahora su conocimiento de Jesús trascendió las meras experiencias de la carne. Explicó: ... **y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así.** F. F. Bruce escribió: «El contraste que está haciendo es [...] entre su anterior actitud para con Cristo (y el mundo en general) y su actitud actual para con Cristo (y el mundo en general), ahora que está “en Cristo”». ¹⁶ Pablo conocía a Jesús de manera

¹⁶ F. F. Bruce, *Paul: Apostle of the Heart Set Free (Pablo: Apóstol del corazón liberado)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1977), 99.

diferente. Puesto que ahora conocía a Cristo, no según la carne, conocía el valor de las personas por las que Cristo murió. La REB traduce 5.16 correctamente: «Con nosotros, por lo tanto, *las normas mundanas han dejado de contar en nuestra estimación de cualquier persona*; aunque una vez contaron en nuestra comprensión de Cristo, ahora ya no cuentan de ese modo» (énfasis agregado).

El presente versículo no aborda la interrogante en cuanto a si Pablo había visto o no a Jesús en la carne. Se podría suponer que Saulo el fariseo estuvo a veces en Jerusalén cuando Jesús estuvo allí. Sin embargo, nunca mencionó haber visto al Señor. Algunos han entendido que Pablo dijo que una vez había visto a Jesús en la carne; sin embargo, si es cierto, es una referencia oscura. Si Pablo había visto a Jesús antes del incidente en el camino a Damasco, ese momento tuvo que haber sido importante para él. Tal encuentro sin duda le habría ayudado a responder a algunos de sus críticos. El hecho de que Pablo no se refirió en ningún otro lugar al hecho de haber visto a Jesús en la carne sugiere que el versículo no debe ser forzado a querer decir que le había visto.

Versículo 17. Hablando de sí mismo en primera instancia, y luego de todos los que conocieron a Cristo, Pablo dijo que estar en Cristo es ser partícipe de una nueva forma de ser: **De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es.** Dios actuó decisivamente en la historia de la humanidad para lograr algo completamente nuevo; pues dice: ... **las cosas viejas pasaron.** Tal vez el apóstol estaba adoptando conscientemente Isaías 65.17, 18 que dice:

Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo.

Usando un lenguaje de final de los tiempos como el utilizado por Isaías y otros profetas, Pablo dijo que Dios, por medio de Cristo, había irrumpido en el viejo orden de la humanidad. Después de que Dios creó la humanidad, y después de que el pecado entró en la familia humana, la vieja creación prevaleció. Entonces, en Cristo, Dios regresó a la familia humana para recrear un pueblo, pues Pablo dijo en 5.17: ... **he aquí todas [las cosas] son hechas nuevas.**

La traducción de la Reina-Valera, «nueva criatura es», es engañosa. Algunos de los términos

cristianos evangélicos sugieren que esto involucra una experiencia religiosa subjetiva, sin embargo, Pablo habló de un cambio objetivo en la relación entre Dios y la humanidad. La NRSV consigna mejor la frase, diciendo: «Hay una nueva creación»; sin embargo, el griego es aún más críptico. El apóstol entendió que todas las cosas habían sido hecho nuevas, en vista de que los tiempos finales habían comenzado. Pablo estaba «proclamando el mensaje apocalíptico de que mediante la cruz, Dios ha anulado el *kosmos* [κόσμος, “mundo”] de pecado y muerte y ha traído un nuevo *kosmos* a la existencia».¹⁷ El cristiano en Corinto todavía vivía en la antigua era, sin embargo, en Cristo estaba siendo partícipe de lo nuevo. El reino del Mesías había sido concretado. George Eldon Ladd dijo: «El hecho de que lo viejo había pasado no quiere decir el fin de lo viejo; continúa hasta la parousia [venida]. Sin embargo, lo viejo no permanece intacto; la nueva era ha iniciado».¹⁸ Juan lo dijo así: «... porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbrá» (1ª Jn 2.8b).

Pablo usó terminología del nuevo nacimiento con moderación (sin embargo, vea Tit 3.5). La nueva creación no es separada del todo del nuevo nacimiento, sin embargo, hay una diferencia en el énfasis. Pablo vio la novedad en Cristo como más comunitaria que individual. El nuevo nacimiento tiende a enfatizar al individuo y su relación con Dios, mientras que la nueva creación es un nuevo orden mundial. Ser salvo, redimido y reconciliado es a la vez tomar una decisión individual y formar parte de un nuevo pueblo. Es una nueva forma como las personas se relacionan entre sí. Ni el individuo renacido ni la nueva creación, como Pablo aseveró estos conceptos, serían posibles sin el otro.

Versículo 18. La mención de la nueva creación de Dios, que incluye **todo esto**, llevó a Pablo a una elegante elaboración sobre **Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo**. Cinco veces en tres versículos (5.18–20), usó el verbo καταλλάσσω (*katallassō*, «reconciliar») o la forma sustantiva καταλλαγῆ (*katallagē*, «reconciliación»). En otras partes del Nuevo Testamento, el verbo ocurre tres veces (Ro 5.10, dos veces; 1ª Co 7.11) y

¹⁷ Richard B. Hays, *The Moral Vision of the New Testament (La visión moral del Nuevo Testamento)* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1996), 20.

¹⁸ George Eldon Ladd, *A Theology of the New Testament (Teología del Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1974), 480.

el sustantivo aparece dos veces (Ro 5.11; 11.15).¹⁹ El principio de reconciliación tiene enormes implicaciones religiosas. El ideal, de acuerdo con Hans Küng, «... va dirigido a [...] la reconciliación entre el amo y el esclavo, la idea y el sentimiento, el deseo y la necesidad, entre la ley del corazón y la ley de la realidad, la virtud y el curso del mundo».²⁰ Ciertamente tuvo razón al decir que «la verdadera reconciliación sólo es posible si se logra una reconciliación entre lo finito y lo infinito, entre el mundo y Dios».²¹

Las ramificaciones son amplias, sin embargo, Pablo se centró en la reconciliación en su nivel más fundamental, es decir, en la reconciliación «por Cristo» que tuvo lugar en la cruz (5.18). Deseaba que sus lectores reflexionaran sobre el hecho de que la necesidad de reconciliación surgió de la realidad del pecado. Las personas están perdidas en el pecado y son enemigos de Dios. Los seres humanos, desde el principio, construyeron barreras entre ellos y el Eterno (vea Ro 5.10). Dios tomó la iniciativa en la remoción de esas barreras y concretización de la reconciliación. Gracias a Cristo, ya no hay un abismo entre Dios y la humanidad. Los medios de Dios para lograr la reconciliación entre Él y la familia humana fue Cristo, que murió por «todos» (2ª Co 5.14, 15).

Si bien la obra de reconciliación se ha llevado a cabo en Cristo, en cierto sentido, existe un sentido en el que aún se tiene que trabajar. Por esta razón, a Pablo se le había confiado **el ministerio de la reconciliación**. Su tarea era llevar a cabo la obra iniciada por Dios por medio de la muerte del Señor. El uso de *katallassō* como una palabra descriptiva de lo que Dios hizo que tuviera lugar en la cruz es único en los escritos de Pablo en el Nuevo Testamento. Es la palabra clave tanto en este contexto como en Romanos 5.1–10.

Pablo nunca utiliza la terminología para dar a entender que Dios se reconcilia (o Dios se reconcilia a sí mismo) con los seres humanos, si no, para sugerir siempre que Dios reconcilia

¹⁹ Palabras similares se traducen como «reconciliar». Por ejemplo, Jesús dijo: «reconcílate [διαλλάσσω, *diallassō*] primero con tu hermano» (Mt 5.24). En Efesios 2.16 y Colosenses 1.20, 22, Pablo utilizó el doblemente compuesto ἀποκατάλλάσσω (*apokatallassō*, «reconciliar»). Finalmente, Esteban usó el compuesto συναλλάσσω (*sunallassō*, «ponía en paz») en Hechos 7.26.

²⁰ Hans Küng, *Does God Exist? An Answer for Today (¿Existe Dios? Una respuesta para hoy)*, trad. Edward Quinn (Eugene, Oreg.: Wipf and Stock Publishers, 1980), 147.

²¹ *Ibíd.*, 149.

a los seres humanos consigo mismo o que los seres humanos son reconciliados con Dios.²²

Versículo 19. La mayoría de las traducciones interpretan las palabras iniciales, ὥς ὅτι (*hōs hoti*) como una explicación. La forma como las traduce la Reina-Valera, **que**, por ejemplo, indica que el versículo es una explicación de lo que se involucra en el «ministerio de la reconciliación» en el versículo anterior. El «ministerio de la reconciliación» era el mensaje que Pablo proclamaba: **Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo** [*kosmos*]. Debido a que los salvos son reconciliados con Dios, **no está tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados.**

La reconciliación y la justificación son conceptos gemelos, sin embargo, cada uno enfatiza a su manera lo que sucedió en la cruz. Pablo combinó los dos conceptos cuando escribió:

Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación (Ro 5.9–11).

Barrett dijo:

La inculpabilidad del pecado (es decir, el perdón) es equivalente al ajuste de cuentas, o imputación, de la justicia; vea el versículo 21. Puesto que las transgresiones ya no contaban contra los hombres [vea Ex 29.10] el camino estaba abierto a la reconciliación; nada le quedaba al hombre si no que solo recibirla. Sin embargo, esto no podían hacer a menos que se les informara de la posibilidad que ahora se les ofrecía. Esto trae a Pablo de vuelta [en 5.19b, 20] al tema de su ministerio.²³

La obra reconciliadora de Cristo se produjo porque Dios tomó medidas para derribar la pared del pecado que le separaba a Sí mismo de Su creación. Gracias a la expiación vicaria de Cristo, Dios no inculpa de ofensas a aquellos que se volverían a Él por medio de la fe en Cristo (Ef 2.5). La unidad de la Divinidad dio lugar a la obra de Dios mismo en Cristo para lograr la reconciliación con la humanidad. No hay que pasar por alto el marco de

²² Seyoon Kim, «2 Cor. 5:11–21 and the Origin of Paul's Concept of "Reconciliation"» («2ª Co 5.11–21 y el origen del concepto de Pablo de la "reconciliación"»), *Novum Testamentum* 39 (octubre de 1997): 362.

²³ Barrett, 177.

referencia universal de Pablo. La venida de Cristo y Su muerte en la cruz tuvieron consecuencias para el mundo. El apóstol fue más allá de pensar en Dios en términos de Su elección de Israel para una relación exclusiva con Él. A Pablo se le había encomendado el mensaje que ofrecía reconciliación de todas las personas con Dios. En un sentido más amplio, la misión de reconciliación le pertenecía a la iglesia del Señor, que se había establecido en Corinto como resultado de la predicación de Pablo. Llegar a ser de Cristo, vestirse de Él, es asumir y llevar a cabo la obra reconciliadora de Cristo. La reconciliación de la humanidad con Dios define el cristianismo como una religión misionera por su naturaleza, pues dice: ... **y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.**

Versículo 20. Pablo pensó en sí mismo y en los que eran partícipes de la empresa cristiana como **embajadores en nombre de Cristo.** Como apóstol, su labor como embajador vino directamente de la comisión dada por Cristo (Ga 1.11, 12). Otros se convirtieron en embajadores de Cristo con una autoridad que se apoyaba en la autoridad de la predicación apostólica. La frase «somos embajadores» en 5.20 traduce un único verbo griego, πρεσβεύομεν (*presbeuomen*). Pablo usó la palabra de sí mismo sólo dos veces. Aquí incluyó a otros que servían con él como enviados. En Efesios 6.20, usó el verbo en singular, diciendo: «soy embajador en cadenas».

La palabra que quiere decir «servir como embajador» (*presbeuomen*) es un derivado de πρεσβύτερος (*presbuteros*, «anciano»). Un emperador o una ciudad comúnmente enviaría hombres mayores y muy estimados para representarlos en asuntos de comercio o guerra. De 5.20, Paul Barnett dio el siguiente análisis:

Este versículo tiene un lugar especial dentro de la sección ampliada en la que Pablo defiende su oficio apostólico a los corintios (2.14–7.4). El tono defensivo en ciertos puntos dentro de este pasaje probablemente refleja cierto grado de duda entre los lectores de Pablo con respecto a la validez de su pretensión de apostolado (por ejemplo, 2.17–3.3; 5.12–13, 16; 6.3–13; 7.2–4). Pablo, sin embargo, infiere que la actitud de ellos para con él y su relación con él no puede ser separada de su relación con Dios y su salvación (6.11–13).²⁴

Pablo combinó las ideas de «anciano» y «embajador» cuando se llamó a sí mismo πρεσβύτης

²⁴ Barnett, 309.

(*presbutēs*) en Filemón 9. Cronológicamente, era un hombre mayor; sin embargo, también era un embajador de Cristo en prisión. En vista de que Cristo le había asignado (vea Ga 1.15) para el apostolado, Pablo estaba consciente de que su labor como embajador incluía responsabilidades y autoridad únicas. Deseaba que sus lectores entendieran su autoridad apostólica y que estuvieran firmes si alguien intentaba enseñarles algo diferente de lo que habían aprendido de él. En vista de sus adversarios en Corinto, Pablo les recordó a los creyentes en la ciudad que su ministerio era de Dios (vea 2ª Co 4.1). Su predicación no era interesada. Su mensaje fue comisionado por el Señor Cristo Jesús. Su misión era ser siervo del pueblo de Dios (4.5).

Pablo, en su ministerio apostólico en particular, era un embajador; sin embargo, hizo hincapié en que todos los creyentes en un sentido general eran enviados de Cristo al mundo (5.20). Aunque otros carecían de su autoridad apostólica, todo creyente llamado tiene la comisión de parte de Dios de representar a Cristo ante el mundo. Los corintios comprenderían el celo de Pablo cuando entendieran que, en su propia obra como en la de Pablo, era **como si Dios rogase por medio de nosotros**. El mensaje del apóstol constituía un llamado continuo para que todas las personas se reconciliaran con Dios. Debido al amor de Cristo por la humanidad (5.15), Pablo declaró: **os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios**. Después de haber sido reconciliados, los cristianos habían de reconocer su responsabilidad de unirse a Pablo como embajadores por Cristo.

Versículo 21. La reconciliación de Cristo era el resultado de la iniciativa propia de Dios. **Al que no conoció pecado [Jesús de Nazaret], por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.** Podía ser pecado por nosotros porque Él mismo no había cometido pecado (1ª P 2.22, 24). Pocas doctrinas son más fundamentales para la religión cristiana que la expiación vicaria. La expiación es posible porque el hombre Jesús de Nazaret pagó el precio en la cruz por el pecado humano. Vivió como el Hijo de Dios y como el Hijo del hombre, reconciliando la raza con Dios. Debido a que murió por un pueblo que fue llamado, podemos ser hechos justicia de Dios en Él. Como cristianos, conocemos la justicia de Dios porque estamos justificados en Él. Jesús nos ha proporcionado justificación, salvación y reconciliación; ninguna parte es resultado del mérito humano.

Este es el único lugar en 2ª Corintios donde Pablo usó la palabra «pecado» (ἁμαρτία, *hamartia*) en referencia a la conducta de las personas en general. (Compare, por ejemplo, 11.7, donde preguntó retóricamente si había pecado o no contra los corintios.) El verbo «pecar» (ἁμαρτάνω, *hamartanō*) no aparece en 2ª Corintios, sin embargo, esta falta de uso es probablemente fortuito.

La manera como se identifica Cristo con el pecado por el que murió requería que Pablo escogiera sus palabras con cautela. I. Howard Marshall comentó lo siguiente:

... si Pablo deseaba afirmar la forma en que Cristo se hizo uno con los pecadores, no podía decir que Cristo se hizo pecador, lo que habría sido seriamente erróneo. Por lo tanto, eligió decir que Cristo se hizo uno con el pecado. Se lleva a cabo una identificación de Cristo con los pecadores cuyo propósito es que se pueda llevar a cabo una especie de intercambio. Si Cristo se hacía uno con los pecadores, esto tenía como objetivo que los pecadores pudieran llegar a ser uno con el que era sin pecado y justo, y así compartir su ausencia de pecado y rectitud.²⁵

El apóstol continuó su explicación. No es que los cristianos hayan manifestado la justicia de Dios, ni que se nos haya concedido la justicia de Dios. Pablo dijo que aquellos que se vuelven a Dios por medio de la fe «son hechos» justicia de Dios. En un sentido importante, la iglesia es la manera como Dios se manifiesta visiblemente ante el mundo.

▣▣▣▣ PARA DESTACAR ▣▣▣▣

La vida intemporal en la era venidera (5.1–5)

Mientras defendía su ministerio entre los cristianos de Corinto, Pablo reflexionó sobre las semejanzas y diferencias entre la era actual y la era venidera. El apóstol laboró en Corinto y en otros lugares para que las personas fueran salvas. Salvación quiere decir vivir en una casa hecha por Dios, eterna en los cielos. En la medida como la presentó Pablo, la existencia eterna para los salvos no debe verse como un espíritu nebuloso carente de forma corporal. Los salvos tendrán cuerpos en la era por venir. En contraste con vivir en el cuerpo terrenal, la vida en el cielo estará libre de todo lo que resulte en sufrimiento.

Las personas pueden estar seguras de pocas

²⁵ I. Howard Marshall, *New Testament Theology: Many Witnesses, One Gospel (Teología del Nuevo Testamento: Muchos testigos, un solo evangelio)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2004), 295.

cosas en esta vida. Sin embargo, en relación con un asunto, no debemos tener ninguna duda: *Todo cuerpo humano envejecerá y morirá*. Para algunos vendrá antes y para algunos más tarde, sin embargo, no hay excepciones. Así como el nacimiento es una experiencia universal, también lo es la muerte. Reconocer la realidad de la muerte no es particularmente morboso. Para cuando la mayoría de las personas hayan experimentado el decline del cuerpo terrenal, estarán listas para dejar atrás el mundo. La muerte es universal, sin embargo, no está reservada para los ancianos. Algunas personas mueren jóvenes. Siglos antes de que Pablo trabajara con la iglesia de Corinto, un sabio observó que hay un tiempo para todo: «Tiempo de nacer, y tiempo de morir» (Ec 3.2a).

Antes de escribir sobre el deterioro de la «morada terrestre» en 2ª Corintios 5.1, Pablo distinguió entre lo temporal y lo eterno. *La vida en la tierra, dijo, es una existencia momentánea*. En contraste con lo que las personas ven en esta existencia atada al tiempo y temporal en la tierra, Pablo dijo que las cosas que aún no se ven son eternas. A los cristianos de Corinto, les dijo: «... no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (4.18).

Habiendo distinguido entre lo físico y lo celestial, el apóstol pasó a contrastar los cuerpos que las personas tienen en este mundo, tabernáculos hechos de carne y hueso, con la existencia corporal en el hogar eterno que Dios ha prometido para los redimidos. *Esta vivienda temporal será intercambiada por otra, dijo, que será diferente en especie*. «Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos» (5.1). ¡Qué insensato es, insinuó, intercambiar los gozos de la vida eterna por las gratificaciones carnales de este mundo!

Cuando Pablo les recordó a sus hermanos el hogar eterno preparado en el cielo para los que creen, adjuntó implicaciones importantes a sus palabras. *El apóstol veía este mundo como un terreno de prueba*. Cada elección en la vida moldea el carácter; elegir nos hace lo que somos. Lo que hacemos en este mundo es lo que llevaremos con nosotros al siguiente. La forma en que vivimos, lo que aprendemos a disfrutar, nos prepara para la vida en el cuerpo eterno. Algunos eligen vivir de tal manera que la morada eterna que Dios ha

preparado para los salvos sea una carga. Algunos sólo quieren un conocimiento superficial del cristianismo. ¿Por qué los que no encuentran gozo en la adoración en compañía del pueblo de Dios en este mundo encontrarían gozosa la adoración en el cielo? ¿Por qué los que no tienen amor por la bondad y la justicia en esta vida encontrarían maravillosas esas cosas en los reinos celestiales?

(Viene de la página 14)

el pecado bajo la Ley. El peso del pecado sólo se acumuló. Amos dijo:

Buscad a Jehová, y vivid; no sea que acometa como fuego a la casa de José y la consuma, sin haber en Bet-el quien lo apague. Los que convertís en ajeno el juicio, y la justicia la echáis por tierra (Am 5.6, 7).

Amós expresó detalles, mientras que Pablo hizo una acusación más general. El apóstol escribió: «... ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Ro 3.20).

Pablo distinguió entre un ministerio de condenación y un ministerio de justificación. En comparación con otras religiones en el mundo, tal vez la doctrina más distintiva de la fe cristiana es el concepto de la gracia. El ministerio de justificación de Dios ha sido posible gracias a Jesús de Nazaret. Dios tendió la mano para salvar a un pueblo; tomó la iniciativa. Tan grande como la ley de Moisés fue, al final fue un ministerio de muerte.

Cuando Pablo comparó el ministerio de la ley de Moisés con el ministerio del Espíritu, hizo otro contraste importante. El esplendor de la Ley era temporal. La revelación de Cristo, la «ley [...] de la libertad» (Stg 1.25), es para siempre. Pablo dijo: «... los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer» (2ª Co 3.7); «Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece» (3.11).

La venida de Cristo, Su muerte por los pecados de la humanidad, el mensaje del evangelio proclamado por Su autoridad, todo es para siempre. Necesitados, los cristianos se vuelven a Él. Con gozo, ofrecemos alabanza y acción de gracias. En tiempos de temor o pesar, confiamos en Su promesa de salvación. Los cristianos gozan de un ministerio de parte de Dios, un ministerio del Espíritu. Es un ministerio inquebrantable de justificación.

Aflicciones y defensa

Pablo ocasionalmente divagó al escribir 2ª Corintios, sin embargo, en los primeros siete capítulos, volvió repetidamente al tema de la defensa de su ministerio. Apenas había comenzado la carta antes de afirmar: «... el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios [...] nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros» (1.12). La sensación de que estaba siendo atacado en la iglesia es inconfundible:

Así que, al proponerme esto, ¿usé quizá de ligereza? (1.17a).

Porque también para este fin os escribí, para tener la prueba de si vosotros sois obedientes en todo (2.9).

Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios (2.17).

¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación... (3.1b).

Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos (4.1).

De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida (4.12).

El tono defensivo del apóstol demuestra que en la iglesia habían tenido lugar cambios categóricos desde su escritura de 1ª Corintios.

El ministerio del apóstol estaba siendo atacado. Si bien los adversarios lo estaban desacreditando, el principal objetivo de ellos era desacreditar el evangelio que había predicado en la ciudad.

Una fuerza poderosa y emocionalmente impulsada dentro de la iglesia en Jerusalén se estaba dando a conocer en Corinto. Judíos cristianos, impulsados por los conversos de las filas farisáicas (Hch 15.5), insistían en que Cristo no había

cambiado nada para los gentiles que deseaban confesar al Dios de Israel. Pablo y Bernabé, en opinión de estos judíos, estaban tratando de cambiar su antigua religión que había sido dada por Dios por medio de Moisés. Confesar fe en Jesús, decían, era abrazar a un rabino judío. Insistieron en que, como su Maestro había obedecido la Ley, aquellos que lo veneraban tenían que someterse a la Ley.

Su considerable influencia le permitió a Jacobo, el hermano del Señor, controlar parcialmente el celo de la iglesia de Judea. Jacobo y los ancianos de Jerusalén le dijeron a Pablo: «Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley» (Hch 21.20). A pesar de los esfuerzos de Jacobo, elementos de la iglesia de Judea habían actuado de manera independiente. Habían enviado una delegación a Corinto. Dentro de esa iglesia predominantemente gentil, se habían propuesto desacreditar a Pablo.

El apóstol sabía que la naturaleza del cristianismo estaba siendo cuestionada. Su disputa con aquellos que se oponían a él era un gran agravio. El trabajo de su vida estaba en juego; la verdad de la revelación del Señor a él estaba en cuestión. A lo largo de 2ª Corintios, continuó defendiendo su ministerio. Su digresión en el capítulo 5 cambió el enfoque a la vida eterna, el regreso del Señor y la obra reconciliadora de Cristo en la cruz. Habiendo hablado de reconciliación, justificación y salvación, Pablo regresó ahora a una defensa explícita de su ministerio.

DEFENSA DE PABLO DE SU MINISTERIO (6.1–10)

No recibir gracia en vano (6.1–3)

¹Así, pues, nosotros, como colaboradores

suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios. ²Porque dice:

En tiempo aceptable te he oído,

Y en día de salvación te he socorrido.

He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación. ³No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado.

Versículo 1. «... os exhortamos también», escribió Pablo. A lo largo de esta carta, utilizó pronombres plurales sin definir a quién estaba incluyendo con él mismo. Muy a menudo, sus pronombres plurales parecen incluir un número vago de colaboradores (1.4, 9, 12). En otras ocasiones, el plural se refiere a colaboradores específicos que habían laborado con Pablo en la predicación del evangelio en Corinto (1.19). En otras ocasiones, incluyó a los cristianos mismos de Corinto (5.1).

El uso que hizo el apóstol de pronombres como «nosotros» y «nuestro» parece similar al uso conocido como «real» la mayoría de las veces. Es decir, el plural es un dispositivo literario u oral diseñado para suavizar el impacto de los pronunciamientos e imperativos emitidos por un individuo. Ya, los críticos de Pablo lo estaban acusando de afirmar la autoridad que no tenía. El participio de apertura que dice **como colaboradores suyos** y las palabras «os exhortamos también» indican que Pablo tenía colaboradores. Sin embargo, el texto no dice quién se había unido a él en su razonamiento o en sus pronunciamientos.

Al igual que en 5.20, parece que Pablo quería que los corintios supieran que Dios era su colaborador. El contexto sugiere una fuerza concesiva para el participio (indicando una conclusión que se debe extraer): «Puesto que somos colaboradores suyos, os exhortamos...». Ni «de Dios» ni ningún pronombre que se refiriera a Dios está necesariamente implícito en la frase inicial de 6.1. Sin embargo, el sujeto implícito en la frase inicial de 6.2, «Porque dice», es claramente Dios.

La idea aquí está estrechamente relacionada con los dos últimos versículos del capítulo 5. Puesto que Dios estaba haciendo un llamado por medio de Pablo (5.20), los dos eran colaboradores. El pronombre «nosotros» en la frase **nosotros, [...] os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios** probablemente tenía la intención de incluir tanto a Pablo como a Dios. Si los corintios acogían la posición doctrinal de los críticos de Pablo, ellos, de hecho, estaría volviendo

«en vano» (εἰς κενόν, *eis kenon*) la obra de Pablo y Dios. A menos que pareciera ser una posibilidad, Pablo no tenía ninguna razón para mencionarla. Los cristianos en Corinto podrían volver vana la obra de Dios y la de Pablo.

¿Cuál es «la gracia de Dios» que habían recibido los cristianos de Corinto? Si se apartaban de esta gracia, volverían inútil la obra de Dios y la de Pablo. En otro lugar, Pablo dijo que la salvación y la reconciliación habían venido por gracia. El medio por el que los salvos participaban de la gracia de Dios era acogiendo a Cristo en fe (Ef 2.8). *La gracia de Dios consistía en Su clemente dádiva de redención en Cristo.* Los cristianos judaizantes estaban negando el favor inmerecido de Dios. Estaban tratando de persuadir a los cristianos de Corinto de que tenían que estar continuamente activos en merecer el favor de Dios. Pablo declaró que los creyentes que acogían ese mensaje ya no estarían entre los salvos. Habrían recibido «en vano la gracia de Dios».

Si los cristianos de Corinto acogían las demandas de la ley de los judíos cristianos, se produciría un «vacío». Esta triste descripción no sólo aplicaba a la obra de Pablo y a la de Dios, sino que también definiría el estatus de la iglesia en Corinto. ¿Qué harían los cristianos de Corinto que diera como resultado el haber aceptado la gracia de Dios en vano? Se habían hecho cristianos, por lo tanto, habían experimentado la gracia de Dios. Si escuchaban a los enemigos de Pablo, volverían a la postura meritoria delante de Dios que caracterizaba a los judaizantes. Independientemente de las implicaciones de la Ley, los críticos de Pablo querían comprometer la revelación de Dios dada por medio del apóstol, quien pronunció sobriamente que los creyentes corintios que escuchaban a sus adversarios podían verse separados de Cristo. En tal caso, su antigua fe y el haber experimentado la gracia serían en vano. Habrían apostatado.

Versículo 2. Pablo siguió esta advertencia con una cita palabra por palabra de Isaías 49.8 de la LXX en 6.2. Pablo entendía que la amonestación de Isaías y la situación abordada por el profeta eran típicas o simbólicas. El apóstol vio las palabras de Isaías como un presagio del fin de los tiempos, en el que vivían él y sus lectores. Es poco probable que Pablo pensara que Isaías estaba refiriéndose específicamente a la salvación traída por Cristo. En el limitado entorno de Israel, Dios había **oído, socorrido** y salvado a la nación. Esta escucha y salvación personificaba la escucha que hacía Dios

de la familia humana y la salvación de la humanidad por medio de Su Hijo. Era tan urgente que los corintios escucharan a Pablo como lo había sido para Israel escuchar a Isaías.

Los israelitas habían provocado la ira divina sobre sí al no escuchar a los profetas enviados por Dios. El apóstol de los gentiles esperaba que los cristianos en Corinto no hicieran lo mismo. El día de la salvación de Dios había llegado con la aparición de Jesucristo. Haciendo hincapié en el pensamiento con **He aquí ahora**, Pablo enseñó que la profecía de Isaías se había cumplido en la vida y muerte de Jesús. Su uso de las palabras de Isaías estaba dentro de los propósitos del profeta que las pronunció primeramente; ... **el tiempo aceptable** y **el día de salvación** se habían concretado entre los cristianos de una manera que estos conceptos jamás se habían concretado en los días de Isaías.

Versículo 3. En 6.3, el participio plural διδόντες (*didontes*, **damos**) modifica la palabra plural que se traduce como «os exhortamos también» en 6.1. El apóstol usó negativos dobles. El sentido literal de μηδεμίαν... προσκοπήν (*mēdemian... proskopēn*) es **ninguna ocasión de tropiezo**, y ἐν μηδενὶ (*en mēdeni*) quiere decir «en nada», consignado en nuestro idioma como **a nadie**. En asociación con Dios, Pablo no daría ocasión de tropiezo. Si la gracia de Dios se volvía vana para los corintios, Pablo estaba convencido de que no sería el resultado de ningún defecto en el ministerio que Dios le había dado.

Después de aventurarse en los temas de la resurrección y el juicio por venir en 5.11–15, el apóstol volvió a explicar y justificar su ministerio. La fe de los corintios y su relación con Dios dependían, en una medida considerable, de la confianza de ellos en Pablo y en su ministerio. El apóstol era consciente de su necesidad de encomendar sus acciones y palabras no sólo a Dios, sino también a las personas a las que deseaba influir para Dios. ¡Que el **ministerio** [jamás] **sea vituperado!** El apóstol fue firme en el hecho de que su ministerio ofrecía el camino de la salvación a todos los que acogían a Cristo con fe.

Este propósito por sí solo era más importante para Pablo que ganarse la confianza de los creyentes corintios en su ministerio. Para el apóstol, mantener buenas relaciones públicas no era más importante que la verdad. No tergiversaría la verdad para amoldarse a sus adversarios, ni comprometería la verdad para obtener elogios de parte de los corintios. La preocupación primordial de Pablo

por su ministerio era que ni él ni el mensaje que proclamaba serían asociados con nada injusto, deshonesto ni inmoral.

Paciencia en amor ante las necesidades (6.4–10)

4... antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias;⁵ en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos;⁶ en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero,⁷ en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra;⁸ por honra y por deshonor, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces;⁹ como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos;¹⁰ como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo.

Versículo 4. ... antes bien, nos recomendamos en todo, escribió, como ministros de Dios. Pablo no estaba recomendándose a sí mismo en el sentido de jactarse de las cualidades personales de su carácter o de su excelencia moral. Más bien, estaba recomendando su ministerio. Su recomendación de sí mismo y de sus colaboradores anónimos como ministros de Dios era una afirmación de que su ministerio tenía como objetivo complacer a Dios, y recibir su instrucción de Dios. Pablo había dejado claro en 3.1 y 5.12 que la recomendación personal en el sentido de jactarse no era su intención. No tenía ningún deseo de elevarse, sin embargo, no escatimaría esfuerzos en la recomendación de su ministerio. Los críticos de Pablo deseaban ponerlo en una posición incómoda en la que no podía defenderse ni permanecer en silencio sobre su labor. Cuando se defendió, sus adversarios lo acusaron de recomendarse a sí mismo. Cuando no lo hizo, dijeron que no podía negar los cargos con que le acusaban.

El apóstol usó un dispositivo literario llamado «diatriba»¹, a saber: presentó las acusaciones de

¹ Craig Blomberg definió «diatriba» como «un método conversacional de instrucción [...] en el que las objeciones hipotéticas de los oponentes eran consideradas y respondidas de manera regular» (Craig Blomberg, «The Diversity of Literary Genres in the New Testament» [«La diversidad de géneros literarios en el Nuevo Testamento»], en *New Testament Criticism & Interpretation*, ed. David Alan Black y David S. Dockery [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1991], 520).

quienes lo desacreditaban, y luego las respondió. Estos adversarios habían acusado a Pablo de ser un manipulador. Era, según ellos, sólo un vendedor ambulante más con un mensaje para ofrecer (vea 2.17). Pablo estaba usando a las personas, dijeron, para beneficiarse financieramente. Al recomendar su ministerio y afirmar ser un ministro de Dios, Pablo estaba dándoles voz y refutando las acusaciones que sabía que sus adversarios le estaban lanzando.

Comenzó con la frase **en mucha paciencia**. Especifica la forma en que el ministerio de Pablo se había recomendado y continuaba recomendándose. Pablo habló de **tribulaciones, necesidades y angustias**. Estos tres términos dan expresión a las razones que el apóstol necesitaba para armarse de «mucha paciencia» cuando estaba predicando. Las causas de su paciencia eran de carácter general. El apóstol no mencionó ningún acontecimiento específico. En los siguientes versículos, continuó escribiendo en términos generales sobre el precio que había pagado por predicar a Cristo. Le correspondía a los lectores de Pablo en Corinto conectar los acontecimientos que habían sucedido allí y en otros lugares con los términos que eligió.

Versículo 5. La NEB ofrece una traducción elocuente de los versículos 3 al 10. Los escritores utilizaron más libertad en su forma de consignarlos que los traductores de la Reina-Valera, sin embargo, la NEB captura la idea de la descripción del apóstol, consignando:

Con el fin de que nuestro servicio no sea puesto en descrédito, evitamos ofender en nada. Como siervos de Dios, tratamos de recomendarnos en todas las circunstancias con nuestra firme resistencia: en la angustia, las dificultades y los estrechos terribles; azotados, encarcelados, acosados; sobrecargados, desvelados, hambrientos. Nos recomendamos con la inocencia de nuestro comportamiento, nuestra comprensión de la verdad, nuestra paciencia y amabilidad; por los dones del Espíritu Santo, por el amor sincero, declarando la verdad, por el poder de Dios. Empuñamos las armas de la justicia en la mano derecha y la izquierda. El honor y la deshonra, la alabanza y la culpa, por igual son nuestra porción: somos los impostores que dicen la verdad, los hombres desconocidos que conocen todos los hombres; muriendo todavía vivimos; disciplinados por el sufrimiento, no hemos sido hechos para la muerte; en nuestras penas siempre tenemos motivos para el gozo; pobres nosotros mismos, traemos riqueza a muchos, sin un centavo, somos dueños del mundo.

Tal vez los corintios estaban bien familiarizados con algunas de las cosas que Pablo había soportado.

Algunas de ellas están descritas en Hechos. Una comparación de las cartas con Hechos demuestra cuán breve es la narrativa de Hechos. Sabemos que Pablo sufrió **azotes** en Filipo y que él y Silas fueron encarcelados allí. Posteriormente en 2ª Corintios, el apóstol dijo que había recibido treinta y nueve latigazos en cinco ocasiones diferentes. También había sido golpeado con varas, al estilo romano, en tres ocasiones (11.23–25). No sabemos nada más de **cárceles** (6.5; 11.23). La mención de **tumultos** (ἀκαταστασίαις, *akatastasiais*) nos recuerda la violencia de las turbas, como la asamblea de Éfeso en Hechos 19.

El apóstol estuvo **en trabajos** incesantes en el llamado al que había dedicado su vida. La palabra ἀγρυπνία (*agrupnia*, **en desvelos**) llama la atención a las luchas de Pablo a nivel personal. Había yacido despierto con preocupación por el bienestar de las iglesias y por sus colaboradores. Con frecuencia, había pasado hambre. El amor de Cristo lo había constreñido (vea 5.14).

Pablo no se recomendaba a los corintios ni a los demás con alabanza propia. Tampoco competía con sus adversarios por prestigio. Más bien, se recomendaba a sí mismo mediante obras que demostraban la sinceridad de su corazón. Para el apóstol, el ministerio nunca había sido el camino a una vida fácil. Siguiendo el ejemplo del Señor, Pablo encontró fortaleza en sus debilidades (vea 12.10b).

Versículo 6. El cambio en el pensamiento es de la paciencia de Pablo ante las presiones físicas y emocionales a sus cualidades personales que le recomendaban a los corintios. Cuando sus enemigos en Corinto lo atacaron, Pablo quería que los creyentes recordaran qué tipo de persona había demostrado ser. A los cristianos del mundo antiguo les resultaba difícil separar la integridad del mensaje de la integridad del mensajero. Pablo trató con la comparación sin temor. Su ministerio había sido recomendado a los corintios mediante la **pureza** de su vida, **en ciencia, en longanimidad** y **en bondad**. No basta con que un predicador hable con conocimiento. Para que lo tomen en serio, tiene que ser un hombre de verdad.

Si bien Pablo tuvo exhortaciones considerables para su público acerca de la pureza sexual (vea, por ejemplo, 1ª Co 6.9), no utilizaba comúnmente el sustantivo «pureza» (ἀγνότης, *hagnotēs*).² Incluso

² El sustantivo se utiliza sólo aquí y en 2ª Corintios 11.3. En este último ejemplo, el texto es incierto.

el adjetivo «puro» es poco común.³ Pablo probablemente no estaba afirmando su pureza como descriptivo de su propia conducta sexual. Nadie había presentado acusaciones contra él en esa área. Probablemente estaba describiéndose a sí mismo de manera más amplia, afirmando la unidad de sus motivos en su servicio a ellos y a Dios. Pablo era puro, conocedor, paciente y amable. Vivía como lo hacía con la guía del **Espíritu Santo, en amor sincero**. El Espíritu había dado testimonio de la presencia de Dios con él. Los corintios podían dar testimonio de que el amor de Pablo por ellos había sido con toda sinceridad. El amor de los demás, incluso aquellos que declaraban tener las mejores intenciones para con los corintios, se prestaba para sospecha. No así el de Pablo.

Versículo 7. Cuando Pablo aseveró su pureza en relación con el Espíritu Santo, lo probable es que se estaba infiriendo poder. Su pureza era en el poder del Espíritu Santo. No habría hecho ninguna distinción delgada entre la recomendación de su ministerio por medio del Espíritu Santo y su recomendación **en [el] poder de Dios**. La Persona del Espíritu Santo es paralela a la Persona de Dios.

La verdad de las palabras pronunciadas por Pablo recomendaba su ministerio. La forma como la NIV consigna ἐν λόγῳ ἀληθείας (*en logō alētheias*), «en discurso veraz», es engañosa. Deja la impresión de que el apóstol estaba afirmando que no había sido deshonesto con los corintios. El apóstol no usó la frase para afirmar una cualidad personal. En cambio, el tema lo constituía la veracidad del mensaje del evangelio que había proclamado. La siguiente frase deja clara su referencia. Los poderes milagrosos de Dios hechos manifiestos por medio de él eran todas las pruebas que necesitaban los corintios para verificar la verdad del evangelio que proclamaba. La **palabra de verdad** que Pablo proclamaba a los corintios contrastaba con lo que hablaban los adversarios de Pablo. «El poder de Dios» confirmaba lo que él hablaba (vea 2^a Co 10.4; 12.12; He 2.4). Ningún poder de este tipo apoyaba el mensaje de sus adversarios.

En la última frase, el apóstol recurrió a una metáfora militar. Se describió a sí mismo como un soldado, empuñando **armas de justicia a diestra y a siniestra**. Con espada y escudo en mano, el apóstol acuchillaba las fuerzas del pecado, la ignorancia y la muerte en el mundo. (Vea Ef 6.14–17 para el desarrollo de la metáfora.) Un soldado nor-

³ Vea 2^a Co. 7.11; 11.2; Fil. 4.8; 1^a Ti 5.22; Tit 2.5.

malmente empleaba el arma ofensiva, la espada, mientras que al mismo tiempo usaba el escudo para protegerse del poder del enemigo. Pablo pensaba en el poder de Dios y el Espíritu Santo como su espada y escudo. Eran instrumentos de justicia porque daban como resultado la salvación del pecado y la justificación ante Dios.

Versículo 8. En 6.7, Pablo declaró que se había recomendado a los cristianos en Corinto «con [διὰ, *dia*, “por medio, mediante”] armas de justicia». Dos veces más en 6.8, el apóstol utilizó la preposición *dia* contrastando varias circunstancias en las que había trabajado. Algunos lo recomendaban por su conducta y su mensaje, en cuyo caso era para su **honra**. En contraste, para su **deshonra**, algunos judíos de Corinto lo habían arrastrado hasta el tribunal del procónsul Galión (Hch 18.12). ... **por [dia] mala fama y por [dia] buena fama**, Dios lo había recomendado a los creyentes en Corinto, junto con muchos otros.

Cerca del final del versículo, Pablo dejó por fuera la preposición *dia* y tomó un adverbio comparativo, y dijo, **como engañadores, pero veraces**. El término que se traduce como «engañadores» es πλάνοι (*planoi*).⁴ La palabra griega designaba a una persona que podría desviar a otra o engañarla. Es bastante común en el Nuevo Testamento. Pablo no había engañado. No se daba por vencido, sin ser disuadido por circunstancias externas. Frente a la oposición, la calumnia, la distorsión y las mentiras, el apóstol recomendó su ministerio a personas de buena voluntad e integridad. En el transcurso de su labor de décadas, hubo momentos en que Pablo fue honrado por su ministerio. En otras ocasiones, sufrió la humillación pública. Algunos hablaron bien de él; otros calumniaron su nombre. Había sido tratado últimamente como un embaucador, a pesar de que había sido fiel a su misión. A lo largo de todo esto, el ministerio del apóstol se recomendó al mundo.

Versículo 9. Se pueden dar al menos dos interpretaciones para la frase **como desconocidos, pero bien conocidos** en 6.9a. Tal vez el apóstol estaba refiriéndose a su condición ante las autoridades seculares en las ciudades donde predicaba. En Tesalónica, por ejemplo, los judíos habían agitado a las autoridades locales (Hch 17.8). Sin la conmo-

⁴ La palabra «planeta» encuentra su origen en esta palabra griega. Entre las estrellas, algunas fueron percibidas como fijas en posición, mientras que otras (los planetas) vagaban. Los romanos asociaron los dioses con planetas (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter).

ción que los judíos habían causado, los oficiales habrían considerado a Pablo como una persona oscura que podría ser ignorada. En otros lugares, el apóstol había difundido con valentía la fe, como lo había hecho en Corinto. Sin embargo, puede que Pablo haya tenido algo completamente diferente en mente. Puede que haya estado contrastando su estatus relativamente «desconocido» en las sociedades seculares con ser «bien conocido» por Dios.

Pablo vivía constantemente bajo la amenaza de la muerte. Jamás sabía cuándo estallaría un amotinamiento o cuándo sería arrestado por un soldado. Ni siquiera su ciudadanía romana podía preservar su vida en todas las circunstancias. Era una maravilla, sus adversarios podrían haber dicho, que Dios lo había mantenido vivo a lo largo de todo. Había sido disciplinado en las plazas públicas por autoridades (vea, por ejemplo, Hch 16.22, 23); sin embargo, nadie había podido silenciarlo. ... **como moribundos, mas he aquí vivimos**, escribió. A veces Pablo era muy consciente de que las dificultades y el tiempo estaban debilitando su cuerpo exterior (vea 1.7). Pese que había sido **[castigado]**, el apóstol **no** [había sido] **muerto**.

Versículo 10. Con un gran final de comparaciones, Pablo concluyó sus palabras de recomendación de su ministerio. Su sufrimiento había sido frecuente; sin embargo, cuando miró todo su ministerio, su sufrimiento fue absorbido por el gozo. ... **como entristecidos**, escribió, **mas siempre gozosos**. Juzgado en términos de lo que poseía, Pablo era **pobre**; juzgado por su ministerio, estaba **enriquecido** y era un proveedor de riquezas.

Aunque él mismo había sido educado en Jerusalén, la familia de Pablo era de Tarso. Esto podría indicar que los recursos monetarios del apóstol eran abundantes. Viajar era caro, sin embargo, parecía moverse por el Imperio Romano con relativa facilidad. Era un ciudadano romano que atraía a gente poderosa a su lado. Tal vez Pablo se consideraba relativamente pobre en comparación con los grandes hombres en el mundo de Roma. Independientemente de las posesiones materiales que haya poseído, el apóstol se consideraba como **poseyéndolo todo** en Cristo. El apóstol se basó en una máxima estoica común para decir que, aunque **no [tenía] nada**, los recursos espirituales a su disposición lo convertían en poseedor de todo.

UN HABLAR FRANCO CON UN CORAZÓN ABIERTO (6.11–13)

Pocas veces en sus cartas Pablo hablaba en tér-

minos tan personales como lo hizo en 2ª Corintios. Desde sus palabras iniciales en adelante, la carta revela que se estaban dejando asomar emociones puras. Pablo había relatado cómo había perdido las esperanzas en la vida de cara a las pruebas en Asia (1.8). El hecho de que él y Tito no hubieran podido reunirse en Troas había sido aplastante (2.12, 13). Si no fuera por el poder transformador del Espíritu, el dios de este siglo podría haber abrumado a Pablo (vea 3.18; 4.4).

Con todas las embestidas de los impíos convergiendo en él, Pablo seguramente esperaba encontrar consuelo en sus hermanos y hermanas en Corinto. Los había amado y había dado lo mejor de sí para apoyarlos, sin embargo, esa iglesia también había caído en tiempos difíciles. Ciertos adversarios continuaron siguiendo a Pablo de un lugar a otro y socavando su labor. Estos creyentes de Jerusalén se negaban a aflojar su control sobre el liderazgo religioso. Rechazaban la compañía de los gentiles cristianos que no aceptaran principios clave de la Ley. Parte de la vehemencia de la confrontación de Pablo con estos adversarios en Gálatas (1.5–9; 5.4–6) es más tenue en 2ª Corintios (vea, por ejemplo, 3.14, 15). Sin embargo, el apóstol tenía que defender su ministerio a los corintios, los mismos que debían haberle defendido.

¹¹Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha ensanchado. ¹²No estáis estrechos en nosotros, pero sí sois estrechos en vuestro propio corazón. ¹³Pues, para corresponder del mismo modo (como a hijos hablo), ensanchaos también vosotros.

Versículo 11. Al tiempo que hablaba de la letanía de luchas que habían acompañado su ministerio, el apóstol dejó que sus palabras tomaran un giro personal. Escribió: **Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha ensanchado.** Predicar el evangelio de Cristo jamás había sido un asunto opcional para Pablo. Había invertido su corazón y su alma en iglesias en gran parte gentiles repartidas por Grecia y Asia. Había atado su propia vida con aquellos que habían confesado a Jesús como el Cristo. Pablo nunca había tratado de usar a los corintios para hacerse de seguidores para su propia gloria. En esta carta, había estado recomendando su ministerio a los corintios con un discurso franco y sincero de corazón. El hecho de que tuviera que defenderse a sí mismo y su ministerio a la iglesia en Corinto

se sumó a las cargas que pesaban sobre él.

La cláusula «Nuestra boca se ha abierto a vosotros» sugiere que Pablo había sido franco en su discurso, nunca engañoso, nunca halagador. No era un mero grupo de seguidores lo que pretendía el apóstol. Su corazón fue expuesto a sus lectores en su mensaje. Los amaba. En las palabras de Pablo puede verse algo muy parecido a la desesperación. Esperaba que los cristianos de Corinto le ayudaran cuando los necesitara. Anhelaba que la iglesia estuviera a su lado cuando los adversarios atacaran su ministerio.

El apóstol ofreció no sólo sus palabras, sino también su corazón mismo a los corintios. Estuvo a punto de disculparse por la emoción que había surgido en su carta. C. K. Barrett parafraseó las primeras palabras de 6.11, «He dejado que mi lengua se escape conmigo».⁵ El apóstol estaba exponiendo su corazón. Su discurso franco era el resultado de las tensiones que se habían estado erigiendo entre Pablo y los elementos opuestos en la iglesia de Corinto durante algún tiempo. Los acontecimientos que habían tenido lugar y las palabras que se habían pronunciado durante la dolorosa visita de Pablo (2.1; 13.1) sin duda contribuyeron al patetismo en sus palabras.

Versículo 12. Tal vez a Pablo se le había acusado de poner demasiadas restricciones a los creyentes. La palabra griega que se traduce como «estáis estrechos» (στενοχωρεῖσθε, *stenochōreisthe*) sugiere un espacio estrecho, ceñido. Algunos de los críticos de Pablo probablemente se habían quejado de que el mensaje del evangelio, según lo interpretaba Pablo, hacía demasiadas exigencias a los creyentes. Otros podrían haberle acusado de ser selectivo en la información que había dispensado acerca de las enseñanzas de Jesús. El mensaje proclamado por Pablo parecía demasiado exigente para algunos y no lo suficientemente completo para otros. El apóstol respondió que su ministerio no era la fuente de restricciones estrechas impuestas a nadie en Corinto. Cristo prohíbe la conducta que destruye. La fuerza restrictiva que les impedía a los corintios gozar de las bendiciones de Dios era el afecto propio de ellos. No habían logrado entregarle el corazón a Cristo y a Pablo, Su ministro.

Es difícil traducir la idea en 6.12 (**No estáis estrechos en nosotros, pero sí sois estrechos en**

vuestro propio corazón). La KJV consigna «No estáis estrechos en nosotros, sino que estáis estrechos en vuestras propias entrañas». La redacción comunica poco en nuestro idioma hoy. La NASB se acerca más al discurso contemporáneo: «están restringidos por nosotros, sin embargo, ustedes están restringidos en sus propios afectos». La NIV corre el riesgo de ser demasiado interpretativo al tratar de comunicar la idea: «No estamos reteniendo nuestro afecto de ustedes, sin embargo, ustedes están reteniendo el suyo de nosotros».

El «corazón» en 6.11 es paralelo a «entrañas» (KJV) en 6.12. La palabra griega, que se traduce como «corazón» en la Reina-Valera, es σπλάγχνον (*splanchnon*). El término se refiere literalmente a las entrañas, sin embargo, los antiguos a menudo asociaban las emociones profundas con las entrañas en lugar del corazón. «Afectos» es una representación justa de la palabra que más literalmente quiere decir «entrañas».

Versículo 13. En 6.13, Pablo dijo: **Pues, para corresponder del mismo modo (como a hijos hablo), ensanchaos también vosotros.** Apelando a los corintios como a hijos, Pablo les rogó que recíprocamente su confianza en ellos. Con la frase «para corresponder del mismo modo», el apóstol indicó que no tenía órdenes apostólicas para los corintios en el asunto. Sólo pidió que fueran justos con él. Como él los había amado y honrado, les pidió que «ensancharan» sus corazones a él. No podían dudar de que el corazón mismo del apóstol había sido «ensanchado» para ellos (vea 6.11). El hecho de que Pablo llamó a estos cristianos «hijos» ilustra su amor por ellos. No fue un término degradante («niños» en la NASB), incluso si ofrecía un indicio de su autoridad espiritual. En la fe de Cristo, Pablo era un padre para los hermanos a quienes él había engendrado. Los había llevado a Cristo. Estas palabras no reflejan ninguna de las exigencias que Pablo podría haber hecho como apóstol. Era un hombre que estaba apelando a la decencia y al sentido de justicia en los cristianos de Corinto.

SALID DE ENTRE ELLOS (6.14–18)

Cuando las emociones de un orador o de un autor están entremezcladas en su audiencia, su flujo de conciencia puede cambiar de maneras inesperadas. Pablo estaba decepcionado con la iglesia de Corinto y estaba desconcertado por el comportamiento de sus miembros. Por lo tanto, es difícilmente sorprendente que las transiciones

⁵ C. K. Barrett, *The Second Epistle to the Corinthians (La segunda epístola a los corintios)*, Harper's New Testament Commentaries (New York: Harper & Row, 1973), 191.

entre sus temas en esta carta tienden a parecer abruptas y no planeadas. La pregunta es la siguiente: ¿Son suficientes las presiones que habían convergido en Pablo y su estado emocional resultante para explicar cómo los temas van y vienen en 2ª Corintios? La forma en que procede la carta, con cambios repentinos de dirección a medida que el autor se movía de una preocupación a otra, nos confunde.

En 2.12, 13, el apóstol había estado escribiendo de su consternación cuando él y Tito no se habían visto en Troas. El siguiente versículo, 2.14, estalla en alabanza a Dios por haberle conducido a él y a sus lectores en un desfile triunfal. A partir de ahí, Pablo pasó a defenderse a sí mismo y a la forma en que había dirigido su ministerio en Corinto. La defensa de su conducta y de su mensaje es como un tema de fondo en los capítulos que siguen (3.1; 4.1, 2; 5.20, 21). No es hasta 7.5 que el texto vuelve a la idea de 2.14. En 7.5, de repente leemos que Pablo dejó Troas y viajó a Macedonia, donde se unió a Tito. La idea de 7.5 parece proceder a partir de 2.14 sin indicio de que algo se haya omitido. Por lo tanto, dentro de la mayor digresión de la carta de 2.15 a 7.5, otra ruptura parece aparecer en 6.14—7.1. ¿Por qué los comentaristas perciben tal ruptura?

1. El cambio de tono y contenido es tan agudo que algunos piensan que es mejor considerar 6.14—7.1 como una inserción en la carta, escrita antes o después del contexto circundante.

2. Además, no menos de nueve palabras que se encuentran en 6.14—7.1 no aparecen en ningún otro lugar del Nuevo Testamento.⁶

3. Las palabras de 7.2—4 pueden leerse después de 6.13 sin ninguna interrupción en la idea. La súplica «Admitidnos...» fluye fácilmente de «ensanchaos también vosotros».

Algunos han sostenido que 2.15—7.5 comprendía una carta separada de Pablo que de alguna manera fue insertada en la más grande, y que 6.14—7.1 todavía comprendía una tercera. ¿Por qué detenerse ahí? Los capítulos 7 y 8 se refieren a la colecta que Pablo había estado recogiendo de las iglesias gentiles en beneficio de los pobres de Judea. Esos dos capítulos han sido vistos como una cuarta carta. Entonces, en los capítulos 10 al 13, Pablo cambió nuevamente el tema de manera

abrupta para defenderse. ¿Deben considerarse esos capítulos como una quinta carta? *Pronto, toda la tesis de las cartas que se combinan para formar 2ª Corintios se vuelve absurda.*

Algunos han tomado 6.14—7.1 en el sentido de haber sido parte de la carta severa de Pablo (2.3, 4; 7.8). Más comúnmente, se supone que estos versículos son la carta mencionada en 1ª Corintios 5.9, 10. Este último caso querría decir que Pablo ablandó su punto de vista antes de escribir 1ª Corintios 5.

Si 2ª Corintios comenzó como una conglomeración de cartas individuales, ¿por qué los arqueólogos no han encontrado fragmentos separados sin las adiciones? Todos los ejemplares antiguos que tenemos de 2ª Corintios están dispuestos de la forma como tenemos el libro. Los intentos por dividir la carta en componentes añaden una complicación innecesaria porque las transiciones dentro del documento parecen repentinas. Considerando la falta de pruebas convincentes, tenemos que aceptar 2ª Corintios como la tenemos. El estado emocional de Pablo causado por los acontecimientos recientes, combinado con su necesidad de lograr más de un propósito en la carta, es suficiente para responder los cambios abruptos de tema a tema.

Además, si 6.14—7.1 fuera de otra carta, sería difícil entender por qué un escriba desconocido insertó de manera abrupta las secciones sobre inmoralidad e idolatría en este punto en 2ª Corintios. No tenemos justificación textual para suponer que estos versículos están desconectados del resto de la carta. Puesto que Pablo era dado a cambios abruptos según le venían las ideas, debemos tratar esta digresión como parte de la carta original.

De hecho, la transición de la sección anterior a las palabras de 6.14 es áspera. El llamado de Pablo a los corintios en el que les decía «ensanchaos también vosotros» (6.13b) parece no relacionarse con «No os unáis en yugo desigual con los incrédulos» (6.14a). De un análisis personal de su ministerio y de la relación resultante entre él y los corintios, Pablo pasó a exhortaciones de pureza moral en sus vidas. Tal vez esta amonestación se relacionaba con las restricciones apremiantes a las que se alude en 6.12. En ese caso, los pecados de los corintios, no el ministerio de Pablo, fueron las fuerzas de restricción que obstaculizaban el entusiasmo de los corintios por la vida. Además, el afecto que tenían por la idolatría amenazaba la plena comunión entre Pablo y la iglesia de Corinto. La continuidad con las ideas anteriores no está totalmente ausente,

⁶ A una palabra que aparece sólo una vez en el Nuevo Testamento a menudo los comentaristas le llaman *hapax legomenon*. La palabra «hapax» quiere decir «sólo».

sin embargo, hay que admitir que se produce un cambio abrupto de tema con este versículo. Las preocupaciones de 6.14, 15 parecen ser similares a algunas de las expresadas sobre la idolatría en 1ª Corintios 8—10.

No debemos unirnos con los incrédulos (6.14–16a)

Habiendo enfatizado el estrecho vínculo entre él y los cristianos en Corinto, Pablo volvió a la negación de la idea: Estos creyentes no deben unirse con los incrédulos.

¹⁴No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¹⁵¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ^{16a}¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?

Versículo 14. No es de extrañar que el apóstol vuelva brevemente a un tema que le había causado una gran preocupación. Algunos de los corintios parecían estar rompiendo con la idolatría y la inmoralidad a regañadientes. Pablo les recalco nuevamente que no hay compatibilidad entre la adoración de Dios y la adoración de ídolos.

Empezó diciendo: **No os unáis en yugo desigual con los incrédulos.** Si bien 6.14a se utiliza a menudo para instarles a los jóvenes cristianos a casarse con creyentes, ese objetivo no parece haber sido lo más apremiante en la mente de Pablo. Su amonestación es más amplia. Nosotros, como cristianos, debemos procurar en todos los ámbitos de la vida rodearnos de quienes nos alienten a la fidelidad. Aun así, el versículo tiene lecciones útiles que aplican a circunstancias que difieren de persona a persona. La compañía que se encuentra en el matrimonio influye en gran medida en el desarrollo de hábitos y comportamientos. Los cristianos no deben coquetear con el pecado. En las relaciones más íntimas de la vida, las personas deben buscar la compañía de otras personas que deseen llevar vidas honestas y buenas. George Eldon Ladd vio esto como una «advertencia [...] contra los vínculos estrechos que unen a los cristianos con los incrédulos en formas paganas de pensamiento y acción».⁷ La advertencia va más

⁷ George Eldon Ladd, *A Theology of the New Testament (Teología del Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1974), 526.

allá del matrimonio, sin embargo, ciertamente también es relevante para ese tema.

El llamado para que los cristianos rompan por completo con los caminos mundanos (1ª P 4.1) incluye la búsqueda de compañeros conyugales que alienten una vida piadosa. Las personas no pueden vivir para Cristo sólo cuando sea conveniente. La vida en Cristo es un compromiso de tiempo completo. Cuando los esposos y las esposas están comprometidos con los mismos valores e ideales en la familia, la vida cristiana produce los frutos pacíficos de la justicia. Pablo hizo la pregunta correcta: **¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?** Todo cristiano que desee casarse debe tener el objetivo de encontrar un cónyuge que esté comprometido a vivir para que la unidad familiar sea una honra para el Dios de los cielos.

Versículo 15. La pregunta **¿Y qué concordia Cristo con Belial?** quiere decir que Cristo y Satanás se oponen y no pueden tener ningún compañerismo. En la KJV, la palabra «Belial» se encuentra dieciséis veces en el Antiguo Testamento. «Hijos de Belial» parece ser una designación para personas sin valor, corruptas y engañosas (vea Jue 20.13; NASB). En la literatura intertestamental, incluyendo los Rollos del Mar Muerto, la palabra se utiliza comúnmente de Satanás, como sucede aquí. Tiene una serie de ortografías variantes. La que Pablo usó fue Βελιάρ (*Beliar*), aunque la mayoría de las traducciones usan el más común «Belial», ya que la palabra se escribe de esa manera en el Antiguo Testamento. El cambio en la letra final de la palabra aparentemente no tiene ningún significado.⁸ Esta es la única ocurrencia de «Belial» como un nombre para Satanás en el Nuevo Testamento. En 2ª Corintios 4.4, Pablo llamó a Satanás «el dios de este siglo» (vea 2.11). «Belial» es el que genera todo tipo de actos ilícitos. En este contexto, Pablo tenía en mente, de manera particular, la influencia de Satanás en la adoración idólatra. Werner Foerster sostuvo que «no se puede determinar con certeza si Pablo tenía razones particulares para la elección de este nombre inusual».⁹

Pablo hizo cuatro preguntas retóricas en 6.14–16a. La respuesta a los cuatro es «Ninguna». En pri-

⁸ Barrett, 198.

⁹ Werner Foerster, «Βελιάρ», en *Theological Dictionary of the New Testament (Diccionario teológico del Nuevo Testamento)*, ed. Gerhard Kittel, trad. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1964), 1:607.

mer lugar, no puede existir ninguna «asociación», ni comunión, entre Cristo y «los gobernadores de las tinieblas de este siglo» (Ef 6.12). Segundo, no puede haber «concordia», ni comunión, entre los seguidores impíos de Satanás y los seguidores piadosos de Cristo. El apóstol había dejado claro en 1ª Corintios 5.9, 10 que los cristianos no pueden evitar del todo la asociación con las personas del mundo. La iglesia no es una comunidad monástica. Sin embargo, los creyentes no pueden participar con los no cristianos involucrándose en la idolatría (1ª Co 10.14–21).

La tercera pregunta retórica de Pablo con la respuesta implícita «Ninguna» parece ser extrema. Preguntó, **¿O qué parte el creyente con el incrédulo?** Si los cristianos han de llevar a los vecinos y a la familia que no creen a conocer al Señor y a ser salvos, hacen bien en enfatizar los elementos comunes de sus creencias y prácticas. Pablo no habría tenido ningún argumento contra ello; al mismo tiempo, instó a los seguidores de Cristo a abandonar las prácticas impías de aquellos que sirven a la carne. El cristiano no puede participar en la idolatría ni en ninguna actividad en la que los creyentes practiquen lo que está mal.

Versículo 16a. La cuarta pregunta retórica de Pablo es **¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos?** Con este fraseo, se enfrentó a las tentaciones continuas de los creyentes gentiles en Corinto. Estaban inclinándose a comprometer su fe con la idolatría. Pablo declaró claramente que la idolatría es incompatible con servir al Dios viviente. El apóstol había tratado el asunto en profundidad en 1ª Corintios 8—10. Un cristiano no puede servir en el templo de un ídolo un día e inclinarse ante el Dios de los cielos el siguiente. Participar en comidas festivas en el templo de los ídolos era comprometer la confesión cristiana de que Dios es uno.

**«Sois el templo del Dios viviente»
(6.16b–18)**

^{16b}Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo:

**Habitaré y andaré entre ellos,
Y seré su Dios,
Y ellos serán mi pueblo.**

¹⁷Por lo cual,

**Salid de en medio de ellos, y
apartaos, dice el Señor,
Y no toquéis lo inmundo;**

Y yo os recibiré,

¹⁸Y seré para vosotros por Padre,

**Y vosotros me seréis hijos e hijas,
dice el Señor Todopoderoso.**

Versículo 16b. Los judíos, así como los paganos, ponían gran énfasis en un lugar, un templo o templos donde se suponía que moraban Dios o los dioses. Pablo no rechazó el concepto de un templo en el que habitaba el único Dios verdadero, sino que modificó la noción más allá del reconocimiento de judíos o gentiles: **Porque vosotros sois el templo del Dios viviente.**

Durante y después de la muerte de Jesús, los creyentes judíos lucharon con la importancia del templo. ¿Era el lugar central para la adoración cristiana, como lo había sido para los judíos? Jesús había hablado de Su propio cuerpo como el que estaba en lugar del templo (Jn 2.19–22). Es evidente que el Señor no tenía la intención de que el templo tuviera el mismo significado para la iglesia que tenía para los judíos. Esteban había ofendido a sus contemporáneos judíos al descartar la importancia del templo (Hch 7.47–49). Pablo enseñó con contundencia que los gentiles que se convertían en seguidores de Cristo ya no podían frecuentar templos paganos. De una manera más sutil, afirmó que la iglesia, el pueblo de Dios, había reemplazado el templo en Jerusalén como morada de Dios.

Mediante su insistencia en que el templo de Dios no era una estructura física en absoluto, Pablo trazó una línea contundente entre él y los maestros de Judea que se habían opuesto a él en Corinto. La iglesia, el templo de Dios, está hecha de «piedras vivas» (comparar con 1ª P 2.5). El templo de Dios se corrompe cuando Su pueblo recurre a la idolatría y a la impiedad. El apóstol reforzó su argumento reuniendo un collage de pasajes del Antiguo Testamento, como lo hizo en otros lugares (por ejemplo, Ro 3.10–18). Los pasajes a los que aludió demuestran la íntima relación que Dios tiene con Su pueblo.¹⁰ El punto de sus citas es que la morada de Dios entre Su pueblo implica más que una estructura física como el templo en Jerusalén. El apóstol fue un paso más allá de los pasajes que había citado para declarar que el templo de Dios es la iglesia y que Él mora en la comunidad de los creyentes. Dios había dicho por medio de Moisés:

¹⁰ Veá Ex 29.45; Lv 26.12; Jer 31.1; Ez 37.27.

Habitaré y andaré entre ellos,
Y seré su Dios,
Y ellos serán mi pueblo.

Versículo 17. Pablo extrajo del Antiguo Testamento la verdad en cuanto a que la morada de Dios no constituye una estructura física. Más bien, vive entre Su pueblo. El apóstol entonces volvió al tema que había abordado en 6.14b en cuanto a la comunión entre la luz y las tinieblas. Aquellos que confiesan que Jesús es el Cristo han de apartarse del mundo. Para respaldar su llamado a la santificación, Pablo citó de Isaías: **Por lo cual, Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis lo inmundo** (vea Is 52.11). La exhortación de Isaías era que el pueblo de Israel saliera de Babilonia. El apóstol parafraseó el griego de la LXX. Expresó la idea del pasaje en lugar de pretender que la cita fuera palabra por palabra. «Apartaos, apartaos», había instado el profeta. «... salid de ahí, no toquéis cosa inmunda».

Puesto que Dios está en medio de Su templo (los cristianos), el pueblo de Dios no puede participar de la idolatría y otras formas de pecado característicos del mundo. Hemos de ser santos como Dios mismo es santo (comparar con 1ª P 1.15, 16). Pablo deseaba que los corintios supieran que Dios no podía tolerar ningún compromiso con el pecado que saturaba la cultura de ellos. Su mensaje, por supuesto, aplica igualmente a cristianos de todo tiempo y cultura. Jesús dijo en Apocalipsis 18.4, 5: «Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades».

Las últimas palabras de 6.17, **Y yo os recibiré**, fueron añadidas a la cita de Pablo. El apóstol vio un llamado en las palabras del profeta que iba más allá de la salida de Israel de Babilonia. Como cristianos, hemos de separarnos de la inmundicia del mundo, de su inmoralidad sexual, de su codicia y de su egoísmo. Hemos de elegir amigos cercanos que nos alienten a una vida santa y buena. Nosotros, como los corintios a los que se dirigía Pablo, hemos de evitar enredarnos en asociaciones intrincadas con incrédulos a quienes no les interesa la santidad.

Versículo 18. Invocando la relación de pacto entre Dios y Su pueblo, Pablo citó la idea en otros pasajes, entre ellos 2º Samuel 7.14; Isaías 52.11; Jeremías 31.1 y Ezequiel 37.27. Estos versículos llaman la atención a las relaciones exclusivas existentes entre los hijos y los padres. Dios había dicho: **Y seré para vosotros por Padre, Y vosotros**

me seréis hijos e hijas. El tema de la paternidad de Dios es fuerte en las enseñanzas de Jesús. Si se le compara, es débil (pero no completamente ausente) en el Antiguo Testamento. Yahvé se preocupaba por los israelitas a quienes había escogido como Su nación especial y sacado de la esclavitud en Egipto. Pablo no detuvo su descripción de Dios allí. El Dios íntimo que es Padre también habla a Su pueblo como **el Señor Todopoderoso**.

Dios no compartirá la devoción y el amor de Su pueblo con otros dioses que no son dioses del todo. No compartirá Su paternidad con otros padres que no son padres en absoluto. La idolatría no es una aceptación inofensiva de los dioses de otras personas. Cuando las personas hacen dioses a su propia imagen, sus ídolos no ofrecen ningún desafío para que dejen el pecado o amen al prójimo que Dios creó a Su semejanza.

▣▣▣▣ PARA DESTACAR ▣▣▣▣

Representantes de Cristo (6.2–10)

Cuando llegan tiempos difíciles, de alguna manera es reconfortante saber que otros enfrentan o han enfrentado los mismos problemas que enfrentamos nosotros. La vida no transcurre sobre una pista suave y uniforme. A veces el camino se vuelve accidentado. Puede que sea un problema de salud o uno financiero; puede que sea algo difícil de identificar. Los altibajos nos suceden a todos. Siempre ha sido así. Es así en nuestra vida espiritual también.

Segunda de Corintios es una carta de luchas. En ninguna otra carta Pablo lidió con obstáculos que amenazaran tanto con abrumarlo. A mitad de la carta, en el capítulo 6, Pablo se detuvo para evaluar los obstáculos que enfrentó en la iglesia de Corinto. Tenía maneras de superar el desaliento. En vista de que la mayoría de las personas se enfrentan a desalientos en la vida, su ejemplo es de verdadero valor para nosotros.

1. *Centró la atención en su ministerio, no en su miseria.* Se recordó a sí mismo, y a sus lectores, que el pasado no puede ser cambiado. Las decisiones que tomamos para el presente son las que importan. Adaptando las palabras de Dios pronunciadas por medio de Isaías, Pablo escribió: «He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación» (6.2; vea Is 49.8). Agregó: «No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado» (2ª Co 6.3). Pablo quitó la atención de sus propias dificultades. Consideró algo mucho más importante que su

propia conmoción.

El ministerio de Pablo consistía de la tarea que Cristo le había dado a hacer. El Señor le había hablado antes, en el camino a Damasco. Jesús le había dicho a Ananías, «... instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre» (Hch 9.15, 16). Pablo nunca lo había olvidado. Había sido elegido desde el vientre (Ga 1.15) para llevar un mensaje de redención y vida a la humanidad. Cristo le había hecho un siervo, y servir es lo que efectivamente haría. Lo que había sucedido en Éfeso, en Corinto y en Macedonia no se trataba de él. Era sobre el ministerio. Aunque las personas hablarían mal de él, el ministerio no debía ser desacreditado.

En cierto sentido, nuestro ministerio es el mismo que el de Pablo. Cada generación debe tomar el manto de los apóstoles y enseñarle a Cristo a la próxima generación. Para todo el que lleva Su nombre, el ministerio es más importante que los males y dolores personales. Además del ministerio general que comparten todos los cristianos, tenemos nuestras propias situaciones en el mundo. Cuando volvemos nuestra atención de nosotros mismos a los que nos rodean, estamos siguiendo la voluntad de Dios. Es un camino que también nos hará sentir con menos intensidad nuestros propios males.

2. *Se presentó como un siervo de Dios, no como un señor sobre la fe de sus hermanos.* Algunos de los que dirigen al pueblo del Señor tratan de buscar la adulación de ellos. Cuando eso sucede, el liderazgo ha fracasado. Al hablar de los ancianos en la iglesia, Pedro consideró necesario decir que no debían actuar como señores «sobre los que están a [su] cuidado» (1ª P 5.3). Años antes de que Pedro escribiera esta carta, él y Juan habían encontrado a Simón, un creyente bautizado en Samaria, que

quería mantener influencia sobre los cristianos (Hch 8.18, 19). Los apóstoles dejaron claro que Simón había elegido el camino equivocado hacia el liderazgo.

Jacobo y Juan se acercaron a Jesús antes de morir. Como la mayoría de los judíos, anticiparon que gobernaría sobre un reino terrenal. Con esto en mente, pidieron: «Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda» (Mr 10.37). Los otros discípulos se indignaron con estos dos (Mt 20.24). Jesús respondió a todos los discípulos:

Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor (Mr 10.42, 43; vea Mt 20.25, 26).

Siguiendo la indicación de Jesús, en lugar de detenerse en afrentas y contratiempos, Pablo recordó que había sido designado para ser siervo. La iglesia es una comunidad de personas, sin embargo, es diferente a las organizaciones seculares. ¡La iglesia es una comunidad en la que la grandeza se mide por la voluntad de sus líderes a lavar los pies y servir las mesas!

3. *Le presentó a la iglesia credenciales apostólicas que fueron certificadas por la constante conmoción, no por los elogios y premios de líderes respetados.* Como siervo de Dios, había soportado muchas dificultades. Había sido golpeado públicamente, se había enfrentado a turbas, y se había desvelado y quedado hambriento. Lo que otros podrían haber interpretado como señales de que había fracasado en su ministerio, Pablo interpretó como insignias de certificación. Ninguno de los grandes hombres del mundo lo habría considerado exitoso. Sin embargo, en las pequeñas bandas de discípulos a quienes había enseñado y bautizado en Cristo reposaba la esperanza futura del mundo.

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).